CUPIDO,

Quiero la hoja

DE RECLAMACIONES





Natalia Olmedo

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Natalia Olmedo*, Cupido, quiero la hoja de reclamaciones*
Diseño de portada: Natalia Olmedo
Maquetación: Natalia Olmedo

Cupido, quiero la hoja de reclamaciones

Prólogo

No sé en qué momento exacto se me ha ido el tren.

No ha habido silbato, ni aviso por megafonía, ni una señora gritando «¡Última llamada, hombre ya!», a lo Paloma Cuesta de *Aquí no hay quien viva.*

(Mejor serie donde las haya, ¿no te parece?)

La cosa es que ha llegado un día en que, de repente, me he dado cuenta de que casi todos a mi alrededor ya están sentados en su vagón: con pareja estable, hipoteca compartida y fotos de bebés que parecen haber salido directamente de un catálogo de felicidad.

O de un anuncio de Chicco, que ya sabemos que a muchos padres les va ese rollo.

Ah, y no nos olvidemos del trabajo soñado. Ese por el que se levantan felices, como si se hubieran metido un huevo yoni por la cloaca con efecto secundario de sonrisa instantánea.

Eso que llaman Ikigai o algo así.

¿Te suena?

Si no, no pasa nada.

Y el coche, por favor…

¡O mejor!

El permiso de conducir, ¿cómo va a existir alguien sin permiso de conducir?

Y yo, en cambio, sigo en el andén, con un café frío entre las manos y la sensación constante de haber hecho algo mal… aunque nadie sepa decirme exactamente qué.

Ni siquiera yo misma.

No es que quiera todo eso: hipoteca, IBI, carrito y tetas como dos pasas después de que un mochuelo que haya parido yo misma quiera mamar hasta absorberme el tuétano incluso a los cinco años.

O al menos eso digo cuando alguien me pregunta.

Lo que quiero, en realidad, es dejar de sentir que voy tarde, que mi vida es una versión de prueba mientras los demás ya tienen la definitiva.

Es como estar atrapada en la demo permanente del videojuego que es la existencia.

Se supone que el amor mueve el mundo, y yo ni siquiera puedo describir lo que implica la primera "a" de la palabra.

Yo lo que quiero es hacerme una idea de lo que significa esa "a", luego la "m", seguida de la "o", hasta llegar finalmente a esa "r" plena y vibrante que me haga sentir las jodidas mariposas de las que todo el mundo habla.

¿Dónde están mis mariposas?

No paran de decirme que el amor llega cuando menos te lo esperas, que antes hay que quererse mucho a una misma, que no hay que conformarse y que todo pasa por algo.

Consuelo para tontos, eso es lo que me parecen esas frasecitas de mierda.

Demasiadas recomendaciones para alguien que solo intenta no compararse cada vez que abre Instagram.

Porque lo hago, ¿vale?

Tú también.

No me juzgues.

Sé que la comparación es una trampa silenciosa y que crecemos creyendo que a los treinta hay que tener ciertas casillas marcadas. Y cuando no encajamos ahí, pensamos que el problema somos nosotras.

Spoiler: no lo somos.

O eso quiero pensar.

Por eso he seguido adelante.

Hombre, pues claro, ¿qué hago, súper? ¿Me mato?

Claro que no, maldita sea.

He seguido haciendo lo que se supone que toca cuando tienes treinta y tantos y empiezas a preguntarte si te has perdido algo importante por el camino.

No sé qué estoy buscando, pero sí sé lo que no he encontrado todavía.

Esta no es una historia sobre cómo encontrar el amor perfecto, sino sobre todas las mentiras que nos contamos antes de darnos cuenta de que, a veces, no está tan lejos.

Me llamo Olivia, por cierto.
Encantada de conocerte.

PARTE 1

¿En qué momento me he quedado atrás?

1
Olivia
Esto no era el plan

El plan —mi plan de vida, quiero decir— no incluía servir cafés a las siete y media de la mañana con cara de haber dormido poco y pensado demasiado.

La realidad es que a veces no sé muy bien qué es lo que estoy haciendo, pero tengo opiniones fuertes sobre ello.

Básicamente porque tengo una carrera universitaria.

Criminología.

Te resuelvo el caso rápidamente: no me ha servido para nada.

No quise ser policía, que es lo que todo el mundo hace, y aquí estoy.

O quizá es que yo no he hecho nada para que me sirva, que seguramente haya sido eso.

Mi lugar de trabajo huele a café recién molido, a pan torradito y a esa mezcla indefinida de prisas y rutina que solo existe a primera hora.

Se llama *Media Tostada* y está literalmente a tres calles de mi casa, en el barrio de Lavapiés.

Hay algo tranquilizador en que el mundo siempre pida lo mismo: un café con leche templada, una tostada sin tomate pero con aceite, un cortado corto de café, por favor.

Las personas, en cambio, no somos tan previsibles.

—Olivia, ¿puedes sacar las mesas de fuera? —dice Belén desde la cafetera.

Belén siempre habla como si tuviera prisa, incluso cuando no la tiene. Supongo que es lo que te pasa cuando ya has organizado tu vida y el tiempo deja de ser algo abstracto.

Ella es la felizmente casada con un hijo.

—Claro —respondo, aunque estoy bastante segura de que ayer también las saqué yo.

Pero no importa.

No quiero discutir.

Salgo a la terraza con dos mesas bajo el brazo y pienso que, si alguien me hubiera dicho hace diez años que esta sería una escena habitual de mi vida, me habría reído.

No por la cafetería, que conste.

Que yo aquí soy súper feliz, ¿eh?

Es algo así como mi segunda casa, solo que bastante más grande que mi pequeño apartamento alquilado. En el balcón apenas me cabe una maceta y las ganas de precipitarme por él cuando mi vecina de arriba —que ahora ha decidido que quiere ser bailaora profesional— se pone a practicar flamenco con esos dichosos zapatitos de tacón.

Dios mío.

Pero bueno, que me desvío.

No es por la cafetería. Es más bien por la certeza con la que entonces creía saber cómo iba a ser todo.

Porque claro, a los veinte una piensa que la vida es una línea recta: estudias, trabajas, te enamoras, te independizas, te compras una casa, te casas —o al revés—, tienes hijos y envejeces con dignidad si logras no divorciarte del ser con el que te dijiste *sí, quiero*.

En el mejor de los casos, será un hombre cojín. En el peor, se convertirá en el "José Antonio" de la frase: "Oye, José Antonio, dame un segundo, que voy a explicarte por qué no me sale de la chirivía lavar los platos hoy y, por ende, te toca a ti".

Todo muy ordenado.

Muy lógico.

¿A que sí?

Pues a los treinta y tantos descubres que la vida es más bien una rotonda.

Que caminas en círculo, vaya.

—¿Has visto que Marta ya ha colgado la foto del bebé? —me dice Belén cuando vuelvo a entrar.

Tengo un déjà vu muy fuerte con las sillas —yo juraría que ayer también las saqué—, pero intento centrarme en la conversación.

Belén no me pregunta si la he visto; da por hecho que sí.

Porque, claro, nadie se libra de las fotos de bebés ajenos.

¡Están en todas partes!

En Instagram.

En WhatsApp.

En tu propia conciencia.

Jesús.

Marta es una clienta que suele venir mucho por aquí, o solía, porque las últimas semanas no la hemos visto.

—No —miento cual bellaca—. Esta mañana no he mirado el móvil.

Belén me mira con esa mezcla de pena y sospecha que solo tienen las personas que creen que tu vida podría mejorar con un pequeño empujón… siempre que ese empujón vaya en la dirección correcta.

—Pues está preciosa —dice—. Se le nota que es feliz.

No sé muy bien qué se le nota a un bebé recién nacido —todos me parecen calvos a trozos y con carita de viejo—, pero asiento como si supiera de qué habla.

—Me alegro —digo.

Y me alegro de verdad, en serio.

No soy mala persona.

Solo que también me da un poco de vértigo el tema, porque siento la presión en mis propias carnecitas, te lo juro.

Mateo aparece desde el almacén con una caja de vasos en brazos. Lleva una camiseta gris sencilla, vaqueros y esa expresión tranquila que me resulta extrañamente familiar.

Claro.

Porque Mateo es mi jefe, y es de esas personas que siempre parecen saber dónde están y qué tienen que hacer. Una cualidad bastante infravalorada en un mundo lleno de gente perdida, si me preguntas.

—Buenos días —dice, dejando la caja sobre la barra.

—Buenos días.

Siempre ha sido muy respetuoso conmigo, no es el típico jefe baboso ni nada parecido; por eso hay algo cómodo en su presencia,

como si el bar funcionara mejor solo porque él está, porque da tranquilidad.

Habla poco, observa mucho y tiene ese don extraño de que todo esté siempre bajo control sin hacerlo notar.

—Hoy tenemos más pan —comenta—. Ayer voló.

—Normal —respondo—. Los lunes la gente necesita hidratos y mucha esperanza.

Sonríe.

Un poco.

Lo justo para caerte bien sin resultar pesado.

Me gusta que no haga preguntas innecesarias, ni intente rellenar silencios, ni diga frases motivadoras sin haberlas probado antes.

Eso último lo hace mucho la gente y me da rabia, porque es tipo: "Consejos vendo, que para mí no tengo".

Luisa llega tarde, como siempre, con el pelo aún húmedo y una energía que choca frontalmente con el martes, que siempre me ha parecido la versión del lunes 2.0.

Hoy lleva una camiseta con una mano sacando el dedo corazón en el centro y la frase: "No me interesas" y unos pendientes de un pimiento morrón.

Belén, Luisa y Elena —a Elena te la presento un ratito más tarde — además de ser mis compañeras de trabajo, también son mis amigas.

—Buenos días, seres atrapados en la vida adulta —saluda Luisa quien, por cierto, es la soltera intensa del grupo—. ¿Habéis visto mi cargador?

—No —decimos Belén y yo a la vez.

—Genial —responde—. Empieza la jornada.

Cada una se pone con sus tareas y, mientras preparo un café, observo mi reflejo en la cafetera.

No estoy mal.

A ver… tampoco espectacular.

Estoy normal, porque soy normal.

Tengo el pelo largo y castaño y los ojos almendraditos del color del café.

Y eso, según el estándar no oficial de Instagram, ya es casi un fracaso.

Sirvo el café, limpio la barra, sonrío a un cliente que me llama "cariño" sin conocerme de nada y pienso, una vez más, que no era esto lo que imaginaba.

No porque esté mal —insisto—, sino porque no se parece en nada a lo que me prometieron.

Y, aun así, aquí estoy: con un trabajo que me da para vivir, gente alrededor y la sensación constante de que algo debería estar pasando… aunque no tenga ni idea de qué.

Quizá el problema no sea la vida que tengo,

sino la que creí que tendría.

2
Olivia
La vida de los demás

A las diez y cuarto de la mañana ya he escuchado tres veces la palabra guardería, me he enterado del valor exacto del Euribor y hay tres bodas en el barrio.

Y solo llevo dos cafés servidos.

Porque Mateo me ha encargado otras funciones, no porque esté sin hacer nada.

No vayas a pensar…

La cafetería empieza a llenarse de ese público fijo que no falla nunca: gente con prisa, gente con tiempo y gente que no sabe muy bien por qué está ahí pero necesita salir de casa.

Yo pertenezco a ese tercer grupo desde hace años, aunque finja que no, lo reconozco.

—Te lo digo yo, Olivia —dice Belén mientras limpia la boquilla de la cafetera—. Cuando tienes hijos, el tiempo pasa volando.

—Eso dicen —respondo, aunque eso que acaba de decir Belén lo dice la gente con la misma convicción con la que antes decían que estudiar una carrera te garantizaba un futuro estable.

Yo ya no me creo nada que venga precedido de "eso dicen".

—Antes no me daba ni cuenta de los días —continúa—. Y ahora, mírame, organizando la semana por colores.

—Muy práctico —digo, sirviendo un cortado.

Belén sonríe con orgullo y observo su cabello castaño claro, siempre recogido de una forma práctica.

Belén siempre muestra un aspecto cuidado, eso me gusta de ella.

No obstante, a mí me parece agotador, pero he aprendido que no todos los planes que dan vértigo son malos.

Algunos simplemente no son para mí.

O eso intento repetirme.

Luisa aparece detrás de la barra con el móvil en la mano y cara de haber descubierto algo importantísimo.

—Vale —dice—. Necesito que dejéis lo que estáis haciendo.

—Estoy trabajando —responde Belén sin mirarla.

—Y yo viviendo una crisis existencial en silencio —añado—. ¿Qué pasa?

Luisa levanta el móvil como si fuera una prueba irrefutable.

—Sara se casa.

Hay un segundo de silencio: el justo y necesario para que la información se coloque donde más duele.

—¿Sara? —pregunto casi con un hilo de voz—. ¿La que decía que no creía en el matrimonio?

Te sitúo: Sara es una chica que conocimos en común en clase de spinning.

Apunta: a partir de los treinta también irás a spinning.

¿Por qué?

Mira, cariño, no lo sé.

Quizá, al igual que yo, seas masoquista, porque al día siguiente no podrás ni moverte.

En cuanto al gimnasio… pues de la misma manera que deja baldada, también es un buen lugar para hacer migas con otras chicas.

Sí, he dicho chicas, que no chicos.

En mi caso, claro, es que todavía no se me ha cruzado la oportunidad de tirarme al entrenador personal.

Eso solo pasa en las series de Netflix.

—Esa misma —dice Luisa—. Cree ahora, parece ser. Y debe creer muchísimo, porque encima es por la Iglesia.

Belén sonríe con una ternura automática.

—Me alegro mucho por ella —dice.

Yo también me alegro.

De verdad.

Pero una parte muy pequeña de mí, una que intento no escuchar demasiado, se pregunta cuándo se supone que pasa lo mío.

Me pasó lo mismo cuando perdí la virginidad.

O mejor dicho, cuando todas las chicas de mi alrededor ya "lo habían hecho" y yo todavía no.

Quería saber qué se sentía, si te convertía en alguien que molaba más de verdad o algo así.

Pero al mismo tiempo también quería que fuera con alguien especial, ¿sabes?

Y cuando llegó esa persona, entendí por qué yo "había tardado más".

¿Que dónde está esa persona?

Bueno, pues él en su casa, yo en la mía y Dios, según Sara "futura novia casada por la Santa Madre Iglesia" en la de todos.

Si te hubiera contestado en persona a esa pregunta, seguramente ahora mismo te estaría sonriendo de forma falsa.

Muy falsa.

Desde que corté con ese chico lo bauticé como "El que no debe ser nombrado" y se acabó.

A otra cosa mariposa.

Cuando se cierra una puerta se abre una ventana.

Y todas esas cosas.

Después vino el que estaba casado y necesitaba una distracción, el vigoréxico, el tóxico… ¿sigo?

Todas las relaciones me han parecido vacías despues del innombrable.

Así que llevo como… no sé, quizá un año soltera, o algo así.

Y entera también.

Sí, entera.

Porque después de esta sequía, no me acuerdo de lo que es que te toque un hombre.

Ya lo hago yo solita.

—Es que no es solo eso —continúa Luisa, sacándome de mis pensamientos, que ya se estaban tornando muy repetitivos. Gracias, Luisa, corazón—. Se mudan y todo, han comprado un piso.

Lo dice despacio, vocalizando, como si estuviera leyendo una sentencia.

—Qué bien —digo, con la voz de alguien que está completamente bien aunque sea mentira—. Todo estupendo.

—¿Tú no te planteas nada de eso? —pregunta Belén, mirándome con cuidado, como si estuviera tocando una herida que no sabe si existe.

Me planteo muchas cosas, claro.

Demasiadas, la verdad.

Una de ellas es mandar a Belén a la mierda en este momento.

Lo que no tengo claro es el orden.

¿Lo hago antes o después de decirle que por qué no se lo plantea ella, que también paga un alquiler?

Si al menos fuera Luisa la que me lo pregunta, que es propietaria… pero ¿Belén?

¿De qué vas, Belén? ¿De qué vas?

¡Ubícate!

¿Dónde está tu piso comprado, Belén?

¿¡Dónde?!

Vale, me estoy poniendo un poco nerviosa, debo tranquilizarme, básicamente porque…

1) Estoy en el trabajo.

2) Belén es mi amiga, aunque acabe de hacer un comentario desafortunado.

Respiro tres, dos, uno…

Creo que debería empezar a tomar ayahuasca…

No, así no se llama, espera.

Ashwagandha… ¡Eso!

En una secta, de repente.

Sin pagar casa ni comida, porque me alimentaría de las moscas que cazaría con mi propia lengua al ritmo de un gong después de mi clase de yoga tantra.

—Claro que sí —miento un poco, porque otra cosa no, pero recuperarme rápidamente lo hago mucho—. Lo que pasa es que ahora mismo estoy… en otro momento.

Belén asiente, satisfecha.

Ale. Calla. Bonita, maldigo.

A ella le gusta pensar que todo es cuestión de momentos, como si la vida fuera una agenda bien organizada.

Mateo sale del almacén de nuevo, esta vez con una bolsa de bollería, y se detiene un segundo al vernos a las tres apoyadas en la barra, móviles en mano y cara de análisis vital colectivo.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sara se casa —dice Luisa.

Mateo parpadea.

—Ah —responde—. Pues… enhorabuena para ella.

No añade nada más.

No pregunta quién es Sara, aunque la realidad es que no la conoce.

No opina, porque seguramente le importa un pimiento.

No convierte la noticia en un espejo donde mirarnos, porque Mateo es híper empático.

Y se lo agradezco más de lo que debería.

Yo de mayor quiero ser como Mateo.

—¿Ves? —dice Elena desde la mesa del fondo, sin levantar la vista del café que está recogiendo—. Esa reacción es la sana.

Elena siempre aparece cuando menos te lo esperas, como las verdades incómodas.

Es la voz de la razón y la más sensata de las cuatro.

¿Cuándo se ha puesto el delantal de trabajo?

En fin, es que alucino, aunque me encanta el conjuntito de algodón que lleva hoy.

Elena es la mejor utilizando prendas básicas; las lleva genial.

—¿Cuál? —pregunta Belén.

—La de alegrarte sin compararte —responde—. Muy avanzada emocionalmente.

—Gracias —dice Mateo, confuso.

Elena sonríe apenas.

—No era un cumplido. Era una observación.

Vuelvo a lo mío, es decir, a servir cafés, limpiar mesas y fingir que no llevo toda la mañana haciendo inventario mental de vidas ajenas.

Porque ese es el problema: no es que la mía esté mal, es que la de los demás parece ir siempre un paso por delante.

Y nadie te explica qué haces cuando te quedas mirando.

Eso es lo que me pone nerviosa.

3
Olivia
Olé tu papo, Belén

Belén tiene una capacidad especial para hablar de su vida como si fuera un PowerPoint perfectamente estructurado.

Diapositiva uno: pareja estable.

Diapositiva dos: independencia, pero de alquiler, ojo *cuidao.*

Diapositiva tres: boda sencilla pero bonita.

Diapositiva cuatro: hijo.

Diapositiva cinco: segundo en camino, quizá más adelante.

Yo soy más de notas sueltas escritas en servilletas que se pierden en el bolso.

Más tipo Rachel de *Friends*, en ese capítulo en el que dice: "Debería tener el primero de tres hijos antes de los treinta y cinco, ¿no? Me da cinco años. Entonces, si quiero tener ese hijo a los treinta y cinco, no me tengo que embarazar hasta los treinta y cuatro, lo cual le da a Prada cuatro años para hacer ropa de maternidad. Espera, porque si quiero estar casada un año antes de embarazarme, entonces me tengo que casar a los treinta y tres. Pero necesito un año y medio para planear la boda y, además, me gustaría conocer al chico un año por lo menos antes de prometernos. Entonces debería conocerlo a los treinta…".

Nada.

¿Ves?

Voy tardísimo.

Ni el plan de Rachel me sirve.

—Es que cuando tienes hijos, todo se recoloca —continúa Belén alias la pesada, mientras seca unas tazas con una precisión casi quirúrgica—. Cambian las prioridades.

Asiento.

Siempre asiento.

He desarrollado esa habilidad con los años. Asentir sin comprometerme, sin opinar demasiado, sin abrir melones que me cuesten un enganchón a las once de la mañana.

—Claro —digo—. Tiene sentido.

Don Manolo, cliente habitual, levanta la vista del periódico como si esa frase fuera su señal de entrada.

Tiene las gafas de vista a punto de resbalarle por la nariz, pero siempre las lleva así.

No sé cuántos años tendrá, pero lo hemos bautizado como "El jubilado opinador".

Su comanda es un café solo y opina dejando su rastro a colonia antigua.

—Donde esté una familia, que se quite todo lo demás —sentencia, removiendo el café con una de sus grandes manos—. Antes la gente no se complicaba tanto.

Antes la gente tampoco tenía WiFi, pienso, pero me callo y observo el escaso pelo blanco que le queda sobre la cabeza.

—Yo creo que cada uno tiene su ritmo —interviene Rosa, con su manzanilla humeante entre las manos—. El amor llega cuando tiene que llegar.

Rosa siempre habla como si estuviera dentro de una película en blanco y negro. Me enternece y me desespera a partes iguales.

Ella es "La viuda romántica" que siempre está sonriendo con los ojos.

—Eso decía yo —continúa Belén—. Pero luego pasa el tiempo y te das cuenta de que, si no haces nada, no pasa nada.

Y ahí está: la dichosa frasecita.

No la ha dicho con maldad.

Lo sé.

La ha dicho súper convencida de que me está ayudando.

—¿Hacer qué, exactamente? —pregunto, intentando que mi tono de voz suene con ligereza, pero claro, es que ya estoy un poco calentita.

Belén se encoge de hombros.

—Pues… avanzar. Pensar en el futuro. Tener algo sólido.

Algo sólido...

¡Como si mi vida fuera gelatina!

—Yo estoy avanzando —digo—. Solo que en zigzag.

Luisa, que escucha la conversación desde la otra punta de la barra mientras se limpia las uñas con un de dientes, suelta una carcajada.

Menos mal que alguien lo ha pillado, aunque reconozco que ha sido un chiste muy malo.

—Olivia avanza, claro que avanza —dice—. Lo que pasa es que no sigue tu GPS, Belén, sigue el suyo propio.

Gracias, Luisita.

Belén frunce el ceño.

—No es eso. Es que luego os arrepentís.

—¿De qué? —pregunto.

—De no haber empezado antes.

Don Manolo asiente con entusiasmo.

—Eso sí es verdad. Luego vienen las prisas.

Javi entra en la cafetería justo en este momento, con gafas de sol aunque está nublado y una sonrisa de "todo me da igual".

Ahí lo tenemos: "El treintañero eterno".

—Buenos días, familia —saluda—. ¿Qué tal va la vida adulta hoy?

—Estamos hablando del futuro —dice Belén.

—Uf —responde Javi, sentándose—. Paso palabra.

Le sirvo su café con leche de soja —que no necesita— y me pregunto en qué momento mi trozo de barra se ha convertido en una mesa redonda sobre decisiones vitales.

—Mira —sigue Belén, bajando un poco la voz—. Yo solo digo que está bien tener algo estable. Una casa. Un proyecto. Un plan.

Un plan.

Otra vez el plan.

Y otra vez la maldita casa.

Se ve que su casero es más fiable que el mío o algo.

¿Alguien le pone un bozal?

Me está temblando un ojito porque me está rompiendo los nervios.

—Yo tengo un plan —digo—. Más o menos.

—¿Cuál? —pregunta Luisa, divertida.

Abro la boca.

La cierro.

Sonrío.

—Sobrevivir la semana —respondo.

Rosa me mira con ternura.

—Ay, hija… —dice—. Si supieras lo rápido que pasa todo.

Lo sé.

Ese es justo el problema.

Mateo aparece para recoger unas tazas y, sin quererlo, interrumpe la escena.

Bendito sea.

—¿Os falta trabajo? —pregunta, pero sin acritud.

—No, está perfecto —responde Belén—. Hablábamos de la vida.

—Ah —dice él—. Tema ligero.

Me mira un segundo más de lo habitual y, aunque no dice nada, en ese silencio hay algo parecido a un "no pasa nada".

Y lo agradezco, porque quizá Belén ya lo ha hecho todo, pero yo todavía estoy haciéndome a mí misma.

Todo no, amor, que vive de alquiler, me recuerda esa parte retorcida de mi subconsciente

4
Olivia
Luisa y la solución mágica

Luisa cree firmemente que para todo problema existe una solución inmediata.

Y que, si no la ves, es porque no estás mirando donde ella mira.

Ella tiene y transmite la energía constante de "se me ha ocurrido algo y es genial".

—Vale —dice, apoyándose en la barra con una sonrisa peligrosa —. Ya está.

—¿El qué? —pregunto.

—La solución a tu vida.

¿Lo ves?

Belén suspira, Elena levanta una ceja desde su mesa y yo sigo secando vasos, como si eso pudiera salvarme.

Ojalá fuera tan sencillo.

Y una cosa, ¿por qué se empeña la gente en solucionar mi vida?

Digo, ¿eh?

—No empieces —le digo a Luisa.

—Escúchame solo un segundo —responde—. Un segundo. Prometo no obligarte… mucho.

Nunca promete eso, pero vale, me dejo llevar un poco y decido escucharla, a ver con qué me sale hoy.

—Olivia —continúa, y con el tono me hace saber que va a decir algo crudo y sincero que, aunque ella no lo pretenda, quizá me haga un poquito de pupa—, que tengas treinta y tantos y estés soltera me parece bien, lo que no me parece normal es que si no te gusta la situación, no estés haciendo nada activamente para cambiarlo. Además, ¡necesitas divertirte un poco!

—No quiero más cucarachos en mi vida —digo—. Estoy bastante activa en esa opinión, la tengo súper firme, vamos.

—Me refiero a eso —dice, haciendo un gesto ambiguo con la mano—. Al amor. Si no buscas, no vas a encontrar a ese príncipe azul que te mereces.

¿Príncipe azul?

¿Quién ha hablado de príncipes azules?

Elena interviene sin levantar la voz.

—El amor no se activa como el WiFi.

—Bueno, pues el WiFi tampoco se conecta solo —responde Luisa —. Hay que buscar la red.

Abro mucho los ojos de golpe, porque la he pillado al segundo, vamos.

La metáfora la he captado a la perfección.

—No —digo.

—No, ¿qué?

—No a lo que estés pensando.

Luisa sonríe más.

Padrecito, qué miedo.

—Demasiado tarde.

Saca el móvil del bolsillo como si fuera un arma y yo reprimo el deseo de alejarme como si hubiera peligro real de que el aparato explote.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Es una aplicación —dice—. Normal. Legal. La usa todo el mundo.

—Todo el mundo no, porque yo no la uso —respondo cruzándome de brazos.

—Todo el mundo que liga —corrige arqueando las cejitas.

Dios, la estoy odiando.

Belén asiente, la muy traidora.

¿Esto qué es?

¿Van a unirse las tres contra mí para pedir mi cabeza?

Mi única esperanza es Elena.

—La verdad es que hoy en día es lo más práctico —dice Elena.

Nada, estoy perdida.

—Claro —añado—. Como pedir comida a domicilio o comprar un sofá sin sentarte antes.

—Pues eso —dice Luisa—. El amor moderno.

Don Manolo levanta la vista del periódico.

—Antes la gente se miraba a los ojos.

—Antes la gente no iba a terapia —responde Luisa—. Evolución constante lo llamo, Don Manolo.

—¡Bah! —Don Manolo hace un aspaviento con la mano—. Pamplinas…

Rosa sonríe con nostalgia.

—Yo conocí a mi marido comprando pan.

—Pues ahora el pan lo pedimos por internet —dice Luisa—. Hay que adaptarse.

Mateo aparece con una caja bajo el brazo y nos observa unos segundos.

—¿Qué me he perdido? —pregunta.

—Nada importante —digo rápido.

—Olivia se va a enamorar —anuncia Luisa.

Mateo parpadea.

Dos veces.

—Ah —responde—. Bien.

Y sigue su camino.

No dice nada.

¿Por qué no dice nada?

¿Ni siquiera se sorprende o algo?

Madre mía, flipo.

—Mira —dice Luisa, volviendo a mí—. No te estoy diciendo que te cases mañana. Solo que te abras a conocer gente.

—Ya hay gente —respondo mirando toda la cafetería—. Literalmente estoy rodeada.

—Pero no disponible —dice ella—. O no interesada.

No, no, no.

Me niego, ya está.

No.

He dicho que no.

¿Por qué?

No lo sé.

Es lo primero que me sale decir.

Es como si… me diera miedo, no sé cómo explicarlo…

—No empieces —le digo colocando la palma de mi mano derecha frente a ella, tipo: ALTO AHÍ, MACARENA.

—Es muy fácil —continúa—. Te haces un perfil, subes dos fotos, pones una frase graciosa y listo.

—No tengo fotos decentes.

—Mentira.

—No soy graciosa.

Luisa se ríe.

—Eres divertidísima cuando no lo intentas.

Elena deja su taza en la mesa.

—Si no te gusta, lo borras —dice—. No pasa nada.

—¡Ay, hija! ¡Estás insoportable, negativa y de todo! —exclama Luisa.

Belén asiente con la cabeza.

—No pierdes nada por probar.

Ahí está la frase que siempre lo jode todo: no pierdes nada.

Aunque también en la frase que acaba iniciando el efecto mariposa que hace que tu vida dé un giro, ¿no?

ESO DICEN.

Dios, ¡soy lo peor!

Me contradigo sola…

Miro mi móvil, que acabo de sacarlo de mi delantal de trabajo.

Luisa me pone delante el suyo para que vea el emoticono que representa la aplicación, la cual ella, por supuesto, tiene descargada y utiliza como si fuera la Biblia.

—Venga —dice—. Solo descargarla. Solo eso.

Diez minutos después estoy mirando una pantalla que me pregunta qué estoy buscando.

Mmmm… no tengo ni idea.

5
Olivia
MediaNaranja

Descargar una aplicación debería ser un gesto inocente.

Un clic.

Un permiso.

Aceptar términos que nadie lee.

Poco más.

Pero no: descargar una aplicación de citas que además se llama MediaNaranja (tócate el chocho, morena), se siente más bien como admitir algo en voz alta, como levantar la mano en una sala llena de gente y decir: "hola, estoy un poco perdida y no me vendría mal que alguien me lo confirmara".

Es que es en plan: Me apunto a una aplicación de citas porque mis amigas dicen que el amor está ahí, pero yo creo que ahí está la fauna.

—Venga, Olivia —dice Luisa—. Nombre.

—¿Mi nombre real? —pregunto.

No, el de tu abuela la del pueblo, me reprendo a mí misma.

—¿Cuál si no?

—No sé. Pensaba poner otro. Algo misterioso.

Luisa pone los ojos en blanco.

—¿En serio? No eres misteriosa —responde—. Eres transparente con ansiedad.

Pues es verdad, así que suelto un suspiro y escribo Olivia.

Así me llamaron mis padres, eso es lo que pone en mi DNI.

La app me pide edad, ubicación y una foto.

—No tengo fotos —digo otra vez.

—Mentira —dice Luisa—. Tienes mil. Lo que no tienes es autoestima en formato JPG.

Me enseña una en la que salgo con un café en la mano, mirando hacia un lado como si alguien interesante acabara de decir algo fuera de plano.

La saca de mi Instagram, que lo tengo abandonado no, lo siguiente, por cierto.

—Esa —dice—. Pareces interesante sin esfuerzo. Y sales muy guapa.

Subo la foto casi a regañadientes.

—Descripción —anuncia Luisa—. Algo corto y gracioso. Nada intensa, que eso suele abrumar.

—Soy intensa —me quejo.

—Por eso no lo pongas.

—Joder, vale —mascullo, luego pongo morritos.

Tecleo despacio: "Me gusta el café caliente, las conversaciones que no sobran y la gente que no promete lo que no puede cumplir".

—Uf —dice Luisa haciendo una mueca—. Eso es bonito.

—¿Demasiado?

—Un poco —admite—. Pero mejor eso que "me gusta viajar y el cine".

Acepto.

La pantalla carga.

Y de repente… aparecen ellos.

Hombres.

Muchos.

Demasiados.

—Vaya… —comento haciendo *scroll* por todas las opciones.

Todos parecen amar la montaña, tener fotos con gafas de sol, sonreír de medio lado y estar "en un momento tranquilo".

—¿Por qué todos están en una cima? —pregunto—. ¿Hay algún tipo de ritual?

—Es para parecer profundos —dice Luisa—. O altos.

Empiezo a deslizar.

Derecha.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

Es sorprendentemente fácil juzgar una vida entera en tres segundos.

Este no.

Este tampoco.

Este parece intenso.

Este tiene pinta de explicarme cosas.

Este… ¿por qué tiene una foto con un tigre?

—No juzgues —dice Belén.

Anda, la que más tiene que callar.

Intento no poner los ojos en blanco.

—Estoy juzgando muchísimo —respondo súper sincera, porque es la verdad.

De repente, la pantalla vibra.

¡Es un match!

¡Ay, Dios!

Se me acelera el pulso como si hubiera ganado algo importante.

No sé el qué.

Pero algo.

Esto es de locos.

—¡MATCH! —grita Luisa—. ¡Primer match!

—Baja la voz —susurro—. Parece que he conseguido trabajo nuevo.

El chico se llama Álex.

Tiene barba, sonrisa amable y una descripción que dice: Conectado con el universo.

UUUUUUUUUUUHHHHHHH, MARICARMEN.

Este no.

—No —digo.

—Sí —responde Luisa, animándome—. Empieza fuerte.

Sigo deslizando.

Otro match.

Y otro.

Es entonces cuando empiezo a notar algo raro: esa mezcla entre ilusión y cansancio que llega demasiado pronto.

Mateo pasa detrás de la barra y ve el móvil en mis manos, pero no me dice nada.

Lo que yo te diga, es demasiado bueno.

Vuelvo a mirar el móvil.

A los hombres.

A los perfiles.

A las promesas condensadas en frases ingeniosas.

Y, de pronto, me invade una certeza incómoda: No sé qué estoy buscando.

Pero sé que aquí no va a ser fácil encontrarlo.

Aun así, sonrío, porque ya que estamos… vamos a ver hasta dónde llega la mentira.

6
Olivia
Elena observa

Elena no suele opinar, ella es más de limitarse a observar todo desde la barrera.

Mira desde la mesa del fondo, con esa calma que solo tienen las personas que no necesitan demostrar nada.

No interrumpe, no pregunta y tampoco aconseja, solo levanta la vista de vez en cuando y deja que el mundo se retrate solo.

Es muy Mateo en ese aspecto, quizá por eso se complementan tan bien.

Cada uno a lo suyo, pero haciendo equipo cuando el trabajo lo requiere.

Yo estoy apoyada en la barra, con el móvil en la mano y la sensación absurda de estar haciendo algo importante cuando, en realidad, solo estoy deslizando el dedo hacia la derecha o hacia la izquierda como si eso decidiera algo más que mi paciencia.

—Este me ha preguntado cuál es mi mayor miedo —le digo a Luisa—. Así, de primeras.

—Respóndele que quedarte sin datos —dice—. Honestidad ante todo.

—Este otro me ha mandado un audio —añado—. No nos conocemos.

—Bloquea —sentencia—. Los audios sin confianza son una *red flag.*

Vaya, pues sí que tengo que aprender cosas, sí.

Madre mía…

Belén escucha a medias mientras coloca bollería en la vitrina.

—Tampoco hay que ser tan dura —dice—. Igual solo intenta ser cercano.

—Eso decía mi ex —responde Luisa—. Y mira.

Rosa remueve su manzanilla con una sonrisa dulce.

—A mí me parece muy bonito que la gente quiera conocerse.

—Claro, Rosa —digo—. Pero antes la gente se conocía hablando. Ahora te preguntan tu trauma infantil antes del segundo café.

Sigo mirando la pantalla.

Mensajes.

Sonrisas digitales.

Promesas en miniatura.

—Este parece normal —digo.

—Eso es lo peor —contesta Luisa—. El normal te decepciona despacio.

Levanto la vista y me encuentro con la mirada de Elena, que me observa sin curiosidad morbosa ni juicio.

—¿Qué? —pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—Nada.

—No pongas esa cara —le digo—. Di lo que estés pensando.

Elena deja la taza en la mesa y se acerca despacio a la barra.

—Igual no te falta nada —dice—, pero sí te sobra presión.

No lo dice alto ni lo dramatiza, simplemente lo deja caer.

Y duele un poco.

Porque encaja demasiado bien con todo lo que siento por dentro.

—¿Presión de qué? —pregunto, aunque lo sé.

—De hacerlo bien —responde—. De llegar a tiempo. De cumplir con algo que nadie te ha firmado.

Luisa abre la boca para decir algo, pero se calla.

Belén baja la mirada.

Incluso Don Manolo deja el periódico a un lado.

—No todo lo que tarda está roto —añade Elena—. A veces solo está yendo a otro ritmo.

Miro el móvil y observo los mensajes, los matches y la pantalla llena de posibilidades que no me dicen nada.

—Bueno —digo al final—. Ya que estoy aquí…

—Claro —dice Elena—. Prueba. Pero no te convenzas de que te falta algo solo porque todos los demás parecen tenerlo.

Asiento, pero no porque esté convencida, sino porque esa frase se me ha quedado enganchada en algún sitio incómodo del pecho.

"Parecen tenerlo".

Sin querer, mi mente vuela a Instagram.

¿Cuántas de las vidas perfectas que aparecen ahí son realmente así?

Felicidad impuesta a través de una pantalla.

Vuelvo a deslizar el dedo.

Derecha.

Izquierda.

Quizá Elena tiene razón y no me falta nada, pero sí que me sobra ruido.

Mucho.

¿Qué hago ahora con esto?

PARTE 2

Buscando donde no es

7
Olivia
El intenso espiritual

Este mismo día por la noche, en mi diminuto apartamento, Álex abre conversación como empiezan todos: con una frase aparentemente inofensiva y una foto en la cima de una montaña que no sé identificar.

"Conectado con el universo", recuerdo que dice su descripción.

Yo, que soy más de conectarme al WiFi del bar y rezar para que no falle, pienso: *bueno, mientras esté conectado a algo y no a alguien…*

El primer mensaje es correcto, educado y sin fuegos artificiales.

Álex: Me ha gustado lo que has escrito. Se nota que no te conformas con conversaciones vacías.

Olivia: Gracias. Supongo que soy alérgica al relleno.

Álex: Eso es porque tu energía es muy limpia.

Ahí debería haber sospechado.

Pero no.

Porque escribir desde el sofá de tu casa convierte cualquier cosa en más amable. Incluso la palabra "energía".

Durante varios días intercambiamos mensajes.

Pero no te creas tú que… Porque no es nada excesivo ni intenso.

Álex: ¿Qué buscas aquí?

Olivia: Un café sin trauma asociado, a poder ser.

Álex: El trauma es solo una puerta. Si la cruzas, creces.

Perdón.

Álex: ¿Sientes que estás donde deberías estar?

Olivia: Siento que estoy en pijama, si eso cuenta.

Álex: Tu humor es un mecanismo de defensa precioso.

Perdón otra vez.

La cosa es que hay algo en su forma de escribir que no es agresivo, pero tampoco ligero, como si cada frase tuviera la intención de escarbar un poco más de lo necesario.

Y aun así, sigo contestando, porque contestar es fácil, desde la distancia todo suena interesante y porque, si estoy siendo honesta, una parte de mí quiere creer que detrás de tanto "universo" hay una persona normal que solo usa palabras raras.

Y entonces propone quedar.

Un martes.

Los martes ya son sospechosos de por sí porque no son lunes —que tienen mala fama—, ni viernes —que todavía conservan esperanza—.

Los martes existen para recordarte que la semana es larga y que tus decisiones quizá no están siendo suficientemente buenas.

Pero libro por la tarde en *Media Tostada*, así que digo que sí.

—Un café consciente —escribe esta misma mañana. Porque hoy es "ese martes"—. Para que fluya la energía.

No sé muy bien qué energía, pero acepto.

Porque aceptar cosas es, aparentemente, parte del proceso de no quedarse atrás. Y porque, en el fondo, todavía tengo esa vocecita optimista que insiste en que igual esta vez…

Tardo más de lo normal en decidir qué ponerme. No quiero parecer que me he esforzado, pero tampoco que me he rendido antes de empezar. Me pruebo un vestido negro sencillo que me hace sentir adulta funcional y lo cambio por unos vaqueros rectos y una camisa blanca que siempre me salvan cuando no sé quién quiero ser.

Al final me quedo con eso: vaqueros, camisa ligeramente remangada y botas bajas.

Ni cita épica ni domingo de sofá; es más como una versión mía que no promete nada que no pueda sostener.

Elijo una cafetería neutral, ni demasiado ruidosa ni demasiado íntima. Un sitio con mesas separadas, puertas visibles y camareros atentos, pensada para poder huir dignamente.

Álex llega cinco minutos antes que yo.

Lo sé porque me escribe: *ya estoy aquí, sintiendo el lugar.*

Genial.

Cuando entro, lo reconozco enseguida —por suerte su foto era real—.

Tiene una sonrisa tranquila y una bufanda larguísima aunque no hace frío; Febrero nos está dando una tregua en Madrid.

Me mira como si me conociera de algo más que una conversación con emoticonos.

Rarito.

—Olivia —dice, levantándose—. Qué gusto verte en persona.

Me abraza.

Oh, Dios…

¿Qué hace, qué hace, qué hace?

El abrazo es uno de esos para que no sepa cuándo termina y tenga que decidir yo cuándo separarme.

Decido hacerlo pronto, claro, porque es rollo: *¿Pero quién es usted?*

—Hola —digo, recuperándome un poco—. ¿Qué tal?

—Muy conectado —responde—. Hoy el universo está especialmente activo.

Perfecto.

El universo y yo no estamos sincronizados.

Nos sentamos y él pide una infusión "depurativa".

El camarero asiente con normalidad, como si escuchara ese tipo de cosas a diario, pero me apuesto lo que sea a que va a traerle una manzanilla y se va a quedar tan ancho.

Yo pido café.

Normalito, con su leche y su azúcar.

Sin intención espiritual.

Un café de toda la vida, chica.

—He sentido una conexión especial contigo desde el primer mensaje —dice, mirándome fijamente—. ¿Tú también lo has notado?

Noté que escribías sin faltas de ortografía. Eso, hoy en día, ya es algo, pienso, pero no digo nada.

—Sí —respondo—. Algo.

—Es tu vibración —continúa—. Es muy limpia.

—Gracias —digo—. Uso crema hidratante.

Sonríe, convencido de que estoy siendo graciosa a su manera.

—Pero también está bloqueada —añade.

¿Cómo?

—¿Bloqueada? —repito, apoyándome un poco más en la silla.

El camarero deja sobre la mesa nuestra comanda.

¿Lo ves?

La manzanilla sirve para todo.

—Sí, tu aura. Aquí —dice, señalándose el pecho—. Y un poco más abajo.

Baja la mano.

Demasiado.

Tomo un sorbito de café para no decir nada que me expulse del plano terrenal, aunque está un poquito caliente.

—Eso suele pasar cuando cargas con expectativas que no son tuyas —explica—. ¿Eres Capricornio?

—No —respondo—. Soy cansada.

Asiente con comprensión excesiva.

—Tiene sentido —dice—. Los cansados sois almas viejas.

No sé qué responder a eso, así que sonrío.

Error.

Joder.

Sonreír siempre es un error.

—¿Has hecho algún tipo de trabajo interior? —pregunta.

—Sí —digo—. Terapia.

Frunce el ceño.

—No me refiero a eso.

Claro que no, pienso.

—Yo hago sesiones de reconexión emocional —continúa—. Ayudo a las personas a desbloquear patrones heredados.

—Qué bien —respondo—. Yo ayudo a la gente a desbloquear la carga del trabajo. Creéme, los camareros somos muy útiles en un mal día.

No se ríe.

—Si quieres, puedo hacerte una lectura rápida de la carta astral —propone—. Solo necesito la hora exacta de tu nacimiento.

—No —digo.

—¿No sabes la hora?

—No quiero saberla yo tampoco —respondo.

Si le pregunto a mi madre a qué hora sacó mi cabezón de chirivía, te digo yo que me manda a freír espárragos.

El único comentario respecto a mi nacimiento es un: ¡Qué parto, hija de mi vida! ¡Qué parto me diste!

Como para preguntarle, ¿sabes?

Inclina la cabeza, analizando lo que digo, quizá analizándome a mí entera.

—Tienes miedo al compromiso —sentencia.

Tengo miedo a que esta conversación se convierta en un retiro espiritual, pienso.

El mío JEJE, porque estoy a punto de salir por patas de aquí.

—No es malo —añade—. El miedo también es una señal.

—¿De qué?

—De que estás cerca de algo importante.

Miro alrededor: la cafetería sigue igual, la gente habla de cosas normales y nadie parece estar desbloqueando su útero.

Yo sí.

Bueno, Álex pretende que me desbloquee entera.

Qué *pedrá* tiene en toda la cara, te lo digo.

—Mira, yo buscaba un café…

—Y el café te ha traído aquí —responde, convencido.

—Qué pena que deba marcharme ya, no tengo mucho tiempo hoy —digo levantándome de la silla—. ¡Camarero!

Pago yo y lo hago rápido.

No porque quiera, sino porque necesito salir de aquí.

Álex, muy educado, me acompaña a la salida sin decir ni mu, y cuando voy a despedirme de él pensando a toda velocidad una frase creíble que me deje volver a ser libre, me vuelve a abrazar.

Esta vez más tiempo.

Ay, señor… ¡Quiero irme a mi casa!

—Me encantaría volver a verte… en otro plano —me susurra al oído.

Sí, en el mental, porque ya te digo que yo no vuelvo a quedar contigo.

—Claro —digo—. Ya veremos.

—Te recomiendo los huevos yoni, sirven para equilibrar el chakra raíz.

No le escribo de camino al metro.

No le voy a escribir mañana.

No le voy a escribir nunca.

Me siento como quien vuelve a casa después de una mala película que alguien le recomendó con demasiada ilusión.

Y no vuelvo iluminada, pero sí con dolor de cabeza.

Solo quiero cenar mi vaso de *Yatekomo Yakisoba* y ponerme *Los Bridgerton*.

Qué suerte que esa expectativa pueda proporcionármela yo misma, porque si dependo de MediaNaranja… apañadita estoy.

8
Olivia
Café sin preguntar

Hay una forma muy concreta de saber que una cita ha ido mal: no te apetece contarlo.

No es vergüenza exactamente, es algo así como una especie de cansancio que se te queda pegado al cuerpo cuando has estado demasiado tiempo siendo educada, abierta y comprensiva con alguien que no te debía nada y al que, aún así, le has regalado energía.

Empujo la puerta de la cafetería al día siguiente y el sonido familiar me recoloca un poco los órganos.

Mira, eso le gustaría al iluminado.

El tintinear de las tazas, el vapor de la cafetera, el murmullo constante de conversaciones que no me implican…

Esta rutina tiene algo terapéutico cuando vienes de fuera.

Mateo está detrás de la barra, concentrado en limpiar la cafetera, pero levanta la vista justo cuando entro.

No sonríe de golpe ni exagera el gesto, simplemente me mira.

Y lo sabe.

No sé cómo, pero lo sabe.

No me pregunta nada.

Ni un "¿qué tal ha ido?" o "¿Todo bien?".

Me pone un café, eso sí.

Con leche, caliente y en mi taza.

Cada uno tenemos una taza personalizada con nuestro nombre, arriba del cual pone *Media Tostada.*

No me ha preguntado si ya he desayunado en casa, así que ese detalle mínimo, insignificante para cualquiera que no esté un poco

rota por dentro, me toca en un sitio incómodo, como si alguien hubiera acertado justo en la dosis exacta de cuidado sin invadir.

—Gracias —digo.

—No es nada —responde.

Me apoyo en la barra con los antebrazos, dejo el bolso a un lado y soplo el café, porque todavía quema.

—¿Qué tal ayer? ¿Fue bien? —pregunta finalmente.

—Creo que, más bien, la palabra sería… espiritual —respondo.

Mateo levanta una ceja apenas, siendo ese gesto una reacción mínima, pero suficiente.

—Entiendo.

—No creo que lo entiendas —digo—. Mencionó mi aura, mi chakra raíz y no sé qué más…. —digo suspirando, llevándome una mano a la cabeza, en la que me apoyo desanimada; el codo sobre la barra.

Ahora sí sonríe, pero lo hace como si no quisiera reírse demasiado fuerte de algo que me ha incomodado.

—Eso ya es un nivel avanzado —comenta.

Don Manolo carraspea desde su mesa de siempre, sobresaltándome.

—Antes la gente iba a tomar café —dice—. Ahora van a que les lean el futuro.

Tras el respingo, contesto:

—¿Ya está usted aquí? ¡Si Mateo ha abierto hace nada! ¡Qué susto!

Don Manolo hace un aspaviento con los brazos.

—Tenía análisis de sangre.

—¿Algún problema? —pregunta Mateo.

—¡Nah! Cosas de viejo, poco futuro me quedará, yo qué sé…

—Pues a mí ayer me lo leyeron entero —respondo—. Y no me ha gustado el final.

Mateo deja el trapo y se apoya en la barra, a una distancia prudente, sin invadir mi espacio. Nunca lo hace.

—¿Quieres algo de comer? —pregunta—. He traído tortilla de patata recién hecha.

—No —digo—. Esto está perfecto.

Bebo un sorbo y me sorprendo para bien, porque el café está exactamente como me gusta: ni muy fuerte ni muy suave, el equilibrio justo.

Pienso que hay personas que hacen las cosas así sin darse cuenta. Y que eso, a veces, es más atractivo que cualquier discurso sobre energías.

—¿Vas a seguir quedando? —pregunta, como quien habla del tiempo.

—¿Con otro chico? —Mateo asiente con la cabeza y yo me encojo de hombros—. Supongo. Ya que he empezado.

—Ya —dice solamente.

No opina, no me anima y tampoco me frena, pero su silencio, lejos de pesar, me acompaña.

—¿Sabes lo que pasa? —digo de repente, sin haberlo pensado—. Que salí de esa cita como… más cansada que antes.

Mateo me mira.

—Buscar también cansa —dice—. Aunque no lo parezca.

No sé por qué, pero esa frase me da ganas de llorar, más no lo hago y me limito a asentir y a dar otro sorbo al café.

Luisa entra como un huracán, con el móvil en la mano y la sonrisa de quien necesita saberlo todo.

—¡Vale! —dice cogiéndome suavemente el rostro con dos dedos —. ¿A ver la cara? Uy, pues no te capto. ¿Qué tal fue?

—Educativo —respondo.

—Eso es horrible —dictamina—. ¿Habrá segunda cita?

—No. Me dijo que equilibrase mi chakra raíz con un huevo yoni, entre otras cosas.

—¿Ese chakra no está en el sacro o por ahí?

—¡Oh, genial! Me recomendó profanar mi ojete… ¡Estupendo! —digo otra vez de mal humor, cogiendo de un aspaviento mi delantal de trabajo para ponerme manos a la obra.

—Ni caso—dice—. Siguiente.

La vida, según Luisa, siempre avanza por eliminación.

Belén aparece con una bandeja de platos limpios; debía estar en la trastienda y yo no me he dado cuenta.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Todo… normal —digo.

Y es verdad.

Normal.

Que ahora mismo me parece un lujo.

Mateo vuelve a su sitio, a su rutina y a su forma tranquila de estar y yo pienso que, quizá, el problema no es estar sola, sino salir ahí fuera esperando que alguien te arregle algo que, en realidad, solo necesita un poco de calma.

—Oye —digo a Mateo, que vuelve a ponerse en mi campo de visión—. Gracias.

—¿Por el café? Ya me las has dado.

Niego con la cabeza y esbozo una pequeña sonrisa.

—Por no preguntar demasiado.

Sonríe.

—Para eso estamos —responde.

Y no sé por qué, pero en ese estamos hay algo que me hace sentir menos perdida.

9
Olivia
El recién separado

Después de Álex me prometo que voy a filtrar mejor.

Nada de universos, ni vibraciones, ni nada que incluya la palabra "energía" sin ser eléctrica.

Estoy en el sofá, en pijama, con el portátil apoyado en las rodillas con una película a medias, cuando vuelvo a abrir MediaNaranja.

No por ilusión, que conste.

Por orgullo, más bien.

A la mierda con Álex, que se meta un incienso por el…

—¿Ya estás otra vez? —pregunta Luisa por un audio de whatsapp, alejándome de mis pensamientos de aura maligna hacia el místico—. Esa es mi chica.

—Estoy cribando —respondo—. Método científico.

—Enséñame perfiles.

Le hago captura de tres.

Descartamos a uno por exceso de gimnasio y a otro por foto con moto y tatuaje tribal sospechoso. El tercero es Sergio: camisa azul, sonrisa correcta, sin montaña ni frases cósmicas.

Su descripción es sencilla: Ingeniero. Padre. Aprendiendo a empezar de nuevo.

—Este —dice Luisa—. Este parece normal. Y viene con mochila, así se te quita un poco la presión de la maternidad también.

La palabra normal vuelve a aparecer.

Y como soy débil, le doy a la derecha.

Match.

Empieza conversación esta misma noche.

Sergio: Gracias por el match.

Olivia: Gracias a ti.

Sergio: Te veo muy centrada en tus fotos.
Olivia: Estoy centrada en que no se me caiga el café encima.
Sergio: Eso también es importante.

Vaaaaale.

Parece que vamos por el buen camino porque no hay metáforas ni diagnósticos espirituales.

Dos días después me vuelve a escribir:

Sergio: Solo para que lo sepas, estoy recién separado. Prefiero decirlo desde el principio.

Recién separado.

No divorciado ni soltero, no.

Recién separado, como si fuera un estado intermedio o algo que todavía quema si lo tocas demasiado pronto.

—Bueno —dice Luisa cuando se lo cuento—. Al menos es honesto.

—¿Eso es bueno o peligroso?

—Ambas cosas —responde—. Pero tú prueba. Esta vez parece humano.

Humano.

Acepto quedar un jueves a última hora de la tarde, cuando salgo de *Media Tostada*, aunque, según mi teoría reciente, los hombres emocionalmente disponibles quedan los viernes y, los que no, buscan huecos raros entre semana, como si el fin de semana aún perteneciera a otra vida.

Esta vez no me complico tanto con la ropa cuando paso por casa para ducharme y cambiarme.

Abro el armario y me quedo mirando mis opciones como si fueran versiones posibles de mí misma.

Nada de vestidos ni de expectativas.

Elijo unos pantalones negros ajustados, un jersey gris suave que me queda bien sin parecer que lo intenta demasiado y botas cómodas.

Me suelto el pelo y me miro un segundo más de lo normal en el espejo.

No quiero gustar.

Bueno, más bien, lo que no quiero es tener que esforzarme por gustar, no sé si me entiendes.

Cojo el bolso y salgo.

Así que… hace poco que lo dejaste con tu pareja, le escribo por la aplicación de camino al lugar de nuestra cita: una cervecería de La Latina.

Tranquila, me responde él, *estoy muy bien.*

Hago una mueca, como si nadie me estuviera viendo, aunque voy caminando por la calle, porque nadie que esté muy bien necesita escribirlo.

Sergio llega puntual y eso suma.

Viste de forma normal y eso suma más.

No trae bufanda fuera de temporada ni habla del universo.

De momento, bien.

—Hola —dice—. Qué bien verte en persona.

No me abraza.

Dos puntos más.

Bieeeeen, Sergio, bien.

Pedimos dos cervezas y la camarera no tarda prácticamente nada en dejarlas sobre la mesa.

No hay discursos ni símbolos, así que trato de relajarme un poquito y, por Dios, disfrutar.

Aunque sé que lo segundo es más difícil.

—¿A qué te dedicas? —pregunto.

—Soy ingeniero —responde y recuerdo rápidamente que lo ponía en su descripción. ¡Seré idiota!—. Bueno… era. Ahora estoy en un momento de cambio.

Ahí está.

—Qué tonta, es verdad, lo pone en tu descripción —digo sintiendo cómo las mejillas se me ponen como dos tomates—. ¿Cambio laboral?

—Vital —corrige—. Me he separado hace seis meses, como te dije.

Seis meses que… pensandolo mejor, en tiempo emocional son como seis minutos.

Se suele decir que se tarda en superar una ruptura el tiempo proporcional a la mitad del tiempo que duró la relación.

—Vaya —digo—. Lo siento.

—No, no —se apresura—. Mejor así. Era una relación que ya no funcionaba.

Asiento, siempre asiento, ya lo sabes.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? —pregunto, porque soy imbécil.

—Once años.

Once.

Genial.

Le quedan exactamente… cinco años para superarla.

Sonrisa falsa.

—Pero ya lo tengo superado —añade rápido—. Bueno, casi.

Casi es una palabra peligrosísima.

Bebe un trago largo.

Yo también.

Sonrisa falsa otra vez.

—Ella era muy buena persona —continúa—. De verdad. Muy buena madre.

Madre.

Ya estamos hablando de ella como de un ente permanente.

—Tenemos dos hijos —añade—. Preciosos.

Me enseña el móvil y observo a dos niños sonrientes, pero con las encías vacías en algunos puntos de la boca.

Parecen dos viejos.

Ay, señor… ¿qué digo ahora? ¿Qué hago?

Haz como él, miente, porque eso de que ha superado a su ex…, me habla mi subconsciente por el oído derecho.

No sé qué cara poner, así que pongo la de: ¡Qué bonitos!

—Claro —digo—. Son… muy monos.

—Los echo muchísimo de menos cuando no están —continúa—. La casa se queda muy vacía.

La casa.

La de ellos.

La que ya no es suya del todo.

—Por eso me he apuntado a la app —explica—. Para distraerme.

Ah.

—No busco nada serio —aclara—. Pero tampoco algo superficial. Es complicado.

Lo que es complicado es que yo no tenga claro si esto es una cita o yo me he convertido en una *coach* de esas.

Porque de psicóloga no tengo nada.

—A veces pienso que fue culpa mía —dice de pronto—. Si hubiera estado más presente…

Y ahí, sin pedir permiso, empieza a llorar.

Pero a llorar… no te imaginas cómo, rollo Amador Rivas de L*a que se avecina*.

Que me trague la tierra.

Me está hablando, pero no lo entiendo, la voz le sale estrangulada y la cara se le contrae de una forma muy rara.

Le pasan demasiadas cosas por la mirada, que es parecida a la de un cordero degollado.

Yo le paso una servilleta, porque ¿qué otra cosa puedo hacer?

—Gracias —dice—. Perdona, es que hablar de esto me remueve.

—Normal —respondo—. Es reciente.

—Eso dice mi terapeuta —asiente—. Voy dos veces por semana. Pero ya casi está superada. ¡Atrás, Marien! ¡Atrás!

Me sobresalto por el grito que pega mientras hace una crucita con los dedos índice de ambas manos.

Ahí va, mi madre… cómo están las cabezas…

Vale, una cosa está clara: tiene dinero.

¿Quién puede permitirse dos sesiones de terapias por semana en 2026?

Que no veas cómo han subido los precios de la terapia online a raíz de la COVID.

Palabrita.

—Ella ya está con otra persona —añade, bajando la voz. No veas, la Marien, qué rápido ha rehecho su vida—. Y yo… yo aún no estoy preparado para nada. Pero tampoco quiero estar solo.

Y entonces lo entiendo todo: no soy una cita, mi *ciela,* soy una transición.

—Olivia —dice, mirándome con intensidad repentina—. ¿Tú crees que el amor puede volver después de una decepción tan grande?

No sé quién es Sergio, pero tengo claro que no soy su oráculo emocional.

—Creo que sí —respondo con cuidado—. Pero no sé cuándo.

Asiente, agradecido, como si le hubiera dado una gran respuesta.

Yo bebo un sorbito de cerveza, obviamente necesito alcohol para soportar esto.

—Eres muy buena escuchando —dice—. Mi ex siempre decía que no la entendía.

Y aquí es donde mi cuerpo abandona oficialmente la conversación.

Disocio hasta que nos terminamos esa primera y única caña que vamos a tomar juntos y pregunta:

—¿Te apetece otra?

—Pues… me vas a disculpar, Sergio, pero voy a marcharme a casa porque mañana madrugo y…

—Claro, claro. Yo tengo que hacer videollamada con mis hijos y enseñarles lo que ha dejado el Ratón Pérez para ellos bajo mi almohada.

Levanto las cejas, sin saber muy bien qué contestar a eso, pero realmente pienso que dentro de su cabeza no hay nadie al volante.

Qué pena.

Nos acercamos a la barra y él insiste en pagar esta vez.

Como si fuera a haber otra… pobrecito, pienso.

No suma ningún punto.

Ya es tarde.

—Me ha encantado conocerte —dice al despedirnos—. De verdad. Me has ayudado mucho.

Ese "ayudado" pesa más que cualquier me gustas, porque la verdad es que casi no he podido abrir la boca.

No me ha dejado, básicamente.

—Me alegro —digo.

Me abraza de forma breve y triste y camino directa a casa como alma que lleva el diablo.

¡Joder!

Pero ¿qué ha sido eso?

Quiero ser la elección de alguien, no su consuelo.

Menuda castaña… esto no ha sido ninguna cita, le ha salido la sesión de terapia gratis conmigo.

¿Será posible?

10
Olivia
Apuestas detrás de la barra

El problema de trabajar en una cafetería es que no hay intimidad real.

Puedes susurrar, bajar la voz, mirar alrededor antes de hablar… pero siempre hay alguien escuchando.

O peor: opinando.

—Vale —dice Luisa, apoyándose en la barra con una sonrisa que no augura nada bueno—. Hora del parte médico.

—No —respondo—. Hoy no.

—Hoy más que nunca —añade—. Cara de trauma reciente. Nivel medio-alto.

Belén deja una bandeja de platos limpios y me mira con preocupación y curiosidad al mismo tiempo, es un gesto que ya empiezo a identificar como "quiero ayudarte, pero también quiero saberlo todo".

—¿Fue mal ayer? —pregunta.

—No —digo—. Intenso, más bien.

—Eso nunca es bueno —sentencia Luisa.

—Lloró —añado.

Luisa abre los ojos como si acabara de ganar algo.

—¡Punto para mí! —dice—. Yo había apostado por drama.

—¿Apostado? —pregunto.

—Claro —responde—. Llevamos un registro.

Saca una libreta pequeña del bolsillo del delantal.

Una libreta.

Con columnas.

De puta madre, mis amigas hacen porras respecto a mi vida sentimental.

Si es que a esto que tengo se le puede llamar así.

—Primer match, el espiritual: una cita —lee—. Segundo, el divorciado: una cita.

—¿Y yo he firmado esto? —pregunto.

—No hace falta —dice—. La vida ya lo ha hecho por ti.

Elena levanta la vista desde su mesa del fondo.

—¿Ha sido cita o sesión? —pregunta.

—Sesión —respondo—. Con lágrimas incluidas.

—Clásico —dice ella—. El recién separado siempre confunde lugares.

—Yo fui muy empática —añado.

—Ese es el error —dice Luisa—. Nunca seas demasiado empática antes del segundo vino.

Don Manolo deja el periódico a un lado.

—Antes la gente se conocía poco a poco —dice—. Ahora os lo contáis todo de golpe.

—Antes la gente reprimía más —responde Luisa—. Tampoco era ideal.

Rosa sonríe desde su mesa.

—Quizá solo estaba triste —dice—. El amor también necesita tiempo.

—Sí —digo—. Pero yo no quiero ser la fase de recuperación.

Mateo pasa por detrás de la barra, escucha lo justo y se detiene.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Estamos apostando por la vida sentimental de Olivia —anuncia Luisa.

Mateo parpadea.

—Ah —dice—. Veo que vais en serio.

—Muchísimo —dice Luisa—. ¿Tú quieres participar?

—No —responde él, sin pensarlo—. Prefiero no jugar con cosas importantes.

No mira a nadie en concreto cuando lo dice, pero algo en el ambiente cambia de forma sutil, como cuando bajas un grado la calefacción.

—Bueno —digo—. ¿Cuál es el siguiente según vuestra dichosa libretita?

Luisa hojea la libreta.

—El normal —dice—. El peor de todos.

—¿Por qué? —pregunta Belén.

—Porque no da excusas —responde—. No hay de qué quejarse.

Elena asiente.

—La normalidad sin conexión es devastadora —dice—. Te deja sola sin culpables.

—Gracias por el ánimo —respondo.

Luisa sonríe.

—Esta vez apuesto por aburrimiento extremo. Dos cafés y un ya hablamos.

—Yo apuesto por *ghost* —dice Belén.

—Yo por nada —añade Elena—. Y eso ya es bastante.

Rosa me mira con ternura.

—Hija, no te tomes esto como un examen.

La verdad es que no lo hago, o eso creo.

Pero mientras limpio la barra y escucho las apuestas sobre mi vida como si fuera un partido de domingo, empiezo a notar algo incómodo: no estoy ilusionada.

Miro mi móvil sobre la barra, tengo un nuevo mensaje, pero no lo quiero abrir.

Mateo me pasa un trapo limpio sin decir nada, y ese gesto pequeño, casi invisible, me ancla más que cualquier consejo.

11
Olivia
El demasiado normal

Después del recién separado, que me ha parecido muy complicadito, quiero buscar algo sencillo.

Que no tengo yo el horno para bollos, ya lo sabes.

No quiero traumas, ni universos, ni llantos por ninguna ex llamada Marien con hijos de encías melladas.

Ya ha llegado el turno de tarde y estoy en la trastienda de *Media Tostada* cuando vuelvo a abrir la app.

Ya es que es inercia, porque una vez que estoy metida en esto, al menos voy a terminar el experimento.

Si sigue saliendo mal, siempre puedo escribir un libro de mis memorias (no) sentimentales y forrarme en Amazon.

—¿Qué tal el catálogo hoy? —pregunta Luisa asomando la cabeza.

—Busco aburrimiento —respondo con sinceridad, encogiéndome de hombros.

—Cuidado con lo que deseas —me dice Luisa sonriendo con malicia—. A veces los deseos se cumplen.

Le enseño varios perfiles y entre las dos descartamos uno por exceso de abdominales y otro por foto con perro demasiado grande y mirada sospechosamente intensa.

—Este —dice señalando la pantalla.

David: camisa clara, sonrisa correcta. Nada de gimnasio exhibicionista ni montaña espiritual.

Su descripción dice: Tranquilo. Trabajador. Sin dramas.

Asiento con la cabeza mirando a Luisa cuando lo leo en voz alta.

—Es normal —dice mi amiga, subrayando lo evidente.

—Demasiado, sí —respondo.

—¿Y qué quieres? ¿Otro que te desbloquee el aura? ¿Otro que te use como paño de lágrimas? Ubícate, Oli, porque no te noto ubicada.

Tiene razón.

Luisa suele tener la razón.

Le doy a la derecha.

Match.

Me abre conversación esta misma noche, cuando llego a casa, me acabo de duchar y tengo delante de mí un sándwich de pavo y lechuga.

David: Hola. ¿Qué tal tu día?
Olivia: Café y más café, soy camarera. ¿El tuyo?
David: Reuniones. Nada emocionante.
Olivia: Suena estable.
David: Lo es.

No hay frases profundas, ni confesiones anticipadas, ni tampoco nada que me obligue a responder con cuidado.

Es casi… agradecido, todo esto.

Quedamos para el domingo de esta misma semana, que me toca librar por rotación y, por primera vez, no tengo que reorganizar mi vida para una cita.

Eso ya suma.

Peeeero, cuando llega el domingo por la mañana, para sorpresa de nadie, me levanto sin mariposas, aunque tampoco siento pereza.

Abro el armario y elijo unos vaqueros rectos, una camiseta blanca básica y una chaqueta vaquera.

Me recojo el pelo en una coleta baja y me maquillo un poquito, todo muy natural.

Luego me miro al espejo.

Estoy… normal.

¡Anda, pues a juego con David, que parece también un chico muy normal!

Muy coherente con la cita, claro que sí.

Cojo el bolso y me aventuro hasta Malasaña, hemos quedado por su barrio.

David es normal.

Lo sé, me estoy repitiendo, pero es que es tan normal que no sé muy bien por qué he aceptado quedar con él, pero tampoco sabría explicar por qué no.

Su perfil no promete nada raro: trabaja, hace deporte sin obsesión, le gusta el cine, tiene amigos, no aparece en ninguna cima de ninguna montaña ni abraza árboles. No habla del universo ni de su ex ni tampoco usa frases motivacionales.

Es… correcto.

Encima, llega puntual.

Lo que te digo… esto pinta demasiado bien y algo me escama.

—Hola —dice dándome dos besos—. ¿Qué tal?

—Bien —respondo—. ¿Tú?

—Bien.

Nos sonreímos y pedimos café para desayunar.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta.

—A veces.

—Ah.

Silencio.

No me siento incómoda del todo, pero tampoco logro sentir una sensación agradable.

—¿A qué te dedicas? —pregunto.

—Trabajo en una consultora —dice—. Bastante estable.

—Eso está bien.

—Sí.

Bebe un sorbo de café.

Yo también.

—¿Y tú?

—Trabajo en una cafetería.

—Ah —responde—. Qué guay.

No sé qué tiene de guay, pero agradezco que no me pregunte si es temporal.

—¿Te gusta? —añade.

—Sí.

No digo más, él tampoco pregunta y el silencio vuelve, quedándose un poco más esta vez.

No pasa nada malo, pero tampoco bueno, y creo que ese es el problema.

David no hace comentarios inapropiados, no invade mi espacio, no me mira de forma extraña, no se ríe demasiado fuerte, no habla de sí mismo en exceso…

—¿Te gusta viajar? —pregunta al fin.

¡Alabado sea Dios! Pensaba que se le había olvidado hablar al pobre.

—Sí.

—A mí también.

—Qué casualidad.

Sonríe.

—Bueno, es bastante común.

Asiento con la cabeza.

TODO en él es bastante común y hablamos del trabajo, del tráfico, del precio de los alquileres, de lo caro que está todo…

¿Esto es una cita?

Pregunto, ¿eh?

Que yo ya no sé… estoy pensando que el mercado está mal no, lo siguiente, porque no estoy entendiendo nada.

¿Quién coño habla del tráfico de Madrid en una cita?

Olivia, claro.

El normal y yo.

Casi prefiero los huevos yoni por el culo…

Estoy desvariando, ya lo sé… ¡pero de aburrimiento!

—La vida adulta —dice, riéndose un poco—. Ya sabes.

—Sí —respondo—. La conozco.

Miro el reloj sin darme cuenta.

Él también lo mira.

—¿Tienes prisa? —pregunta.

—No —miento—. ¿Tú?

—No.

Seguimos sentados, pero llego a la conclusión de que hay algo profundamente triste en no tener excusa para irte, pero tampoco

motivos para quedarte.

—¿Qué buscas aquí? —pregunta de repente.

La pregunta cae entre nosotros como algo importante.

Y no lo es, realmente, simplemente ha querido romper el hielo.

O el silencio incómodo y pegajoso que se instala cada vez durante más tiempo entre nosotros, como quieras llamarlo.

—No lo sé —respondo, sincera—. Supongo que conocer a alguien.

—Claro —dice—. Yo también.

No hay subtexto, no hay tensión, tampoco hay duda de que es la hora de levantarme y largarme de aquí.

Todo está claro… y vacío.

—¿Nos vamos? —pregunto, porque ya… ¿qué más da?

David asiente con la cabeza y pagamos a medias. Es decir… cada uno lo suyo, porque han sido dos tristes cafés; encima no estaba ni la mitad de bueno que el café que prepara Mateo.

—Bueno —dice—. Ha sido un placer.

—Igualmente.

Nos damos dos besos de forma automática.

—Ya hablamos —añade.

—Sí.

No lo haremos, pero es lo que se suele decir para no quedar mal.

No cojo ni el metro, necesito caminar para quitarme esta sensación de encima.

Es que ni me ha decepcionado ni tampoco me ha gustado.

Qué cosa más triste, te lo digo de verdad.

No quiero irme a casa, porque no quiero estar sola, así que solo hay un lugar en el que siempre me guste estar: *Media Tostada*.

Cuando llego, Mateo está colocando unas botellas detrás de la barra.

Levanta la vista y parece sorprenderse por verme aquí.

Claro, es que es mi día libre.

—¿Qué haces aquí?

Me encojo de hombros y me siento en la barra, pero no le respondo.

—¿Estás bien o es uno de esos días de fingir que sí?

—Yo ya no sé nada… ¿Me pones un café? Acabo de tener la cita más… normal que he tenido nunca.

—Claro —dice, y se pone manos a la obra—. ¿Cómo ha ido?

—Pues… normal —repito.

Asiente con la cabeza, aunque yo creo que no me está comprendiendo.

Pobrecito, si no me comprendo ni yo…

—Eso suena peor de lo que parece.

—Lo es —respondo—. Porque no puedo quejarme.

Luisa aparece al segundo.

—Cara de nada —dictamina—. ¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Uf —dice—. El peor resultado.

—No ha sido raro —añado—. Ni incómodo. Ni intenso.

—¿Y? —pregunta Belén.

—Y no he sentido absolutamente nada.

Elena levanta la vista desde su mesa.

—Eso también es una respuesta.

Don Manolo carraspea.

—Antes no hacía falta sentir fuegos artificiales.

—Ya —respondo—. Pero tampoco quiero sentir que estoy rellenando una casilla.

Mateo me pone el café delante de los ojos y… ¡Oh, Dios mío! Esto sí es un café en condiciones.

Observo que ha dibujado un corazoncito en la nata.

Es el mejor.

—A veces —dice—, lo normal solo es… lo que no encaja contigo.

Miro el café, el vapor, la barra…

Y pienso que prefiero una cita horrible que me haga reír luego que una correcta que me deje así: vacía, pero educada.

Cojo el móvil, veo por última vez el perfil de David y deslizo a la izquierda.

Chao, pescao.

12
Olivia
Mateo pregunta

Hay preguntas que no suenan a interrogatorio, sino a cuidado, a cariño y a preocupación sincera.

Mateo me pregunta mientras seca una taza, como si no fuera importante, como si no pudiera cambiar nada.

—¿Y… te apetece seguir quedando?

No levanta la vista al decirlo y pienso que eso lo hace todavía más peligroso.

Me quedo un segundo en silencio, con el móvil boca abajo sobre la barra y me doy cuenta de que, por primera vez desde que empecé con todo esto, no tengo una respuesta rápida preparada.

—No lo sé —digo al final.

No es una evasiva, lo prometo, es la verdad.

Mateo asiente despacio, como si ya hubiera contado con esa posibilidad, y yo me quedo mirando su barba de dos días que, lejos de hacerle parecer desaliñado, simplemente le da un aire de look cuidado, pero sin exceso.

Es que Mateo es muy normal, ¿sabes?

Pero no normal tipo David… con normal me refiero a que tiene un bajo perfil, es decir, no destaca por nada en concreto.

Es alto, con algunos caracoles sobre su cabeza, porque su cabello castaño se ensortija en algunas partes.

Tiene los ojos marrones y auguro a que debajo de la camiseta de color gris que lleva hoy, no hay abdominales imposibles, porque su cuerpo es… sí, NORMAL.

No sé cómo explicártelo sin parecer imbécil.

Mateo es… y siempre lo he pensado, ¿eh?, sexy porque no intenta serlo, ¿sabes?

Es bastante seguro de sí mismo y eso hace que tenga un atractivo real.

Digo yo que tendrá una novia a su altura, ¿no?

Lo de la novia, en realidad, es una suposición mía, porque Mateo NUNCA habla de su vida privada.

JAMÁS.

Mateo es nuestro jefe y como tal se comporta.

Ni siquiera cambia el chip con Elena, que son amigos desde el instituto y se conocen desde hace años.

—No pasa nada —dice.

Y ahí está otra vez ese "no pasa nada" suyo que no juzga, no empuja y tampoco minimiza. Simplemente deja espacio y, por raro que parezca, en ese espacio me siento… YO.

Esto tampoco sé muy bien cómo explicarlo.

—Es raro —añado—. Pensé que sentiría algo más. Ilusión, nervios, lo que sea.

—¿Y qué sientes? —pregunta.

Levanta la vista esta vez y me mira directamente a los ojos.

—Cansancio —respondo—. Y un poco de frustración, supongo.

—Tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque estás intentando que algo encaje a la fuerza —dice—. Y eso agota.

No lo dice como consejo, más bien me parece que lo dice como si se hubiera convertido, de repente, en alguien que ha estado ahí, en esta tesitura tan incómoda.

Me apoyo mejor en la barra y lo miro.

—¿Te ha pasado? —pregunto, antes de pensarlo demasiado.

Mateo tarda un segundo en responder.

—Sí.

Solo eso porque, como es habitual en él, no da detalles, no se justifica y no convierte la conversación en un monólogo como haría… qué sé yo, Belén, por ejemplo.

Pobrecita, qué tralla le estoy metiendo últimamente, pero es que es lo que hay.

Estoy furiosa con ella y frustrada, ya está.

La cosa es que Mateo reacciona de esta manera y eso hace que quiera saber más.

—¿Y qué hiciste? —pregunto.

—Paré —dice—. Un tiempo.

—¿Funcionó?

Se encoge de hombros.

—Dejó de doler tanto.

Sonríe un poco y, aunque no me parece una sonrisa feliz, sí destila honestidad.

Luisa aparece desde la trastienda como si tuviera un radar para los momentos tranquilos que conviene interrumpir.

Joder, Luisita… con lo agusto que estaba yo…

—Vale —dice—. Cara de reflexión profunda. ¿Qué está pasando aquí?

—Nada —respondemos Mateo y yo a la vez.

Luisa nos mira, alternando la vista entre uno y otro.

—Ajá.

Belén se suma a la escena con una bandeja.

Éramos pocos y parió la abuela.

—¿Otra cita con alguien nuevo? —pregunta.

—No —digo.

—¿Cancelada?

—Terminada —respondo.

—¿Y qué tal?

Abro la boca.

La cierro.

—Correcta —digo.

Luisa hace una mueca exagerada.

—Qué palabra tan triste.

—Lo sé.

Mateo vuelve a lo suyo, pero noto algo distinto: está un poco más callado, o quizá soy yo la que está más atenta.

—¿Sabes lo que pasa? —digo, casi para mí—. Que siento que estoy haciendo todo lo que se supone que tengo que hacer… y aun así…

—Y aun así no pasa nada —termina Elena, apareciendo detrás de mí.

No me había dado cuenta de que estaba escuchando.

—Exacto —digo—. Y eso me desespera.

—A veces —dice—, no pasa nada porque no tiene que pasar ahí.

Mateo la mira un segundo y Elena le devuelve la mirada.

Hay algo que se cruzan sin palabras.

Vaaaaaale, no lo entiendo.

—Igual —continúa ella— estás tan ocupada buscando que no te das cuenta de lo que ya tienes.

No miro a Mateo, no me atrevo, no sé por qué.

Soy idiota.

—No tengo nada —respondo.

Elena sonríe.

—Eso crees —dice, y se va, dejándome con esa frase colgando en el aire como una canción que no termina.

Mateo me pone otro café sin preguntarme.

El gesto ya es casi íntimo.

—Gracias —digo.

—De nada.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

El bar sigue funcionando a nuestro alrededor, pero aquí, en este pequeño espacio entre la barra y mis pensamientos, el tiempo se ralentiza.

—Oye —dice de pronto—. No tienes que demostrar nada.

—¿A quién?

—A nadie —responde—. Ni siquiera a ti.

Trago saliva.

—A veces siento que voy tarde —confieso.

Mateo me mira con una seriedad suave.

—Yo no lo creo.

—¿No?

—No —dice—. Creo que solo vas… a tu ritmo.

No sé por qué esa frase me toca más que cualquier discurso sobre el amor, la vida o las expectativas.

Asiento con la cabeza y respiro hondo

—Bueno —digo—. Voy a seguir intentándolo.

—Claro —responde.

No suena convencido, pero tampoco suena decepcionado y eso, curiosamente, me da paz.

Me llevo el café a los labios y pienso que quizá Elena tiene razón.

Que igual no me falta nada, pero empiezo a sospechar que hay cosas que no se buscan, que simplemente… están.

Y que, a veces, las mejores preguntas no son las que te empujan hacia fuera, sino las que te hacen quedarte un poco más.

PARTE 3

Algo no encaja

13
Olivia
El macho alfa

Empieza una nueva semana y yo empiezo a dormir mal.

Claro, lunes y mala noche combinan a la perfección. Súmale que este sábado es San Valentín y yo estoy tan… Santa Soltera de Oro.

No es insomnio por pensamientos profundos ni crisis existencial de madrugada.

Ya sé que tratándose de mí te puede parecer extraño, porque ya me conoces un poco, pero la realidad es que se trata de un cansancio raro, de esos que se te meten en la cabeza y se convierten en migraña, así que me levanto con la sensación de haber dormido ocho horas y, aun así, necesitar otras ocho más… lejos de mí misma.

No obstante, voy a trabajar, porque *Media Tostada* no entiende de jaquecas; el café se sirve igual y los desayunos no esperan.

—Tienes mala cara —dice Mateo nada más verme entrar.

Parece preocupado.

No puedo decir lo mismo de ti, estás estupendo, me entra un pensamiento intrusivo por la banda izquierda.

Perdona, ¿qué?

Zarandearía mi propia cabeza si no fuera porque la siento débil después del ataque de migraña, solo para librarme de esas palabras.

La medicación tiene efectos secundarios, debe ser eso.

—Migraña —respondo—. Pero me he tomado la pastilla. Estoy bien.

Asiente, aunque no parece convencido, y me observa un rato mientras preparo cafés, sonrío a los clientes y finjo que no me late la cabeza como si alguien estuviera probando un taladro nuevo dentro de ella.

—Vete a casa, Oli —dice al rato.

—No hace falta —contesto—. De verdad, la medicación me ha hecho efecto.

Mateo me mira un segundo más.

—Vete —repite—. Mañana será mejor si hoy paras.

¿Y ahora qué hago yo?

Quiero hacerle caso, lo sabe Dios cuánto quiero hacerle caso, porque daría lo que fuera por coger mi camita… pero no quiero que piense que me escaqueo de mi trabajo.

—¿De verdad? —me atrevo a preguntarle.

—¿Quieres que me arrepienta? Anda, quítate eso y márchate. —Señala mi delantal con el dedo índice al tiempo que me sonríe.

—Vale —respondo, asintiendo con la cabeza.

Me quito el delantal con una mezcla extraña de alivio y culpa, como si cuidarme fuera todavía algo que tengo que justificar.

Qué mal nos tiene enseñados esta sociedad… no voy a heredar *Media Tostada* ni nada parecido por quedarme a hacer el turno hecha una mierda.

¿Ves?

En eso también estamos equivocadas.

Le doy las gracias a Mateo, que dice que no es nada, y me marcho a casa.

Cuando llego, me tumbo un rato a oscuras con la intención de dormir.

Ilusa de mí, lo único que hago es pensar y eso, obviamente, es peor.

Mucho peor.

Menos mal que el sonido de mi móvil, que me avisa de que estoy recibiendo mensajes, me saca del bucle.

Pienso que son de MediaNaranja, pero son mis amigas por el grupo de Whatsap que tenemos en común:

📱 **CHAT · Grupo Media Tostada**

Luisa:

🚨 🚨 🚨 ATENCIÓN 🚨 🚨 🚨

Mateo te ha mandado a casa.

Repito: Mateo.

Olivia:
Solo porque tengo migraña y, ¡pues claro que Mateo, es el jefe! ¿Quién me va a mandar a casa si no es él?

Luisa:
Eso dices tú.
Yo veo cuidado silencioso nivel premium.

Belén:
¿Te encuentras bien de verdad?
Si es migraña fuerte, tómate la medicación y no mires el móvil 🧠💊

Luisa:
Belén, deja de ser responsable, que estamos analizando un MOMENTO.

Elena:
Si te ha mandado a casa es porque hoy no tocaba resistir.

Luisa:
👏👏👏
Frase para enmarcar.

Olivia:
Estoy tumbada a oscuras como Drácula con resaca.

Luisa:
Perfecto.
Eso se llama recuperación emocional preventiva.

Belén:
¿Quieres que te lleve algo luego?
Caldo, manzanilla, ibuprofeno…

Luisa:
Un novio.
Llévale un novio.

Olivia:
🚨 🚨 🚨

Luisa:
Vale.
Aunque, bueno, por si acaso, Mateo ya ha cumplido funciones básicas de cuidado 🤷‍♀️

Elena:
Descansa.
Hoy no hay decisiones importantes.

Luisa:
Excepto una:
👉 pizza o tortilla francesa para cenar.

Olivia:
Pizza.

Luisa:
Correcto.
Te queremos viva y con queso.

Cuando abro MediaNaranja un rato más tarde, no lo hago por impulso ni porque alguien me anime, creo que es más bien aburrimiento.

Lo hago sola, sin Luisa como en las veces anteriores, sin cribado colectivo y sin ganas reales.

Deslizo sin prestar demasiada atención… hasta que aparece Iván: perfil limpio, fotos bien hechas, camisa, reloj y postura segura.

Descripción breve: *Me gusta cuidar a una mujer de verdad.*

Lo cierto es que no me genera rechazo inmediato, pero tampoco me provoca ilusión ni nada parecido.

Tan solo la sensación tibia de "bueno…vale".

Le doy a la derecha y hablamos un poco antes de que me proponga quedar.

Frases correctas y mensajes claros, sin emoticonos de más ni silencios incómodos.

Luego me quedo dormida y me despierto nueva, menos mal que la medicación ha hecho efecto y ha eliminado el taladro que sentía dentro de las sienes.

Así que… quedo con Iván sobre las ocho de la tarde, a ver si me entretengo un poco.

Para la cita no me pienso demasiado la ropa.

Me pongo un vestido sencillo, negro y por debajo de la rodilla. Nada provocador, aunque tampoco cómodo del todo.

Botines bajos.

Pelo suelto.

Me miro al espejo sin buscar aprobación, porque simplemente quiero ver qué me encuentro.

Salgo de casa con la cabeza todavía algo pesada, pero con una claridad extraña, como si algo en mí ya estuviera preparado para no quedarse donde no toca.

Y entonces Iván se define como un hombre tradicional cuando nos encontramos en persona.

Me da dos besos, me aparta la silla del bar coquetito en Chamberí, donde me ha propuesto vernos, y sonríe.

Mucho.

Quizá esto ya debería haberme hecho cancelar la cita y pedir una pizza.

Pero no.

Aquí estoy otra vez, sentada frente a alguien que ha decidido explicarme quién es antes incluso de preguntarme quién soy yo.

—Yo soy de los que cuidan —dice, acomodándose en la silla—. Me gusta llevar la iniciativa.

Lo dice como si estuviera ofreciendo un servicio premium y me hace gracia al tiempo que me genera un pequeño repelús.

—Ah —respondo—. Qué bien.

No pregunto más, porque aprendí hace tiempo que preguntar abre puertas que luego no sabes cerrar.

Iván es guapo.

Objetivamente guapo, es que no pienso mentir.

Camisa bien planchada, reloj caro, sonrisa ensayada.

Y grande.

Tiene esa seguridad que, en pequeñas dosis, atrae… pero que en grandes cantidades empacha.

Su caso es el segundo.

—¿Qué vas a tomar? —pregunta cuando llega el camarero, sin mirarme.

—Una copa de vino —digo.

—Mejor una cerveza —corrige—. El vino engaña.

El camarero me mira.

Yo lo miro a él.

Sonrío.

—Una copa de vino —repito.

PERO ¿QUÉ COÑO ESTOY HACIENDO?

Iván se ríe, como si acabara de hacer un chiste.

—Uy, carácter —dice—. Me gusta.

No sabes cuánto miedo me da esa frase.

—Cuéntame —continúa—. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en una cafetería.

Asiente despacio, evaluando.

—Está bien mientras decides qué hacer de verdad.

Y algo dentro de mí hace clic.

—Esto es lo que hago de verdad —respondo.

¿Quién se ha creído que es este tío?

Me mira, sorprendido.

Luego sonríe otra vez.

Le borraría esa estúpida sonrisa de un plumazo.

—Claro, claro. Me refiero a que todas las mujeres necesitáis estabilidad. Y un hombre que sepa llevar las cosas.

¿Qué acaba de decir el sonrisitas?

—¿Llevarlas a dónde? —pregunto.

—A buen puerto —responde—. Yo, por ejemplo, ya tengo mi vida hecha.

—Enhorabuena.

El camarero deja nuestras bebidas sobre la mesa y se marcha después de agradecerle su servicio.

Eso es muy importante, chicas, agradecer el esfuerzo de quien está hasta el gorro de trabajar, pero aún así, te pone buena cara

cuando te trae tu vinito.

Quizá me den migrañas otra vez, pero es que con el portento que tengo delante…

Iván ni se molesta.

—Gracias —me dice a mí, en cambio. —Casa, coche, trabajo fijo… —enumera—. Solo me falta alguien con quien compartirlo.

¿Y dos neuronas más no quieres?, pienso.

Lo dice como si estuviera hablando de un hueco en la estantería.

—¿Y qué buscas exactamente? —pregunto.

—Una mujer femenina —dice sin dudar—. Que se cuide, que se deje cuidar. Que no sea complicada.

Bebo vino y lo hago despacito, ganando tiempo para relajarme y no soltar por mi boca nada irreversible.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué buscas?

Pienso en Mateo de forma involuntaria, porque no sé por qué se cuela en este instante en mi cabeza, en los cafés con dibujitos que me pone sin preguntar y que saben exactamente como a mí me gustan, en que hoy me ha mandado a casa porque estaba enferma, en que siempre me escucha y nunca me juzga…

—Normalidad —respondo—. Pero la que no asfixia ni aburre.

Iván frunce el ceño.

—Eso suena muy moderno.

—Es cansancio —corrijo.

—Las mujeres de hoy os complicáis mucho —continúa—. Antes era todo más sencillo.

¡Madre mía!

Tengo que preguntarle el apellido a este chico… y disimular que estoy observándolo como si fuera alguien desequilibrado, buscando algún parecido con Don Manolo por lo que acaba de decir.

—Antes las mujeres no podían elegir —respondo—. Eso simplifica mucho.

Se ríe, pero sé que no es porque le haga gracia, es que creo que no sabe qué hacer con mi respuesta.

—Me gustas —dice—. Tienes carácter, pero se te puede suavizar.

Ahí, exactamente ahí, mi cuerpo decide que ya está.

—Voy al baño —digo.

Pero cojo mi chaqueta y mi bolso para acompañar la mentira, porque pago en la barra mi vinito.

Su cerveza que se la pague él.

¡Hombre no!

Cuando vuelvo, Iván está mirando el móvil.

—¿Nos vamos a dar un paseo? —propone—. Me gusta decidir sobre la marcha.

—Yo ya he decidido —respondo.

—¿El qué?

—Que me voy a mi casa.

Se queda descolocado, no debe estar acostumbrado, quizá.

—¿He hecho algo mal? —pregunta.

—No —respondo, encogiéndome de hombros—. Solo que sé que no vamos a encajar.

No añado ninguna disculpa ni tampoco más explicaciones.

Señor, qué hartura…

Camino casi una hora hasta llegar a mi casa, y el paseo me viene genial porque necesito pensar.

Esta vez es como que no tengo tampoco la necesidad de refugiarme en nadie.

Es como si esta cita me hubiera recordado que estoy mejor sola que mal acompañada, dándole sentido al bendito refrán.

Si es que ya lo dice mi padre… todos los refranes son verdad.

Ya no me siento asustada, si te soy sincera.

¿Por qué habría de estarlo?

¿Prefiero estar con alguien tan idiota como Iván o los otros solo por decir: "Mira, tengo pareja"?

Pues no.

Es que a lo mejor el problema no lo tengo yo, es que paso de conformarme con versiones que no son para mí.

Y eso está bien.

No.

¡Eso está de puta madre!

Sonrío a riesgo de que quien me vea caminar y sonreír a solas piense que estoy *delulu.*

Te digo yo que hace un año a pesar de pensar todo lo que pienso acerca de Iván, me hubiera quedado y hoy no.

Por mi papo moreno que no, me voy antes de que me diga cómo ser femenina.

Tremendo mentecato.

¿No crees tú también que mis pensamientos se han transformado en algo que se parece bastante a avanzar?

14
Olivia
La conversación incómoda

Al día siguiente me presento como normalmente en *Media Tostada.*

Me encuentro mucho mejor, incluido el ánimo.

Pero entonces aparece Belén, claro, porque aunque a veces me guste menos que otras, al final es mi amiga y trabajamos juntas.

No son ni las diez de la mañana y ya tiene entre las manos un montón de corazoncitos de cartulina y cosas varias para decorar la cafetería con motivos de San Valentín.

Pues muy bien.

—*Hoy es el día de los enamorados… lalalala* —canturrea moviendo las caderas.

La miro con una ceja arqueada.

Claro, el sábado es el día de los enamorados, que eso lo inventó el Corte Inglés, ya te lo digo yo.

¿Cómo alguien va a querer más a otro alguien solo un día al año?

Mejor los trescientos sesenta y cinco, ¿no?

Me parece un negocio todo.

Ale, ya lo he dicho.

—¡Oli! ¡Vamos, anímate y cuelga corazones! ¡*De pronto canto, será porque te amo!*

¿Quién le pone una mordaza?

¡Me ofrezco voluntaria! ¡Voluntaria como tributo!

¿Os acordáis de esa escena de *Los Juegos del Hambre!*

Muy Katniss Everdeen soy en este instante.

No tiene mala intención, eso es lo peor.

Si la tuviera, sería más fácil enfadarse y defenderse, pero Belén habla desde ese lugar peligrosísimo donde vive la gente que cree haber hecho las cosas bien y, por tanto, siente que puede opinar.

—Olivia —dice mientras coloca unos vasos—, ¿puedo preguntarte algo?

Nunca es buena señal cuando alguien pide permiso para preguntar.

Verás tú, por dónde me sale.

—Depende —respondo—. ¿Me va a doler?

Sonríe, como si exagerara.

—No seas dramática.

Ahí ya sé que va a doler.

Venga, estoy lista.

Dispara, Belén, dispara.

Estamos solas detrás de la barra, porque Luisa ha salido a fumar, Elena está al fondo, montando mesas, pero sé que escucha, y Mateo está en el almacén.

El bar respira al *stand by* propio de esta hora, ese momento tranquilo que engaña, porque en un abrir y cerrar de ojos puede llenarse de gente que exige su café porque si no, no puede existir.

Me pasa a mí eso mucho también, ¿a ti no?

—Es que te veo cansada —empieza Belén—. Y preocupada. Y… no sé, un poco a la deriva.

A la deriva.

Qué palabra tan bien escogida.

Ya empezamos.

—Puede ser —digo—. Estoy un poco cansada.

—Claro —asiente—. Es normal. Pero igual también deberías replantearte algunas cosas.

Ufff.

—¿Como cuáles? —pregunto, con cuidado.

Belén deja el vaso y se apoya en la barra frente a mí.

—Pues… la vida que quieres. El tipo de relación que buscas. El tiempo pasa… —dice bajando la voz.

El tiempo.

Siempre el tiempo.

—No te lo digo a malas —añade rápido—. Te lo digo porque te quiero.

—Lo sé.

Y lo sé de verdad, por eso duele más.

—Pero a veces pienso que eres demasiado exigente —continúa —. Que descartas muy rápido. Que buscas algo que no existe.

Algo dentro de mí se tensa, de verdad que no aguanto los "consejos vendo, que para mí no tengo".

Creo que esto ya lo he dicho antes.

—¿Qué es lo que no existe? —pregunto.

—Pues… eso. La conexión perfecta, el no sé qué. La chispa. Igual hay que conformarse un poco.

Conformarse.

La palabra cae de forma pesada entre las dos.

¿Eso quiere decir que ella se ha conformado con su gran marido?

Creía que era perfecto, siempre lo pinta así.

Como su hijo.

Como su casa, aunque de alquiler.

Como su boda, aunque sencilla.

Como su vida… ¿aunque impostada?

—Yo me conformé —dice, como si eso fuera una confesión—. Y no me arrepiento. Tengo una familia, una casa, aunque sea de alquiler, una estabilidad. No es perfecto, pero es real.

¿Qué?

La miro y la observo, esforzándome por mirar más allá: tiene un cansancio en la mirada del que parece estar orgullosa, una vida construida, sus renuncias asumidas…

—Me alegro por ti —digo—. De verdad.

—Entonces… —empieza—. ¿Por qué no te dejas llevar un poco más?

Respiro hondo, porque no quiero levantar la voz ni enfadarme.

—Porque no quiero despertarme dentro de diez años pensando que me traicioné —respondo.

Belén frunce el ceño.

—Eso es muy radical.

—No —digo—. Es honesto.

Se cruza de brazos.

—A veces la honestidad es una excusa para no comprometerse.

Y ahí… algo se rompe.

—¿Sabes lo que pasa, Belén? —digo, notando cómo me tiembla un poco la voz. Madrecita, que la voy a liar… ¡pero no puedo más!—. Que todo el mundo habla de compromiso como si solo existiera en pareja.

Ella se queda callada, frunciendo los labios.

—Yo me comprometo todos los días —continúo—. Con mi trabajo. Con mis amigas. Con mi vida. Con no quedarme en sitios donde no me siento yo. Con seguir buscando hasta que esté satisfecha. Lo siento mucho si tú no lo has hecho. Es que yo a lo mejor no quiero tu vida, Belén. Porque será perfecta para ti, pero no para el resto, por eso es tuya.

Belén abre la boca, pero no la dejo hablar, ya estoy cansada de que solo hable ella.

—Y estoy cansada de que parezca que, porque no tengo marido ni hijos, no he llegado a ningún sitio. O porque no tengo coche o una casa propia. O… ¡yo qué sé, mi propio negocio online!

Elena se acerca a nosotras y Luisa entra justo en ese momento y se queda quieta.

—No he llegado a tu sitio —añado—. Pero he llegado al mío.

Belén me mira directamente a los ojos. No parece enfadada, pero sí descolocada.

—Yo solo quiero que seas feliz —dice, súper tranquila.

—Lo sé —respondo—. Pero mi felicidad no tiene por qué parecerse a la tuya para ser válida.

Es entonces cuando un silencio largo e incómodo se instala entre las cuatro.

Necesario también, después de tanto ruido dentro de mi cabeza.

Me siento como si me hubieran quitado una mochila llena de piedras que llevaba cargando… ¿cuánto tiempo?

O como cuando te haces mucha caca y has aguantado mucho rato porque no podías ir al baño.

No, no, no.

¿Cómo es este momento?

El de la caca, digo.

Repito, no me juzgues, aquí hacemos de vientre todos.

¿Cómo es ese momento de soltar lo que has estado aguantando todo el día hasta llegar a casa?

Es como el vértigo de la montaña rusa que te sube por el estómago, pero a la inversa.

La vida se te va por el culete, las paredes del abdomen se pegan entre sí mientras te deshaces de todo lo que ya no sirve.

Y la sensación de después…

¡Oh, joder!

¿No piensas que has adelgazado dos o tres kilos por lo menos y la ligereza vuelve a ti?

Pues más o menos lo mismo es lo que siento en este instante, cuando le acabo de decir todo esto a Belén.

Hombre, es que ya basta.

Mateo sale del almacén y se detiene al notar el ambiente.

No interviene, pero sí nos observa.

—Quizá tienes razón —dice Belén finalmente—. Quizá yo proyecto, no sé.

Asiento con la cabeza.

—Yo también lo hago —digo—. Todo el rato. Pero estoy intentando dejar de vivir con la sensación de que siempre voy tarde. Porque es mentira.

Mateo da un paso hacia la barra, apoya las manos sobre ella y no mira a Belén.

Me mira a mí.

—Deja de pensar eso —dice—. Estás viviendo las cosas a tu tiempo.

No sé por qué, pero esa frase me desarma.

Belén baja la mirada y Luisa se acerca despacio.

—Vale —dice—. Momento intenso superado. ¿Un café para todos?

Rosa asoma la cabeza desde su mesa.

—Las conversaciones importantes siempre dan sed —dice.

Sonrío.

Un poco rota por el momento que acabamos de tener, pero también un poco más firme.

Belén me toca el brazo.

—Perdón —dice—. Pensaba… no sé, que así te estaba ayudando. A veces olvido que no todos queremos lo mismo.

—Y menos mal —respondo—. Si no, qué aburrido.

Se ríe.

Yo también.

Y mientras Mateo me sirve un café sin preguntarme, caigo en algo importante: No todo el mundo va a entender tu camino y eso no lo invalida.

A veces, el mayor acto de amor propio es no encajar donde todos esperan que lo hagas.

15
Olivia
El ghost

Marcos parece normal, pero normal a lo Mateo, no a lo David, acuérdate.

Lo digo ya con la prudencia de alguien que ha aprendido que esa frase es una trampa, pero aun así… Marcos no levanta alarmas.

No promete nada raro.

No usa palabras como energía, flujo o femenina.

No menciona a su ex, ni a sus hijos, ni a su terapeuta.

Escribe poco, pero es correcto y educado.

¿Que por qué sigo investigando la fauna de MediaNaranja?

Pues, bueno, chica, porque en algún lado tendrá que estar la mía, ¿no?

Bueno, la cuestión es que me ha propuesto un café rápido y sin complicaciones.

Eso me gusta.

Demasiado.

Llego puntual a un barecito que hace esquina en el barrio de Las letras, donde él me ha dicho.

Me siento en una mesa, pido café con leche y nata y, mientras espero, hago circulitos en mi pantalón vaquero.

Lo he combinado con un jersey de color rosa palo y unos botines marrones.

Pintalabios del mismo color que el jersey y el pelo suelto en ondas.

Miro el móvil y compruebo la dirección que me ha dado, porque todavía no ha llegado.

Qué raro, pienso.

Aunque puede que al chico se le haya complicado el asunto y ya está.

Estoy aparcando, escribe.
Ah, mira, ¿ves?
Cinco minutos después: *Ahora voy*.
Asiento con la cabeza, como si pudiera verme.
Pasan diez minutos.
Quince minutos.
Miro a mi alrededor.
La gente habla.
Ríe.
Vive.
Nadie parece estar esperando a alguien que no llega.
Justo lo que estoy haciendo yo.
Le escribo: *¿Todo bien?*
Veo los tres puntitos.
Desaparecen.
Vuelven.
Desaparecen.
Espero.
Bebo un sorbo de café.
Otro.
Me digo que no pasa nada, que igual está llegando.
Que exagero.
Que soy intensa.
Que hay que relajarse.
Veinte minutos.
Abro la app.
Su perfil sigue ahí.
Treinta minutos.
Pido la cuenta.
Y entonces, sin aviso previo, desaparece.
No el mensaje o nuestra conversación.
¡Desaparece él!
El perfil ya no está.
¿Qué cojones?
Ni foto, ni nombre, ni descripción.
Nada.

Me quedo mirando la pantalla como si fuera a volver por arte de magia, como si esto fuera un error técnico y no una decisión consciente.

—¿Todo bien? —pregunta el camarero.

—Me han… cancelado… creo —respondo, confundida.

Le doy un billete de cinco euros arrugado al chico, que me mira con cara de póker, pobrecito mío, y salgo de allí.

Dime que no me han plantado, por favor te lo pido.

DIME QUE NO ME HAN PUTO PLANTADO.

Porque yo me cago en todo ya.

Con manos temblorosas de pura rabia, miro de nuevo la aplicación, a ver si es que ha sido una visión óptica o algo así.

No.

Es real.

Me ha hecho *ghosting*, el muy hijo de…

¡CUPIDO, QUIERO LA HOJA DE RECLAMACIONES!

*

Mateo me ve entrar y, por primera vez, no espera a que llegue a la barra.

—¿Tan rápido? —pregunta.

—Ni ha empezado —respondo.

—Ah.

Eso lo dice todo.

Me siento y me sirve una tila, ya no es hora para tomar café.

—*Ghost* —añado.

Luisa aparece como invocada, es la viva imagen de una zarigüeya metiendo el hocico en cualquier agujero.

—¿Clásico? —pregunta.

—Avanzado —respondo—. Ha desaparecido antes de existir.

—Eso debería contar como deporte olímpico —dice—. ¿Qué ponía en su perfil?

—Mmmm —pienso, porque no lo recuerdo bien—, si no me equivoco, algo así como: "improvisando, me dejo llevar".

Elena levanta la vista de la vitrina de la barra, donde está quitando dos trozos de la tortilla de patata que ha sobrado hoy.

—No, si está claro que se ha dejado llevar… pero de vuelta a su casa —dice.

¿Tengo que reírme?

—¿Tengo que reírme, Elena? Pregunto —digo parpadeando un par de veces y poniendo hocico de pato.

Es que esto ya es puro cachondeo, ¿eh?

¿Qué he hecho yo en otra vida para merecer esto?

—No tiene nada que ver contigo —dice—. Lo sabes, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Déjame un rato más para convencerme.

—Hombre, no es plato de buen gusto para nadie, claro —añade ella.

Don Manolo deja el periódico.

¿Todavía sigue aquí este señor?

—Antes la gente daba la cara.

—Antes la gente no tenía tantas opciones —responde Luisa—. Ahora desaparecer es más fácil que dar una explicación.

—Eso no lo hace menos cobarde —añado—. ¿Qué hace aquí, Don Manolo?

El hombre se encoge de hombros.

—Me apetecía un carajillo quemado.

—¿A estas horas? No va a dormir.

—Si duermo sí…

Mateo apoya los codos en la barra.

—A veces —dice—, la gente se va porque no sabe quedarse.

No lo dice por Marcos.

Lo sé.

Miro la tila.

Me quedo en silencio un momento, luego cojo el móvil otra vez.

Abro la app, miro los perfiles, los mensajes pendientes…

Los mensajes pendientes.

—Creo que necesito parar un poco —digo.

Mateo me mira.

—Tiene sentido —dice.

—No sé si volveré a quedar —añado.

—No tienes que decidirlo hoy.

Asiento con la cabeza y rumio algo que acabo de aprender: No todo el que desaparece te abandona. Algunos solo te ahorran tiempo, como Marcos, que me ha ahorrado la decepción.

16
Olivia
Ay, Mateo…

He decidido dejar de buscar hombres que solo me decepcionan y empezar a buscar gatos.

¿No te parece una decisión acertada?

A mí sí.

—Me parece muy mal que esté tan denostada una vida con gatos y vino —dice Elena cuando se lo cuento.

Es un día cualquiera en *Media Tostada.*

Bueno, en realidad no, mañana es San Valentín.

—Siempre te amenazan con eso, y a mí no me parece tan malo —comento mientras seco un par de platos con un trapo.

—Pues claro que no. Básicamente es mi vida —responde Elena con una sonrisa.

Mierda.

He sido un poco Belén en este momento.

—Ay, Eleni, no quería…

Pero Elena niega con la cabeza.

—Lo sé. Y sí, estoy de acuerdo en que adoptes a un gato.

Sonrío, intentando que la incomodidad se me pase.

—Pues la cosa es que sigo en Instagram un refugio que es de Navarra, me parece… y dan gatos y perros en adopción. Bueno, pues hay dos gatitas que son hermanas y se llaman Pam y Plona. Mira, casi me meo cuando las vi.

—¡Qué original! —exclama Elena.

Y lo cierto es que sí, y también es cierto que me lo estoy planteando muy en serio.

Siempre he querido tener una mascota, pero también me ha dado un poco de miedo esa responsabilidad.

Mientras seguimos Elena y yo esa conversación, primero llega el comentario mordaz y después el que va envuelto en broma.

—¿Es que nadie me va a atender? —dice un chico del cual no nos hemos coscado.

—Perdona, no nos hemos dado cuenta —le respondo casi de la misma manera en la que nos ha hablado él.

Porque sí, porque Mateo nos deja reservarnos el derecho de admisión y siempre nos ha dicho que porque sirvamos a la gente, no somos menos.

Y es que, menuda dosis de realidad.

—Vale, pero sonríe un poco, mujer —dice el cliente—. Que así da gusto volver.

No es que lo diga de forma alta para que lo escuche todo el local, es que lo dice de forma casi agresiva, con esa familiaridad impostada que algunos hombres creen que les pertenece por pagar un café.

Comparto una mirada con Elena, quien me hace un gesto que me dice algo tipo: "Tranqui, me ocupo yo", y no respondo.

Hago una mueca por inercia, ese reflejo antiguo que aún no he terminado de desactivar.

—¿Qué te cuesta? —añade—. Con esa cara cualquiera diría que estás enfadada.

No lo estoy, pero como siga hablándome así, voy a empezar a estarlo.

—Estoy trabajando —respondo—. No actuando.

Se ríe y se inclina sobre la barra, acercándose a mí.

—Uy, carácter. Así me gusta.

Y ahí, justo ahí, algo se me tensa por dentro.

—Dinos lo que vayas a tomar y te lo llevaremos a una mesa —le digo, intentando contenerme.

—Ponme una sonrisa de verdad.

Silencio.

Elena gira la cabeza hacia mí lentamente.

Qué pena que Luisa y Belén estén en el almacén.

Pero entonces aparece Mateo, quien, en lugar de interponerse de forma teatral o levantar la voz, puesto que es su establecimiento, lo

que hace es colocarse a mi lado.

Cerca.

Firme.

Tranquilo.

—¿Hay algún problema? —pregunta.

El cliente sonríe, relajado.

—No, hombre. Nada. Estábamos bromeando.

Mateo lo mira fijamente a los ojos.

—No es una broma si solo se ríe uno —dice.

El tono no es duro, pero sí definitivo.

—Vamos, Mateo —dice el hombre—. Ya sabes cómo va esto.

—Sí —responde—. Y por eso te voy a pedir que no vuelvas a dirigirte así a nadie que trabaje aquí.

El tío se queda quieto, porque no se esperaba ese tipo de contestación.

—¿Perdona?

Mateo no se mueve.

—Este es un sitio donde la gente viene a tomar café —continúa —. No a opinar sobre el cuerpo, la cara o la actitud de quien trabaja.

—Yo solo estaba…

—No —lo corta. —Estabas cruzando una línea. —Si quieres un café, te lo ponemos —añade—. Si no, la puerta está ahí.

Y a esto lo llamo yo poner límites.

El cliente resopla, incómodo, y mira alrededor buscando apoyo, más no lo encuentra.

—Ya no se puede decir nada —murmura.

—Siempre se ha podido decir buenos días —responde Mateo—. Empieza por ahí la próxima vez.

El hombre se marcha, la puerta se cierra y los clientes siguen dando cuenta de sus comandas.

Mateo se gira hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento con la cabeza, aunque tardo un segundo más de la cuenta.

—Sí —digo—. Gracias.

—No tienes que aguantar eso —añade—. Nunca.

Lo dice bajito, para que solamente lo escuche yo y… algo dentro de mí se descoloca.

—No quería montar un drama —digo.

—No lo has montado —responde—. Lo ha montado él.

Elena se acerca a nosotros.

—Bien hecho —le dice a Mateo.

Él asiente con la cabeza, me sonríe una última vez y luego vuelve a sus quehaceres, como si no acabara de hacer algo enorme.

Yo me quedo quieta unos segundos, con la sensación rara de haber sido vista y protegida sin ser infantilizada.

—Oye, Mateo… Gracias, de verdad.

Me mira un segundo más largo.

—Para eso estoy —dice.

Y ahí, en ese "estoy", entiendo algo que ya no puedo desentender: Mateo no solo está cuando hace falta, se queda, no presume, no exige nada a cambio, no me convierte en deuda…

Me apoyo en la barra y suspiro.

¿Me acabo de dar cuenta de todo esto porque he estado ciega o cómo va el asunto?

17
Olivia
Elena pone nombre a las cosas

El bar vuelve a su ritmo normal demasiado rápido, pero eso es lo que más me desconcierta.

Que después de algo así, el mundo siga pidiendo cafés, hablando del tiempo y pagando con monedas sueltas como si nada hubiera pasado.

Yo, en cambio, sigo un poco desplazada de mí misma.

Mateo se mueve por detrás de la barra con la misma calma de siempre y, aún así, su presencia la siento diferente, como si hubiera cambiado la gravedad del sitio sin tocar nada.

—¿Quieres que salgamos fuera un momento? —me pregunta Luisa en voz baja.

—No —respondo—. Estoy bien.

No sé si es verdad, pero lo digo igual.

Elena espera, siempre espera, no me dice nada mientras estoy trabajando, no interrumpe y tampoco aprovecha el momento caliente para soltar una frase brillante.

Elena sabe que las cosas importantes necesitan reposo, y es cuando cierro la caja y me quedo unos segundos apoyada en la barra, mirando un punto fijo que no existe, cuando se acerca.

—¿Te apetece un cigarro? —pregunta.

No fumo.

Nunca he fumado.

—Sí —respondo.

Tócate la figa.

Salimos a la calle y el aire es fresco y agradecido. Elena se enciende un cigarro y yo me apoyo en la pared y cruzo los brazos, como si supiera qué hacer con las manos cuando la realidad es que no.

—No te he visto sonreír así en semanas —dice de pronto.

—¿Cómo? —pregunto.

—Sin darte cuenta.

Frunzo el ceño.

—No he sonreído.

Elena sonríe un poco.

—Eso crees.

Me quedo en silencio, porque no sé muy bien qué contestar a eso, no sé a qué narices se está refiriendo.

¿En qué quedamos?

Estoy perdida y sin rumbo, sonrío, tengo citas desastrosas, el desastre soy yo…

En fin.

—¿Te refieres a lo de antes? —digo al final, tras dar un par de vueltas—. No hacía falta que interviniera.

—Sí hacía falta —responde—. Pero no por lo que crees.

—¿Por qué, entonces?

Da una calada y mira al frente.

—Porque alguien tenía que dejar claro que lo que te ha molestado era legítimo.

—No quería montar un problema.

—No lo has montado tú —dice—. Lo ha montado alguien que cree que puede hablarte así.

Asiento con la cabeza.

Ya lo sé, pero hay algo más, y las dos lo notamos.

—¿Te ha gustado? —pregunta de pronto.

La miro.

—¿El qué?

—Que Mateo interviniera.

No sé por qué coño mi corazón se salta un latido en este momento.

—Me ha tranquilizado —respondo.

—No —dice—. Te ha hecho sentir segura.

Trago saliva.

¿Qué?

—Eso no significa nada.

—Claro que significa algo —responde—. Solo que aún no sabes qué.

Me aparto de la pared y camino un par de pasos.

Vuelvo.

No sé qué hacer con el cuerpo cuando la cabeza empieza a ir por delante.

—No es eso —digo—. Mateo es así con todo el mundo.

Elena me mira.

—No.

—Es amable. Responsable. Es su bar.

—Sí —asiente—. Y aun así, no actúa igual con todo el mundo.

Me quedo callada.

—¿Sabes por qué no te ha preguntado nunca por las citas? —continúa—. ¿Por qué no opina, no aconseja y no se coloca por encima?

—Porque es educado —digo como si fuera lo más obvio del mundo, encogiéndome de hombros.

—Porque le importas —dice—. Y no quiere influir en ninguna de tus decisiones.

Esa frase cae en mi campo vital despacito, como una ficha de dominó que tarda en tocar la siguiente.

—No digas eso —respondo—. Es mi jefe. Además, seguro que tiene una pareja maravillosa, solo ha sido amable conmigo.

—Eso no invalida nada —contesta—. Solo lo complica. ¿Mateo? ¿Novia? ¿Qué dices?

—No estoy entendiendo esta conversación —respondo casi a la defensiva y me cruzo de brazos.

Vale, igual me estoy poniendo un poco terca.

—No estás buscando mal —añade Elena—. Estás buscando lejos.

—Ya me dijiste algo parecido.

—Sí —responde—. Y te lo repito porque hoy estás preparada para oírlo.

Niego con la cabeza, despacio.

—No quiero liarla —digo—. No quiero confundir las cosas. No quiero…

—No quieres perder lo que ya tienes —termina ella—. Y eso es justo lo que te pasa cuando algo importa de verdad.

Respiro hondo.

Puta Elena.

No quiero llorar, pero se me está apretando algo por dentro.

—No estoy diciendo que hagas nada —añade—. Solo que no sigas fingiendo que no pasa nada.

—¿Y si me equivoco?

Elena sonríe, suave.

—Te has equivocado antes. Y aquí estás.

Nos quedamos unos instantes más fuera.

Yo sin fumar, ella apurando el cigarro.

—Cuando vuelvas a entrar —dice—, olvídate de lo que te he dicho. Sé tú misma, como si Mateo no fuera Mateo jefe.

—¿Y si no puedo?

—Entonces al menos sé honesta contigo.

PARTE 4

La negación

18
Olivia

San Valentín huele a café recalentado y expectativas ajenas

San Valentín amanece en *Media Tostada* como si Cupido hubiera entrado de madrugada con una pistola de silicona caliente y cero criterio estético.

Cupido, sí, ese maldito ser con el que tengo muchas cuentas pendientes.

Hay guirnaldas de corazones rojos colgando de la barra, globos rosas atados a las patas de las mesas —¿quién ha pensado que esto no es peligroso? Belén, seguro— y una pizarra que anuncia, con una letra sospechosamente cursi, el *Desayuno del Amor.*

Leo el menú mientras me ato el delantal:

Café con espuma de corazón
Tostada doble con mermelada de frutos rojos
Zumo "Pasión" (naranja + granada)
Croissant relleno de chocolate caliente

El chocolate caliente lo pone Mateo cada día, ¿será que hoy ama más el mundo?

Pongo los ojos en blanco.

—Yo esta noche tengo cita con mi marido —dice Belén desde la cafetera, sin que nadie le haya preguntado nada.

Lo dice como quien anuncia que ha aprobado una oposición o que ha alcanzado la iluminación espiritual.

Bueno, a Belén ya la conocemos, ¿verdad?

Vuelvo a poner los ojos en blanco. A este paso se me queda uno de ellos a medio camino y ya la hemos liado.

Porque solo me faltaba eso.

—¡Ay, qué bonito! —dice Rosa—. ¿Y vais a salir a cenar?

—Antes la gente no hacía tantas tonterías… —comenta Don Manolo.

Anda, pues por primera vez en mucho tiempo, estoy de acuerdo con él.

—Esto es todo un invento del capitalismo para incitar a la sociedad al consumo —añade Javi.

¡Punto para el eterno treintañero!

—Claro —responde Belén, que sigue a lo suyo, respondiéndole a Rosa—. Hemos reservado en ese italiano nuevo. Con velas. Y vino. Porque es importante seguir cuidando la pareja.

Me mira de reojo; siempre me mira de reojo cuando habla de su matrimonio.

—Qué suerte —digo yo, removiendo un café que no es mío. No sé por qué lo estoy haciendo, la verdad—. Yo esta noche voy a cuidar la relación más importante de mi vida.

—¿Cuál? —pregunta Luisa, con una ceja arqueada.

—La que tengo con mi sofá.

Luisa curva los labios hacia arriba, pero utilizando esa sonrisa suya que significa plan en marcha.

—Pues no —dice—. Esta noche salimos.

—¿Quiénes, perdona? —pregunto, ya sabiendo la respuesta y poniendo morritos.

—Todos.

—Ni del palo, vamos.

—Sí.

—Es San Valentín —insisto—. Está prohibido que los solteros salgan. Hay una ley no escrita, ¿no lo sabes? Nos miran mal y nos ponen canciones de amor en los bares. Es una trampa.

—Precisamente —dice Luisa—. Brindamos por estar vivos y no tener que compartir postre si no queremos.

—Yo apoyo la propuesta —dice Elena desde la otra punta de la barra, sin levantar la vista del datáfono—. Salir no implica ligar.

Implica aire.

Siempre habla así: frases cortas y certeras.

—Cerramos —añade Luisa—, nos tomamos algo tranquilo y cada uno a su casa. Cero drama.

—Eso nunca es verdad —digo.

Mateo está colocando más croissants en la vitrina.

No te puedo explicar lo bien que huele.

Los croissants, tontas, no Mateo.

Bueno, Mateo también.

Aunque nunca me he parado a pensar a qué huele su perfume… amaderado, con algunas motas avainilladas…

Algo así.

—Olivia —dice Belén—, te vendrá bien distraerte.

Uff.

No puedo, lo siento.

¿Por qué cada frase que dice termina molestándome y poniéndome de mal humor?

—Estoy perfectamente distraída —respondo—. Trabajo, pago alquiler, sobrevivo emocionalmente. Voy servida.

—Ay, no seas así, cariño —dice Rosa—. El amor llega cuando menos te lo esperas.

Mateo levanta la vista un segundo.

Solo un segundo.

Luego sigue con los croissants.

¿Qué ha sido eso?

—No busco que llegue —digo—. Busco que no me atropelle.

Luisa se apoya en la barra, teatral.

—Vale, nueva estrategia —dice—. Mateo también viene.

Mateo parpadea.

—¿Yo? —pregunta.

Es la primera vez que habla en todo el rato.

—Claro —dice Luisa—. Para que Olivia no piense que esto es una conspiración romántica.

—No lo pienso —miento, y ahora sí que me dan ganas de decirle a Luisa: *¿Sabes contar? Pues no cuentes conmigo.*

Mateo se encoge de hombros.

—A mí me da igual —dice—. Si cerramos pronto, voy.

Mi estómago hace una cosa rara, como si alguien hubiera cambiado la música de fondo sin avisar.

—¿Ves? —dice Elena mirándome—. No es un plan. Es una coincidencia.

—Eso es peor —digo.

Pero ya sé que he perdido.

La mañana sigue avanzando entre cafés con espuma de corazón, parejas que se besan antes de pagar y gente sola que pide dos croissants "porque hoy toca".

Yo sirvo, observo, me hago a la idea de que Luisa no va a dejar que me quede en mi casa hoy y me repito una y otra vez a mí misma que solo será una copa.

Una copa y a casa.

Una copa y a la paz que me da mi sofacito.

Una copa y volveré a mirar tranquilamente las gatitas Pam y Plona.

Y no tengo ni idea de por qué, pero cuando Mateo sonríe y me pasa un café sin preguntar, pienso que quizá esta noche no sea una trampa.

O sí.

Pero al menos no voy sola.

19
Olivia
Copas largas y decisiones cuestionables

Salimos de *Media Tostada* como quien cierra un portal dimensional.

Apagamos las luces, bajamos la persiana y, durante un segundo, tengo la sensación de que algo se queda dentro.

Mi versión responsable, probablemente.

Luisa camina delante, eufórica, con un abrigo que claramente no abriga y una sonrisa que anuncia caos.

¿Sopresa?

Cero.

Elena va a su lado, tranquila, observándolo todo como si ya supiera cómo va a acabar la noche.

Mateo camina a mi derecha, manos en los bolsillos, bufanda mal puesta y ese andar suyo que no ocupa espacio pero se nota.

—Recordatorio —dice Luisa mientras avanzamos—: hoy no se habla de ex, de expectativas ni de relojes biológicos.

—Gracias por pensar en mí —digo.

—Lo hago siempre —responde—. Aunque tú no lo valores.

Recorremos Madrid mientras nos comemos un kebap rápido y, por fin, entramos en un pub.

Tengo los pies destrozados hoy, por no hablaros de mis ánimos, que ya os los sabéis, pero aún así, el golpe de música, calor y alcohol me da de lleno en la cara.

Luces bajas, gente apretada y risas demasiado altas.

Vaya, con la soltería: San Valentín en su versión menos cursi y más peligrosa.

—Aquí —dice Luisa—. ¿Os gusta? Barra primero. ¡Vamos a entonarnos!

Elena y yo nos miramos y no podemos evitar sonreír.

Hay que reconocer que si no fuera por Luisa, quizá estuviera cada uno en su casa, perdiéndonos un ratito juntos que, de momento, pinta bien.

La barra es pegajosa, como todas las barras honestas y Luisa pide cuatro chupitos sin consultar.

—¿Qué es esto? —pregunto cuando me plantan el vaso chiquitín delante.

—Confianza —dice—. Bebe.

Huelo el líquido y descubro que es tequila.

Chupamos la sal y, cuando estamos listos para dar el primer lingotazo, Mateo levanta su chupito.

—Por sobrevivir al día —dice, esforzándose por hacerse escuchar.

Chocamos los vasos.

Bebo.

Mis papilas gustativas reconocen el tequila y echan de forma repentina de menos el limón.

—Yo no voy a beber mucho —digo.

—Yo tampoco —dice Mateo al mismo tiempo.

Nos miramos y sonreímos.

Mal augurio.

La música cambia y de pronto suena *Un beso,* de Nueva línea.

Ay, por Dios, Luisa se va a morir en tres, dos, uno…

—¡ESTA! —grita Luisa—. Esta es nuestra canción.

—No es nuestra canción —digo, negando con la cabeza y sonriendo.

Me arde la garganta por el tequila.

—Lo será cuando no recuerdes nada mañana. ¡Toma! —dice dándome otro chupito.

Suspiro y me lo tomo, porque total… por uno más.

Pero Luisa pide más chupitos.

Luego otros.

—Es solo uno —dice Mateo cuando dudo del último que pienso tomarme antes de pedirme un agua fría.

—Eso dijiste del anterior —respondo con risa floja.

Uy, uy, uy.

Ahora mismo se me pone la lengua de trapo, ya lo veréis.

—Este cuenta uno menos —dice Mateo y veo su sonrisa brillar entre las luces de neón.

Bebemos un último vasito que nos tiende Luisa a cada uno.

Tiene una sonrisa que no le cabe en la cara de lo grande que es y pienso que qué maja, que qué bonica, mi amiga, que está haciendo que me lo pase tan bien después de todo.

—¡Bebed, amigos! ¡Esta noche es para estar felices y contentos! —dice.

Mateo y yo le hacemos caso, porque nuestra voluntad parece estar muerta de repente.

Ya no quiero ni limón.

—Vale, ya está. Me pido un agua —digo.

—¿En serio? —pregunta Luisa y luego canta a pleno pulmón—. *¡Que me vuelva loco y me deje preso! Quiero que me des un beso…*

La sala empieza a moverse un poco más lento.

O soy yo, a lo mejor.

Me río de algo que dice Elena, aunque no estoy segura de qué ha dicho.

Mateo se inclina para hablarme al oído porque la música sube y su voz me roza la piel.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí —digo—. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—La de esto es mala idea pero sigo.

—No tengo esa cara —le digo riéndome y cogiéndole de la camiseta.

—La tienes mucho.

Reímos.

Y lo hacemos cerca, porque Mateo se ha agachado un poco para que lo pueda escuchar.

Es alto, sí.

Demasiado cerca.

La música cambia otra vez y entonces suena *Dutty Love* de Don Omar y Natti Natasha.

Y no es una canción.

Es una señal.

Algo se recoloca dentro de mí, como cuando estás segura de que has cerrado la puerta de casa y, aún así, das dos pasos y vuelves a comprobarla.

Pero esta vez no vuelvo atrás.

Esta vez alguien ha apagado el piloto automático.

Juré que no volvería a sucederme de nuevo.
Volvió a pasar.
Que Cupido no volvería a enredarme en su juego.
Y aquí ahora estás.

El bajo me entra por el pecho.

No por los oídos.

Por el pecho.

¿Qué me pasa?

¿Por qué de repente todo vibra más?

Luisa me empuja suavemente hacia la pista.

—Baila —dice—. No pienses.

Qué graciosa ella, como si pensar fuera algo que pudiera apagar con un interruptor.

Mateo se mueve detrás de mí.

O yo me muevo hacia él.

Tú tienes algo inusual, que aún no lo descifro,
pero alteras mis sentidos.
Otros amores del pasado me han dejado diabética, no puedo ser dulce contigo.
Le temo a que tú y Cupido me vendan un sueño y fallar de nuevo.
A que hoy estés conmigo y mañana con tu dueña.
Si me vuelve a pasar, me muero.

No lo tengo claro, porque el alcohol empieza a hacer ese truco barato de magia en el que todo parece una buena idea.

Bailamos.

Me gustas, pero tengo miedo de fallar en el amor.

Sin coreografía, talento y dignidad; solo dos cuerpos siguiendo el mismo ritmo, demasiado cerca para ser casual y demasiado lejos para ser inocente.

Yo a Cupido no le creo, pero en tus ojos veo esa actitud que te hizo confiar.
El pasado ha sido duro, pero casi estoy seguro que, princesa, tú…
Lo puedo cambiar.

Siento el bajo en el estómago, el calor pegajoso del pub, el cosquilleo raro en la nuca que aparece cuando sabes que algo está a punto de pasar y no sabes si quieres que pase o si ya es tarde para decidirlo.

Mateo baila cerca.

Demasiado cerca.

Y de repente me parece injustamente guapo bajo las luces de neón, como si alguien lo hubiera diseñado expresamente para esta canción.

¿Siempre ha sido así o es que hoy lo veo distinto?

Pero no me toca.

Y eso es infinitamente peor.

Porque no tocar es una forma muy cruel de incitar a que quiera que lo haga.

No sé si se me entiende.

Con la forma en la que sexy me baila'.
Y lo rico que tus labio' me besan.
A tu lado se me pasan las hora'.
Lejos de ti, no sales de mi cabeza, gyal.
Con la forma en la que sexy me baila'.
Y lo rico que tus labio' me besan.
A tu lado se me pasan las hora'.
Lejos de ti, no sales de mi cabeza, pa'.i

Me mira.

Y no es la mirada del jefe que organiza turnos ni la del amigo que pregunta si estás bien.

Es otra, es la mirada de "ahora entiendo por qué todo esto me importa".

Y yo pienso, sin ningún tipo de control mental y mordiéndome el labio inferior mientras lo miro, que hace unos cafés tan ricos… y que como todo lo haga igual…

Y me tengo que reír un poco sola porque, ¿en qué momento mi cerebro ha decidido que ese es un pensamiento erótico válido?

Pero ¿quién me creo? ¿Beyoncé?

JAJAJA.

—Esto… —empiezo, porque tengo la absurda necesidad de verbalizarlo todo.

—No digas nada —dice él, inclinándose lo justo para que su voz me roce el oído.

Y ahí se me va el poco control que me quedaba.

¡Ay, Dios, cómo me arde la chirla!

Me está pasando algo, ya te lo digo…

Entonces sí me toca, siento su mano firme en mi cintura.

No es nada exagerado ni obsceno, pero la piel se me eriza.

Chúpate esa místico de los cojones, mi chakra raíz está on fire.

Qué manos tan bonitas tiene.

Manos de persona buena, ¿eh?

Manos que ayudan a las señoras mayores a sentarse en la cafetería.

Mi cuerpo responde antes que mi cabeza, como siempre, como con todas las malas decisiones importantes de mi vida.

Me acerco sin pensarlo.

Me encajo sin pedir permiso.

Pienso que es mi jefe.

Pienso que esto es un lío monumental.

Pienso que mañana voy a necesitar una conversación adulta y una aspirina.

Pero también pienso que me encanta cómo huele.

Y cómo sonríe.

Y cómo trata a la gente.

¿Desde cuándo pienso tantas cosas bonitas seguidas sin desconfiar?

Cuando su frente se apoya en la mía y nuestras narices se rozan, no me aparto.

No quiero.

Me arde el *juju* y el mundo se encoge hasta quedarse en esto: música, calor, respiración compartida, mi corazón yendo demasiado rápido para alguien que insiste en que "no ha bebido tanto".

Mateo baja un poco la cabeza, yo subo la mía y ese es el momento exacto en el que todo se decide sin palabras.

El beso ocurre porque tenía que ocurrir, creo, ¿no?

Porque llevaba tiempo esperando en algún sitio entre un café compartido y un silencio cómodo.

Es lento.

Seguro.

Nada torpe.

Como si nuestros cuerpos ya supieran cómo hacerlo aunque nosotros vayamos muy por detrás emocionalmente.

Madre mía… qué bien besa mi jefe.

Siento su boca, el sabor mezclado de alcohol y menta, porque siempre lleva un chicle en la boca, esa certeza incómoda de cuando algo encaja demasiado bien como para ser una casualidad.

Mi cuerpo se relaja.

No sé qué me pasa, pero todo está siendo maravilloso.

Maravilloso de verdad.

Siento un cosquilleo tan hermoso en la nuca, justito detrás, en esa piel suave que precede el nacimiento del cabello…

Oh, Señor…

Porque esto no es una locura impulsiva.

No.

No es un calentón de bar cutre un sábado cualquiera.

Esto es lo peligroso.

Esto es lo que podría importar.

Nos separamos apenas un segundo.

—Olivia… —dice, como si fuera a decir algo sensato.

—No —le corto—. No hables.

Porque si habla, pienso.

Y si pienso, paro.

Y no quiero parar.

Volvemos a besarnos, esta vez con menos miedo y más verdad.

Más fuerte.

Más real.

No me importa nada, ni nadie.

Por primera vez en mucho tiempo, el ruido de fuera se apaga del todo.

Las comparaciones, la prisa absurda, el "voy tarde", el "debería"...

Todo se calla y solo queda esta sensación extraña de claridad borracha.

Como si, por una vez, todo estuviera exactamente donde tiene que estar.

Y pienso sin ironía, sin defensa ni sarcasmo, lo juro, que amo San Valentín.

Y eso es lo único que me da miedo, porque cuando me separo un poco y lo miro, sé que mañana todo va a ser un follón monumental.

Pero esta noche… esta noche necesito disfrutar y volver a ser Olivia, la que estaba contenta con su vida y no era una adicta a contar los tiempos de todo el mundo, incluidos los suyos propios.

20
Olivia

Cabezas que chocan, cerebros que colapsan

Mateo me acompaña a casa porque, según él, "no es tan tarde" y según mi equilibrio corporal, claramente sí lo es.

La excusa para acompañarme debería ser que es tarde, ¿no?

Bueno, mira, yo ya no sé, el caso es que Mateo me está acompañando a casa y que son como las tres de la mañana, esa hora que no es noche ni día, solo decisiones mal cerradas.

Madrid está rara, silenciosa, como si todo el mundo hubiera firmado un pacto secreto para dejarnos solos con nuestras malas decisiones y nuestras chaquetas mal abrochadas.

Elena y Luisa han desaparecido en algún punto del trayecto.

O quizá de la noche.

No sé cuándo, ni cómo…

Es que me estaba comiendo la boca con este tío, así que solo sé que, de repente, Mateo y yo estamos caminando solos hacia mi casa.

Porque otra cosa no, pero caballero es un buen rato, y me parece lo más normal del mundo, como si lleváramos años haciendo esto y no fuera la consecuencia directa de una canción de Don Omar y varias decisiones cuestionables.

Caminamos despacio, porque claro, somos dos personas que se han besado hace nada, así, por la cara, siendo jefe y empleada, y ahora no saben qué hacer con sus manos, ni con su cuerpo, ni con el recuerdo exacto de quién dio el primer paso.

Tengo hambre.

Eso sí.

Hambre real.

De bocadillo de calamares, pizza fría o algo con queso fundido y pan crujiente.

Mi estómago ruge suavemente, pero mi cerebro decide que eso es entrañable.

Eso significa que me lo he pasado bien y lo he dado todo, como cuando tenía dieciocho.

Qué bonito todo, pienso.

—¿Estás bien? —me pregunta Mateo, mirándome de reojo.

—Sí —respondo—. O sea… sí, sí. Bien. *Normal.z.*

Quería decir normal, pero me ha salido un palabro extraño.

Él sonríe de esa manera tranquila, como hace siempre, pero que ahora mismo me parece excesivamente perfecta para una ciudad llena de contenedores y farolas rotas.

¿Por qué sonríe de esa forma tan bonita?

¿Siempre ha sonreído así?

Llegamos a mi portal y aquí nos quedamos.

Vaya par de idiotas.

Estamos parados, mirándonos y sonriendo, fingiendo que somos dos adultos funcionales cuando, al menos esta noche, está claro que no lo somos.

El silencio no es incómodo, pero sí que es raro, como si estuviera acolchado.

—Bueno… —dice él.

—Bueno… —repito yo, como si estuviéramos ensayando una obra mal escrita.

Silencio otra vez.

—Pues… nada —añade.

—Nada —confirmo, poniendo morritos.

Ninguno se mueve.

Ninguno se va.

Ninguno propone subir porque, curiosamente, todavía somos adultos responsables… o algo parecido.

Nos inclinamos los dos a la vez para despedirnos con dos besos.

Creo.

Pero ninguno calcula bien y entonces ocurre.

COC.

Frente contra frente.

Un golpe seco, claro y definitivo, de esos que suenan más de lo que duelen.

—¡Ay! —decimos a la vez.

—Perdón —dice él.

—No, perdón yo.

—Ha sido culpa mía.

—No, no, he ido yo.

Nos miramos un segundo más y nos reímos.

Vale, pero una cosa, ¿la importancia de reírte con alguien?

Dale una vuelta.

Me llevo la mano a la frente.

Me duele un poco, pero es un dolor tonto, soportable, casi… cariñoso.

—Esto… —dice Mateo, rascándose la nuca—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondo.

Esta vez sí nos damos dos besos, porque parece que nos gusta la contradicción o algo.

No sé.

Luego le dedico una sonrisa que no controlo del todo y él se marcha tras decirme adiós.

Qué bien se está aquí, pienso.

Qué bien San Valentín.

Qué bien Mateo.

Qué bien la vida en general.

Qué bien todo.

Demasiado bien.

Lo veo alejarse calle abajo y cierro el portal despacio, como si por el hecho de hacer ruido, pudiera romper algo importante.

Subo las escaleras con una ligereza sospechosa hasta mi casa y abro la nevera nada más entrar.

Y mientras muerdo un trozo de queso directamente del paquete, con el abrigo puesto y la sonrisa todavía en la cara, una parte muy

pequeña, muy lejana de mi cerebro susurra: *Esto no es del todo normal.*

Pero la ignoro, porque ahora mismo estoy en una nube y bajar de ella puede esperar.

¿No?

Doy otro mordisquito al queso y entonces…

CRISIS.

Una crisis en mayúsculas, con sirenas imaginarias y luces rojas girando dentro de mi cabeza.

Tiro el queso y abro tanto los ojos cuando soy consciente de la situación que temo que se me salgan de las cuencas.

¿Qué. Coño. Ha. Pasado?

Me quito los zapatos.

Me siento en el sofá.

Me levanto.

Me vuelvo a sentar.

Me quito la chaqueta.

Me la vuelvo a poner.

Me parece importante no perderla de vista, como si fuera una prueba.

¿Una prueba de qué?

Me he liado con Mateo.

Con MI JEFE.

JODER, JODER, JODER.

Mierda.

Mierda de vaca, de pato y de conejo.

Con el hombre que hace cafés con espuma perfecta.

Con el señor que ayuda a Rosa a sentarse sin hacerla sentir vieja.

Con el de las manos bonitas.

Me quito la ropa, que huele a su colonia, y me pongo el pijama.

Con el mismo Mateo que mañana o el lunes, no sé cuándo, me va a preguntar si quiero leche normal o de avena, os recuerdo.

¿Cuándo tengo que ir yo a trabajar?

Me meto en la cama.

No lo sé.

No puedo dormir.

Mi cuerpo está cansado.

Mi cabeza, no y ha decidido montar un after.

Me lavo los dientes y repaso la noche entera como si fuera un tráiler mal editado, escena por escena, plano por plano.

Su sonrisa.

La música.

La forma en que me ha mirado.

El beso.

Dios, qué bien besa.

Su lengua dentro de mi boca.

Las cosquillas en la nuca.

El tequila.

El paseo hasta mi casa.

El coco en la frente.

Los dos besos de despedida.

¿He sonreído demasiado?

¿He dicho algo raro?

¿Le he mordido el labio o eso lo he imaginado?

Me giro hacia un lado, luego hacia el otro.

¿Y si mañana se arrepiente?

¿Y si mañana actúa como si nada?

¿Y si yo actúo como si nada y por dentro estoy explotando?

Me tapo hasta la barbilla.

¿Y si esto rompe *Media Tostada?*

¿Y si Belén lo nota?

¿Nos habrá visto Luisa?

¿Y Elena?

¡Ay, ay, ay, pues claro!

Me destapo.

¿Y si esto acaba en una conversación incómoda en la trastienda?

¿Y si acabamos todos en terapia grupal, abrazándonos y diciendo que lo importante es la comunicación?

No quiero abrazos.

Ni terapia.

Quiero dormir.

Pero ¿qué he hecho?

¿Me olería el aliento?

Mateo.

Mateo.

Mateo.

Miro el móvil.

07:12 a.m.

Cierro los ojos con fuerza, como si eso pudiera retroceder el tiempo.

Mateo.

Mateo.

Mateo.

Los vuelvo a abrir.

07:43 a.m.

Empiezo a sudar, pero no por exceso de calor, sino por exceso de ansiedad.

Me muerdo las uñas.

Vale, igual no ha sido tan grave.

Sí, ha sido gravísimo.

Vale, igual esto es una anécdota.

No, es EL GIRO ARGUMENTAL de mi vida.

08:00 a.m.

Me incorporo en la cama como si hubiera sonado una alarma invisible solo para mí.

Ya está.

No puedo sola.

Hay decisiones que no se procesan en la cama y con ojeras sin ayuda externa.

Cojo el móvil y marco una llamada al grupo de *Media Tostada.*

Sé que es domingo y que son las ocho de la mañana, pero me importa un comino, no puedo más.

Esto es grave, esto es muy grave, pienso.

—¿OLIVIA? —responde Luisa al segundo tono—. ¿Estás? ¿Ha muerto alguien? ¿Qué se supone que haces llamando a estas horas?

Tiene voz de domingo por la mañana mezclada con alarma nuclear.

—Venid a mi casa —digo—. Todas. Ya.

—¿QUÉ HA PASADO? —pregunta Belén desde algún punto del altavoz, ya hiperventilando.

Respiro hondo.

—ME HE LIADO CON MATEO.

Silencio.

Un silencio espeso, de esos que no existen en los grupos de amigas si no es algo realmente grave.

Luego gritos.

Todos a la vez.

Ininteligibles, además.

Cuelgo, no puedo soportarlo.

Una hora después, la cual he aprovechado para darme una ducha e intentar tranquilizarme, mi salón parece una reunión de emergencia emocional convocada por el universo.

Mira, de verdad, ya hasta desvarío… como el místico ese con el que quedé.

El sofá está lleno de abrigos, hay bolsos abiertos en el suelo y alguien ha traído croissants y un termo de café calentito.

No sé quién, pero se lo agradezco profundamente, porque me meto uno de ellos en la boca, así a lo bruto.

Con azuquitar todo es mejor, ¿verdad?

Luisa es la primera que se atreve a hablar, sin quitarse las gafas de sol, claro.

—REPITE —dice—. DESPACIO.

—Me he liado con Mateo —digo intentando masticar y tragar al mismo tiempo. Tengo algunos dedos manchados de chocolate del croissant.

—MATEO jefe —aclara Elena, sentándose con una calma que asusta.

—Eso he dicho. Pero, a ver… ¿es que no me visteis ninguna de las dos? ¡Estabais allí!

Belén se lleva la mano al pecho como si acabara de ver un tráiler de una película muy intensa.

—¿PERO EN SAN VALENTÍN?

—Que no, que no, que no… —Luisa niega con la cabeza—. Que nosotras no vimos nada.

—BELÉN NO ME JUZGUES, ¿qué más da la fecha? —grito, porque hoy estoy sensible—. ¿Cómo que no?

—No juzgo —dice Belén—. Solo intento respirar.

—No te vimos, Oli, en serio —dice Elena.

—¿Y dónde os metisteis? —pregunto, porque de verdad que no entiendo nada.

—A ver… —dice Luisa, retorciéndose un poquito las manos.

—Sí, a ver, dijo un ciego. ¿Me podéis explicar dónde estabais? ¡No entiendo nada!

—Es que puede ser… —empieza Luisa.

—No, no, no. Yo no estoy loca —empiezo a negar con la cabeza —. Vamos a ver, Luisi, tú nos diste los últimos chupitos y luego me empujaste a la pista y…

Luisa frunce los labios un poquito y lleva las manos hacia atrás, como si fuera una niña pequeña.

Hoy el mensaje de su camiseta es un "¿De qué vas? Que yo soy una potencia mundial".

—¡Tú! —exclamo entonces—. Tú metiste algo en mi bebida. ¡¿Y dónde te fuiste luego?!

—¿Qué? ¿Yo? ¡No, no, no!

—Luisa, Luisa… —zarandeo la cabeza hacia un lado—. ¿Metiste algo en mi bebida sí o no?

—Bueno, vale, sí. Pero fue una pastillita del amor a Mateo y a ti. ¡Es que estábais muy tensos! Ni que os hubieran metido un palo de escoba por el…

—¡Luisa! ¡Que podría haber muerto!

Elena y Belén se miran entre ellas y luego nos miran a nosotras.

—Uy, qué telenovela —dice Belén—. Me encanta. ¿Qué pasó después?

—Ay, Oli, qué exagerada eres —dice Luisa.

—¿Exagerada? Cuando se entere Mateo te vas a cagar. Te va a despedir, te va a… Oye, ¿es que hoy no trabajamos? —pregunto entonces, cayendo en la cuenta de que estoy en casa.

—Noooooo —me recuerda Belén—. ¿No te acuerdas que Mateo dijo que cerraría el local este domingo?

Elena se tira en el sofá boca arriba, como si acabara de confirmar una teoría conspiranoica.

—Vale —dice—. Vale. Vale. Vale.

—No digas "vale" —le digo—. Eso nunca es bueno.

—¿Te besó él o le besaste tú, entonces? —pregunta, incorporándose medio centímetro.

—Fue… mutuo.

—Eso es peor —dice Belén—. Eso es sentimiento.

—Gracias por el apoyo —respondo, cogiendo otro croissant de la caja.

Elena me mira.

¿Es que nadie va a pararme?

—¿Y tú qué sientes?

Me quedo callada.

Miro el termo de café, miro mis manos y después la pared, como si pudiera responder por mí.

—Eso —dice Luisa señalándome con un dedo—. Eso es gravísimo.

—Tú no me hables, droga amigas, droga jefes…

Luisa pone los ojos en blanco y Belén dice:

—Sí, sí, pero no olvides responder a la pregunta. ¿Qué sientes?

—Estoy feliz —digo al final—. Y aterrada. Y confundida. Y me duele la frente.

—¿Hubo coco de despedida? —dice Luisa, señalándome—. Clásico.

—No pienso responderte hasta que no me digas por qué desapareciste después de drogarme, malvada arpía.

—¡Oye! Os di el empujoncito que os faltaba y luego Elena y yo nos fuimos a casa. Ya está.

—Esto es un lío —insisto—. Es mi jefe. Trabajamos juntos. Hace cafés increíbles.

—Eso suma puntos —dice Elena.

—¿Y si cuando me vea actúa normal? —digo, ya en bucle—. ¿Y si actúa raro? ¿Y si me arrepiento? ¿Y si no?

Luisa se acerca a mí lentamente como si fuera a resolver un crimen o a contar el secreto más profundo que tiene guardado.

—Olivia —dice—. Escúchame bien.

—No quiero.

—Te has besado con un hombre que te gusta, que te trata bien y que no es imbécil.

A ver… pues razón no le falta.

—Cuando lo dices así…

—Además —añade Belén—, no todo el mundo se lía con su jefe en San Valentín. Vive el momento.

—Esto es un antes y un después, eso está claro —digo.

—Sí —dice Elena—. Pero no sabemos de qué.

Nos miramos.

Yo, con el pijama limpio que me he puesto después de ducharme, ojeras de crisis y una marca sospechosa en la frente.

Ellas, con cara de esto va para largo y nosotras tenemos tiempo.

¡Madre mía!

21
Olivia
Una noche cerrando juntos

Me levanto al día siguiente sabiendo que tengo que ir a trabajar y que en el trabajo estará Mateo, obviamente.

No es una información nueva, pero hoy pesa distinto, claro.

Es que no todos los días una se lía con su jefe, evidentemente.

Como cuando sabes que tienes una cita médica importante y el cuerpo se entera antes que la cabeza.

Abro los ojos y lo primero que hago es comprobar el móvil.

Nada.

Ni un buenos días.

Ni un emoji.

Ni una señal de humo.

Vale.

Normal.

Somos adultos, nos besamos y luego dormimos.

Bueno, digo yo que él dormiría, yo no dormí, pero bueno el caso es que pasó eso y hemos seguido cada uno con nuestra vida, al parecer.

Me incorporo despacio en la cama, como si hacerlo rápido pudiera activar una alarma invisible.

—Te odio, Luisa —murmuro al techo—. Te odio muchísimo.

La pastillita del amor, dijo la muy cabrona.

La llamaré así hasta el día de mi muerte, lo juro.

Voy al baño y me miro en el espejo.

La verdad es que tengo cara de haber vivido algo.

No sé el qué, pero algo.

Ojeras… bueno, esto no es algo raro, siempre las suelo tener.

Pelo que necesita un cepillado para que esté decente, porque ahora mismo parece un nido de pájaros.

Me ducho.

Me visto.

Me des-visto.

Me vuelvo a vestir.

Todo es demasiado importante para ser un maldito lunes.

¿Parezco una persona que besa a su jefe los sábados por la noche?

Opto por la ropa de siempre: la que demuestra un "no pasa nada".

La que miente, vaya.

Me tomo un café rápido, me lavo los dientes, me peino, maquillo un poco mis ojeras y emprendo el camino hacia *Media Tostada* con el estómago encogido.

Las tres calles que separan mi casa de mi trabajo siguen igual que el sábado, y eso me molesta un poco, porque la que está diferente soy yo.

Abro la puerta de la cafetería y me impacta el mismo aroma de siempre: café, tostadas y rutina.

Mateo está tras la barra, colocando tazas, concentrado y tranquilo, como si no me hubiera besado ni mi cerebro llevara desde que me he levantado organizando una conversación que ni siquiera sé si se dará.

—Buenos días —dice.

Me mira normal.

Demasiado normal.

Dios.

—Buenos días —respondo, dando gracias porque mi voz creo que ha sonado bastante aceptable.

Victoria parcial, supongo.

Empieza el turno y eso implica comandas, clientes, Don Manolo quejándose por todo, Rosa pidiendo manzanilla, Mateo haciendo cafés, yo sirviéndolos, Luisa limpiando cámaras, Elena sirviendo mesas y recogiéndolas después.

Media Tostada funciona.

Como siempre.

No hablamos del sábado, nadie comenta nada.

No hablamos de nada que no sea trabajo.

Somos profesionales impecables con pensamientos altamente cuestionables.

Cada vez que se acerca demasiado, mi cuerpo se acuerda antes que yo y cada vez que me roza la mano sin querer, pienso: *vale, tranquila, no dramatices.*

Luisa aparece a mi lado con un cigarrillo escondido en su puñito cerrado.

Me mira y sonríe.

Yo la asesino mentalmente con una cucharilla.

—Luego hablamos —me dice en voz baja.

Luego hablamos, dice la criminal.

El día avanza y yo trabajo en piloto automático, es decir: sonrío, cobro, recojo…

Mateo se muestra atento, correcto y silencioso, nada nuevo que deba preocuparme, así que eso me tranquiliza.

Aunque también me pone nerviosa al mismo tiempo, porque me da por pensar que igual he exagerado, que solo fue un beso, que íbamos drogados por culpa de Luisa y que la vida sigue.

Fin.

Pero luego pienso que no, que algo ha cambiado para siempre y que nadie me avisó de cómo se gestiona esto.

Pasan las horas y yo sigo en bucle, pero cuando llega el momento de cerrar, noto cómo el cuerpo se me adelanta, como si mi carne y mi piel supieran que algo va a suceder antes que mi cabeza o mi corazón.

Vaya, perdonad, creo que eso ha quedado demasiado cursi.

Luisa se pone la chaqueta con esa sonrisa suya que ya odio oficialmente.

¿Has hablado tú conmigo?

Ella tampoco.

Elena nos mira a los dos con atención clínica.

Cerrar con Mateo no debería ser especial.

Lo hemos hecho mil veces: las mismas persianas, las mismas luces que se apagan y el mismo silencio que se instala poco a poco cuando el último cliente se va y la calle empieza a sonar distinta.

Pero, claro… esta noche sí lo es.

—Bueno —dice Luisa—. Os dejo solos con… esto.

Hace un gesto amplio con la mano, como si la cafetería fuera algo vivo.

O como si nosotros lo fuéramos.

Arqueo mi ceja derecha, pero no digo nada. No me salen las palabras igual desde que sé cómo besa Mateo.

Elena se despide con un beso en la mejilla y una mirada larga, de esas que dicen "ya sabes" sin decir nada.

—Hasta mañana —dice—. Descansad.

Descansad, dice.

Como si dormir fuera una opción viable después de lo que sea que vaya a pasar ahora.

¿Qué sabe nadie, verdad?

Cuando la puerta se cierra, nuestro alrededor se queda en silencio.

Mateo apaga la música de ambiente que siempre hay puesta y el ruido desaparece de golpe.

El espacio parece agrandarse, como si el local se hubiera dado cuenta de que ahora mismo hay cosas más importantes que el hilo musical.

Me quito el delantal despacio, como si no tuviera prisa por volver a ser solo Olivia, porque la versión de mí que besó a su jefe en ese pub necesita un segundo más.

—¿Te ayudo con algo? —pregunto.

—Si quieres —responde—, quedan un par de mesas allí por limpiar.

Empiezo a limpiarlas sin mirarlo demasiado. No porque no quiera, sino porque si lo hago, sé que algo se va a notar.

El beso.

La cercanía.

Todo eso que se nos ha quedado pegado a la piel.

—¿Qué tal Rubén? —pregunta al cabo de un rato.

El tono es neutro.

Demasiado neutro para alguien que me besó hace… ¿cuántas horas?

Bueno, no importa.

Rubén es un chico con el que estaba hablando a través de MediaNaranja.

Se lo conté a Luisa antes de liarnos.

Mateo y yo, digo.

Rubén y yo todavía no hemos quedado.

¡Y no pienso liarme con Luisa!

Madre mía, Olivia, pero ¿qué estás haciendo con tu vida?

—¿Cómo sabes…?

Entonces me sonríe.

Esa sonrisa tranquila que ahora tiene una capa nueva de significado.

—Luisa —digo entre dientes.

Suelta una pequeña carcajada y asiente con la cabeza, mirándome.

Reconozco que algo dentro de mí se mueve justo ahí, en ese sitio donde el sábado todo encajó demasiado bien.

—La misma —dice.

—Menuda bocazas…

—¿Querías mantenerlo en secreto? —pregunta, divertido.

—No, es que… no sé. A ver… no me convence del todo, no sé si quedaré con él.

No digo algo tipo "me besé contigo y todavía me dura".

Digo lo otro.

Mejor, ¿no?

—Últimamente no te convence mucho nada —dice.

—Ya —admito.

Seguimos limpiando y el silencio vuelve, aunque no es el de siempre, no es al que estoy acostumbrada cuando estoy con él y a ninguno de los dos le apetece hablar mientras trabajamos.

Este pesa más, porque este sabe cosas.

—¿Sabes lo que me dijo Elena? —digo de repente, porque necesito romperlo antes de que me rompa a mí.

—No —responde—. Pero me hago una idea.

Sonrío sin querer.

—Que no estoy buscando mal, pero sí lejos.

Mateo se queda quieto un segundo.

Solo uno.

Pero lo noto.

—Elena es lista —dice al final.

—Demasiado.

—A veces hace falta alguien que te diga las cosas cuando tú no quieres oírlas.

Asiento.

—¿Y tú? —pregunto—. ¿Qué crees?

Se gira hacia mí y apoya las manos en la barra.

Las mismas manos que me sujetaron la cara con una seguridad que todavía me descoloca.

—Creo que llevas tiempo cansada —dice—. Y que estás intentando hacer lo correcto según unas reglas que no has escrito tú.

Trago saliva.

—Eso suena muy acertado para alguien que no se mete en nada.

—Que no me meta no significa que esté ciego —responde.

Me acerco a la cafetera, aunque no quiero café. Solo necesito tener las manos ocupadas, porque el corazón me va a trompicones.

—¿Te… molesta? —pregunto sin mirarlo.

—¿El qué?

—Que quede con gente.

No responde enseguida.

Ese segundo se estira más de la cuenta.

—No es cosa mía —dice al final.

Vale.

No es un no, pero tampoco es un sí.

Y el sábado fue un beso.

¿Quién cojones le entiende?

Yo no, maldita sea.

—Ya —respondo—. Eso pensaba.

Se acerca un poco más, aunque no me toca.

Claro.

Mateo sigue siendo Mateo, incluso después de besarme.

—Olivia —dice—. No tienes que justificarte conmigo.

—No lo hago —miento.

—Sí lo haces.

Levanto la vista.

Lo miro.

Lo miro de verdad.

—Es que no sé qué estoy haciendo —confieso—. Y me da miedo parar.

—Parar no siempre es rendirse —dice—. A veces es escucharse.

Me apoyo en la barra porque el cansancio me cae encima de golpe por no dormir y por sentir demasiado.

—¿Y si me equivoco? —pregunto—. ¿Y si dejo de buscar y luego me arrepiento?

Mateo baja la voz.

—¿Y si sigues buscando y te pierdes algo que ya está aquí?

HOSTIA.

La frase se queda flotando entre nosotros.

Como el beso.

Como todo lo que no estamos diciendo.

—Eso no es justo —digo.

—Lo sé.

—No puedes decirme eso.

—No te lo estoy diciendo —responde—. Te estoy preguntando si te lo has planteado.

El silencio que viene después no se parece a ningún otro.

Es más denso.

Más consciente.

—No quiero complicar las cosas —digo.

—Las cosas ya son complicadas —responde—. Solo estamos fingiendo que no.

Nos quedamos mirándonos.

—Eres mi jefe —digo.

—Y tú eres alguien importante para mí —responde—. Las dos cosas pueden ser verdad.

Ese importante me golpea más fuerte que el beso.

Más que el coco en la frente.

Más que todo.

—No estoy diciendo que pase nada —añade—. Solo que no voy a fingir que no pasa.

Me tiemblan un poco las manos, así que las escondo tras la espalda.

—Creo que yo sí quiero fingirlo —digo.

¿Qué?

No sé por qué digo eso.

No lo sé, lo juro.

Pero ya está, ya lo he dicho.

Mateo asiente despacio.

—Vale.

No discute, no insiste y tampoco me retiene.

Algo que esperaba, la verdad, pero me duele.

¿Soy tonta?

Pregunto.

No, no, no.

Creo que he hecho lo correcto.

Lo único que tengo estable es mi trabajo en la cafetería, no puedo tirarlo por la borda.

No, no, no.

Mateo es mi jefe y ya está.

Eso solo será una anécdota más en mi repertorio y listo.

Termina de cerrar la caja, apaga las luces de la barra y *Media Tostada* queda en penumbra.

—¿Te acompaño a casa? —pregunta.

—No hace falta —respondo—. Vivo cerca.

Quiero abofetearme sola por ese último comentario.

—Lo sé.

Claro que lo sabe, joder.

Caminamos juntos hasta la puerta, la abre y me deja salir primero.

—Buenas noches, Olivia.

—Buenas noches, Mateo.

Doy un par de pasos, pero me detengo y me giro.

No sé ni por qué.

O sí.

—Gracias —digo—. Por hoy. Por todo.

Sonríe apenas.

—Siempre.

Camino hacia casa con el corazón acelerado y la cabeza llena de excusas.

No ha pasado nada.

Y, aun así, ha pasado todo.

Porque ahora ya lo sé: la negación no consiste en no sentir, sino en sentirlo todo… y decidir mirar hacia otro lado.

Mi vida es una maldita comedia romántica.

22
Olivia
El eterno adolescente

Retrocedo, que para dar pasos hacia delante siempre tengo tiempo.

Supongo.

Rubén tiene treinta y cuatro años y la convicción absoluta de que todavía es pronto para casi todo.

—Es que ahora mismo estoy fluyendo —me dice nada más sentarnos—. Sin etiquetas. Sin presiones.

Lo dice con entusiasmo, como si acabara de descubrir algo revolucionario y no una excusa con patas.

Y tú te estás preguntando que qué hago con un tío si yo había dejado de buscar hombres para buscar gatos…

Ah, no, espera, que después me lié con mi jefe y ahora de nuevo estoy buscando hombres.

Y pensarás que qué perdidita estoy en la vida…

Pues… es que las palabras de Mateo me dejaron tocada y entonces me estoy limitando a escabullirme de ellas, básicamente.

—Qué bien —respondo—. El fluir está muy solicitado últimamente.

Rubén sonríe.

Se cree gracioso y la verdad es que no me cae mal.

Hemos quedado en un bar ruidoso, de esos donde la música está un punto más alta de lo necesario y nadie parece escuchar a nadie del todo. Un sitio perfecto para no profundizar.

—¿Qué te apetece? —pregunta—. Yo voy a pedir lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre? —pregunto.

—Cerveza —responde—. Siempre cerveza.

Pide dos sin mirarme.

Me ha recordado un poco a Iván, el macho alfa disfrazado, pero bueno, me da igual, hoy vengo con pocas ganas de discutir.

Rubén viste sudadera, zapatillas limpias y esa comodidad despreocupada de quien no siente que el tiempo le persiga.

Tiene buen cuerpo, una sonrisa bonita y una energía ligera que, en otro momento, quizá me habría resultado atractiva.

—Vivo con mi madre —dice de pronto—. Pero porque estamos muy unidos.

Claro.

—Además, así ahorro —añade—. Ya habrá tiempo de independizarse.

Ya habrá tiempo.

La frase rebota dentro de mí como una pelota mal lanzada.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunto.

—Ahora mismo estoy con varios proyectos —dice—. Nada fijo. Me agobia la rutina.

—Normal —respondo—. La rutina tiene mala prensa.

—Total —asiente con la cabeza—. Yo necesito sentirme libre.

Se lo dice a la camarera.

A mí.

Al aire.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Qué buscas?

Pienso en Mateo de forma automática.

Pero no porque me guste ni nada, ¿eh?

No os penséis cosas.

Lo que me gusta es el café sin preguntar, el cariño con el que me mira, su sonrisa sin juicio… sus manos.

Tiene unas manos muy bonitas, de uñas cortas y limpias, ¿lo he dicho ya?

Trago saliva.

—Tranquilidad —respondo entonces.

—Uf —dice—. Eso suena a compromiso.

Se ríe.

Yo también.

Un poco tarde.

—No es que no quiera algo serio —añade—. Es que no quiero dejar de ser quien soy.

—¿Y quién eres? —pregunto.

Se queda pensando demasiado rato.

—Pues… yo —responde.

Bebe un trago de cerveza y tema cerrado.

Me cuenta anécdotas de fiestas, viajes improvisados, noches que terminan tarde y mañanas que empiezan mal.

Todo suena divertido… contado en pasado, no en presente.

—¿Te ves así dentro de diez años? —pregunto, sin intención de sonar inquisitiva.

—No pienso tanto —responde—. Pensar estropea las cosas.

Ahí lo tengo claro: Rubén no es un error, es un aplazamiento.

Cuando salimos, me propone seguir la noche en otro sitio.

—Mañana madrugo —le digo, aunque si no madrugara tampoco me iría con él.

—Otro día, entonces —dice—. Sin presión.

Nos despedimos con dos besos ligeros y sin promesas.

Y entonces vuelvo a experimentar la conocida sensación de: no ha estado mal… pero tampoco bien.

23
Olivia
El demasiado sexual

Necesito olvidar la conversación con Mateo, sus labios y su forma de besar.

Lo necesito para no volverme loca, para no reconocer que Elena tenía razón, para ignorar las volteretas que da mi corazón cuando me acuerdo de él desde entonces, para detener las mil y una excusas que ahora me está dando mi pirada cabeza.

Una noche de copas, una noche loca, besé otros labios, olvidé tu boca…

Esa canción de Nueva Línea también necesito olvidarla.

Porque vamos a ver… ¿yo no quería esto?

¿Yo no quería un Mateo?

Sí, pero no un Mateo jefe.

Mira, me quiero bajar de la vida, no puedo más.

Por eso quedo con Nico.

Pero Nico no saluda, me evalúa de arriba abajo.

Lo hace con una sonrisa ladeada, de esas que no sabes si van a acabar en una broma o en una frase que te obligue a replantearte la cita… y tu vida.

En su descripción pone: *Sin Tabúes.*

Pues muy bien, Nico, necesito emociones fuertes que me hagan replantearme la existencia.

—¡*Wow!* —dice—. En las fotos estabas bien, pero en persona…

¡Diablos, Nico!

Ahí ya empiezo a contar mentalmente cuántos minutos llevo sentada y si es socialmente aceptable irme antes de pedir.

—Gracias —respondo—. Creo.

Nico está sentado demasiado cerca de mí, no enfrente, sino al lado.

No me toca, pero invade, como si el espacio personal fuera algo opcional.

—¿Tomamos algo fuerte? —propone—. Para entrar en ambiente.

—Un vino está bien —digo.

—Siempre tan prudentes… —sonríe—. Me gusta.

Pide por los dos, así que sí, empieza fuerte.

—Me han dicho que eres intensa —dice, mirándome directamente a la boca.

—¿Quién? —pregunto con los ojos abiertos como platos.

¿Tenemos a alguien en común?

—La energía —responde.

Uy, uy, uy.

Mira, no.

Más energías, no.

Gracias, pero no.

Pero ¿por qué me persiguen los lunáticos?

No entiendo nada.

—Cuéntame —continúa—. ¿Qué es lo que buscas aquí?

Miro el vino.

Bebo.

Pienso en Mateo limpiando la barra con calma.

Error.

—Conocer a alguien —respondo—. Sin expectativas raras.

Se ríe.

—Las expectativas raras son las mejores.

Se inclina un poco más.

—Yo soy muy sexual —añade, como quien avisa de que es intolerante a la lactosa—. Creo que es importante decirlo desde el principio.

—Ajá.

—El sexo es fundamental —continúa—. Si no hay química, no hay nada.

—Estoy de acuerdo —digo—. Pero hay muchas formas de química.

—Yo hablo de la otra —responde—. De la que se nota aquí.

Se señala la entrepierna.

Respiro.

Sonrío.

Bebo más vino.

(Insertad aquí ruido de pajita de zumo mientras leéis esa frase).

Gracias.

—¿Siempre vas tan directo? —pregunto.

—Siempre —dice—. La vida es corta.

—Y a veces demasiado explícita —respondo.

No se da por aludido.

—Me pone mucho la gente que parece tranquila pero luego… —hace un gesto ambiguo— sorprende.

—Yo sorprendo —digo—. Pero no como tú crees.

—Eso me pone más —responde sin pestañear.

Vale.

Ya está.

Me lar…

—¿Te importa si te hago una pregunta? —dice.

—Depende —respondo—. ¿Va a empeorar la cita?

—¿Qué es lo que más te excita? —pregunta.

Así.

Sin anestesia.

En una terraza, con gente alrededor comiendo aceitunas.

¿Estamos locos o qué?

—Que me respeten —respondo.

Se queda parado un segundo.

¿Y ahora qué le pasa?

Ay, ¡la Virgen!

—Eso es muy mental —dice cuando reacciona. Y menos mal, lo que me faltaba era que se quedara *moñeco* de repente y luego las culpas son para mí—. Yo soy más físico.

—Se nota.

Sonríe, convencido de que estamos jugando al mismo juego.

Iluso, qué penita.

—Te confieso algo —continúa—. Cuando quedo con alguien, me gusta saber desde el principio si hay posibilidades.

—Las hay —digo—. De que esta cita acabe pronto.

No se ríe.

—No seas así —dice—. Relájate. Fluye.

La palabra fluye ya me da alergia.

—Mira —le digo—. Creo que no estamos buscando lo mismo.

—Eso lo dices ahora —responde—. Luego cambia.

Y ahí, justo ahí, me levanto.

—No —digo—. No cambia.

Se queda sorprendido.

—¿Ya?

—Ya.

—Pero si no ha pasado nada —protesta.

—Exacto —respondo—. Y aun así, ya ha sido demasiado.

Pago mi vino, pero no me despido con dos besos y tampoco me disculpo.

Llamo a Luisa por teléfono *ipso facto,* porque yo necesito saber si esto que acaba de pasar es normal.

Sí, ya se me ha pasado el enfado.

Solo espero que haya sido sincera y buena persona y le haya contado a Mateo lo que nos hizo.

¿Que por qué no se lo he contado yo misma?

Porque no pienso sacar el temita nunca más.

—Déjame adivinar —dice cuando me coge la llamada—. ¿Incómodo?

—Sexualmente invasivo —respondo—. Nivel experto.

—¿Ha intentado tocarte? —pregunta.

—No —digo—. Pero ha hablado como si ya lo hubiera hecho.

—Peor —sentencia.

—¿Qué clase de fauna hay dentro de esa aplicación? Es que alucino, vamos.

—Hombre, pues yo —responde Luisa.

—Joder, y yo, pero tú ya me entiendes.

—Amor… pues la verdad es que no, no te estoy entendiendo mucho.

Bufo y cierro los ojos con fuerza.

—No me juzgues.

—No lo voy a hacer… pero vamos…

Me toco el tabique de la nariz con la mano que me queda libre, imaginándome una de las camisetas de Luisa en la que pone: ¡Espabila, coño!

—Ya —digo—. Estoy saliendo con gente que no me interesa solo para no pensar en lo que sí.

Luisa suspira al otro lado de la línea.

—Pensar a veces es incómodo —dice—. Pero huir también cansa. Pero bueno, conclusión científica: descartamos el sexo sin cerebro.

—Y sin respeto —añado.

—Y sin humanidad —remata ella.

Asiento con la cabeza.

—Creo que necesito pensar.

—Piensa, sí. Y decide con el corazón, la mente a veces es una mentirosa.

24
Olivia
Mateo como refugio

No me apetece irme a casa.

Lo pienso justo cuando paso por delante de la cafetería y Mateo apaga la última luz del fondo y el local se queda en ese estado raro que solo existe al final del día: ni abierto ni cerrado, ni lleno ni vacío. Un espacio suspendido donde las cosas importantes parecen tener más permiso para pasar.

—¿Olivia? —pregunta observándome desde el interior.

Claro, me he quedado como un pasmarote.

Idiota que soy.

—Yo… pasaba por aquí y… bueno, no sé —me río de forma nerviosa.

—¿Te quedas un momento? —me pregunta.

—Mmmm vale. Sí —respondo.

No sé qué estoy haciendo.

No sé qué estoy haciendo.

No sé qué estoy haciendo.

Me siento en uno de los taburetes altos, sin quitarme el abrigo, y Mateo se queda detrás de la barra, revisando algo que no necesita revisión, seguramente.

Lo sé porque lo conozco y cuando algo le ronda la cabeza, hace eso.

—Ha sido raro hoy —digo al cabo de un rato.

—¿Lo de la cita? —pregunta.

—Todo —respondo—. La cita. Yo. La aplicación. La sensación constante de estar haciendo el ridículo solo para no quedarme quieta.

Mateo asiente despacio con la cabeza, se sirve un vaso de agua y me sirve otro sin preguntarme.

Otro gesto mínimo que ya empieza a ser costumbre.

—No creo que estés haciendo el ridículo —dice.

—Estoy agotada —confieso—. Y no solo de las citas. De intentar que algo encaje. De forzar conversaciones. De sonreír cuando no me apetece. De justificar por qué no me quedo.

Se apoya en la barra, frente a mí, a una distancia segura.

Siempre segura.

—No tienes que demostrar nada aquí —dice.

—Aquí… —repito—. ¿Y fuera?

—Fuera tampoco —responde—. Pero aquí menos.

Sonrío un poco.

Me sale sola.

¿Por qué es tan bueno?

—¿Sabes qué es lo peor? —digo—. Que cuando vuelvo después de una cita, solo quiero estar aquí.

No lo digo mirándolo a él, pero sí mirando al vaso, al borde de la barra, al aire… yo qué sé.

Mateo no responde enseguida, pero carraspea, seguramente lo esté confundiendo.

¡Si es que soy lo peor!

—A veces —dice finalmente—, el cuerpo sabe antes que la cabeza.

Levanto la vista y lo miro.

—Eso no ayuda nada —respondo—. Mi cuerpo y mi cabeza no se hablan.

Sonríe apenas.

—Se acabarán entendiendo.

—¿Y si no?

—Entonces al menos no te estarás mintiendo.

Respiro hondo, me quito el abrigo y lo dejo en el respaldo.

Es un gesto pequeño, pero bastante significativo, porque demuestra que pienso quedarme un rato más.

—¿Puedo decirte algo sin que sea raro? —pregunto.

—Puedes intentarlo —responde.

—No me cansaría nunca de darte las gracias por absolutamente todo.

—No tienes que agradecerlo —dice—. Es lo mínimo.

—No lo es —respondo—. Para mí no lo ha sido.

Se queda mirándome un segundo más largo de lo habitual.

Dios, es guapo.

Es muy guapo.

Y yo soy imbécil.

—Olivia —dice—. Yo no quiero ser una solución a nada.

—No lo eres —respondo rápido—. Eres… —me detengo—. Eres un sitio donde descansar.

La frase se me escapa antes de poder pensarla y Mateo baja la mirada.

Sonríe sin esbozar una sonrisa entera, pero el gesto hace que un calorcito agradable me llene la sangre.

—Eso también puede ser raro —dice.

—Lo sé.

—¿Y aun así lo dices? —me pregunta riéndose bajito.

—Sí.

Silencio.

El bar parece más pequeño.

O quizá somos nosotros los que ocupamos más espacio.

—¿Te quedas un rato más? —pregunta.

—Sí.

No hay promesas, acercamientos dramáticos ni nada que pueda etiquetarse.

Solo somos dos personas sentadas en un sitio que ya no es solo una cafetería o el lugar de trabajo de ambos.

Hablamos de cosas pequeñas.

Del día.

De clientes.

De anécdotas sin importancia.

Incluso le cuento lo de Luisa y Mateo flipa.

—Pues yo debo tener todavía los efectos en el cuerpo, porque sigo pensando igual que esa noche —me suelta, y hace que mis bragas carbonicen.

Aún así, no me quiero ir de aquí, porque me río más de lo que esperaba y me relajo más de lo que debería.

En un momento dado, Mateo recoge mi vaso vacío y lo deja en el fregadero.

—Es tarde —dice—. Deberíamos irnos.

—Ya —respondo—. Pero ahora mismo estoy bien.

Me mira y sonríe.

—Vale —dice—. Cinco minutos más.

Cinco minutos se convierten en diez.

Diez en nada concreto.

Cuando por fin nos levantamos, no pasa nada especial.

No hay despedidas largas.

No hay beso, aunque sí tensión sexual no resuelta.

Y la certeza de que algo se está recolocando por dentro.

—Buenas noches, Olivia —dice al abrirme la puerta.

—Buenas noches, Mateo.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—Pues… venga, vale.

Caminamos despacito por las tres calles que separan mi casa de mi segundo hogar, porque ambos sabemos que el trayecto va a terminar en seguida.

—Pues ya hemos llegado —dice cuando llegamos frente a mi portal.

—Es un lujo, ¿eh? Vivir tan cerca —comento.

—La verdad es que sí.

Mateo sonríe y mi corazón se salta un latido.

—Oye, yo… —intento decir, aunque la realidad es que no encuentro las palabras correctas.

—¿Gracias? —dice, un poco burlón.

Sonrío, miro mis zapatos y siento cómo las mejillas se me ponen rojas.

—Supongo que sí —digo finalmente.

—Siempre —responde.

—Hasta mañana —digo.

—Hasta mañana —contesta él.

Cuando se marcha no me siento eufórica a pesar de las mariposas.

¡Joder, tengo mariposas!

¿Esto es… una especie de amor o algo así?

Si es así… entonces acabo de entender que no llega como un golpe, sino como un lugar seguro donde, por fin, puedes bajar la guardia.

Y eso me da más miedo que cualquier cita, porque creo que ya no buscaré refugio fuera.

Lo he encontrado.

Me quedo con ganas de que me bese, pero sigo valorando más mi trabajo.

PARTE 5

El problema no eran ellos

25
Olivia
No quiero más citas

La decisión no llega como un portazo, es algo así como un cansancio suave, de esos que no te tumban pero te obligan a parar.

Como cuando llevas horas caminando y, de pronto, entiendes que no es cuestión de seguir un poco más, sino de sentarte.

Estoy en casa, sentada en el sofá, con el móvil en la mano y la aplicación abierta sin motivo, porque no hay notificaciones nuevas ni tampoco expectación, solo perfiles que ya no me dicen nada y frases que empiezo a reconocer incluso antes de leerlas.

"Busco algo serio".

"Fluyendo".

"Sin dramas".

"Con ganas de conocer a alguien especial".

Especial.

Siempre especial.

Nunca concreto.

Paso el dedo sin mirar de verdad.

Derecha.

Izquierda.

Derecha.

Izquierda.

Como un gesto aprendido que ya no cumple ninguna función.

Y entonces me sorprendo bostezando.

Pienso en Nico y en su urgencia.

En Rubén y su fluir eterno.

En Sergio y su duelo mal cerrado.

En Álex y el universo empeñado en diagnosticarme.

No son malas personas, ni monstruos, ni tampoco errores.

Simplemente… no son para mí.

Y esa certeza, lejos de doler, me calma.

Apoyo el móvil en el regazo y me quedo mirando la pantalla un segundo más.

Leo la opción que llevo días evitando.

Eliminar cuenta.

El gesto definitivo.

Ni desinstalar la aplicación ni nada parecido.

Me pide confirmación.

Siempre piden confirmación, como si pudieras arrepentirte antes incluso de hacer algo que sabes que necesitas.

¿Estás segura?

Sí.

No porque tenga todas las respuestas, ni mucho menos, pero es lo que quiero en este momento.

Pulso.

La pantalla cambia, aparece un mensaje genérico y a continuación leo las palabras "proceso completado".

Y ya está.

No hay fuegos artificiales o alivio inmediato, solo una sensación extraña de espacio, como si algo se hubiera despejado por dentro.

Dejo el móvil boca abajo y me quedo quieta un rato, escuchando la casa.

Me preparo una infusión sin pensar demasiado. Me apoyo en la encimera mientras hierve el agua y, por primera vez en semanas, no tengo la sensación de estar esperando algo.

No espero un mensaje.

Ni un match.

Ni tampoco una señal.

Espero… nada.

Y ese "nada" me hace sentir sorprendentemente bien.

Al día siguiente entro al bar con una ligereza distinta.

—Buenos días —dice Mateo, que ya está al pie del cañón detrás de la barra llenando de tapitas la vitrina.

—Buenos días —le digo sonriendo.

Me mira un segundo más de lo habitual.

—Tienes buena cara —añade cogiendo un vaso para secarlo tras poner el último pincho de tortilla en la vitrina.

—He dormido —respondo—. Y he tomado una decisión.

No pregunto si quiere saberla. No hace falta.

—¿Ah, sí? —dice.

—He borrado MediaNaranja.

Es entonces cuando a Mateo parece que se le vuelven las manos de mantequilla, porque el vaso que estaba sosteniendo resbala y cae al suelo.

—Joder… perdona —masculla agachándose a coger los pedazos rotos más grandes—. Qué torpe…

Mmmm vaya, no esperaba esa reacción, la verdad.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, sí… no te preocupes. Eh… ¿en serio? Lo de la aplicación, digo.

—Sí.

—Pero… ¿y eso?

—Lo necesitaba —digo encogiéndome de hombros.

—Ah —dice, y me da la sensación de que mi respuesta lo ha decepcionado un poco—. Y, ¿cómo te sientes?

—La palabra sería rara —respondo—. Pero tranquila.

—Eso suele ser buena señal —dice con una sonrisa.

—O miedo —añado.

—Las dos cosas no se excluyen.

Luisa aparece desde el fondo.

—¿Qué dices, qué dices? ¿He oído algo de una aplicación? ¿Cuál? —pregunta.

—La del amor moderno —respondo.

—¿La has borrado? —abre los ojos—. ¿Pero esto no iba de insistir?

—Esto va de escucharme —digo.

Luisa me observa unos segundos.

Luego sonríe.

—Vale. Cambio de estrategia. Ahora te empujo a no hacer nada.

—Gracias —respondo.

Elena levanta la vista desde su mesa.

—Bienvenida —dice.

—¿A dónde? —pregunto.

—A ti —responde—. Sin intermediarios.

Mateo se mueve por la barra con su calma habitual, pero al mirarme me guiña un ojo.

¿Qué ha sido eso?

—No quiero que esto se malinterprete —digo, casi sin pensar—. No he borrado la aplicación por nadie.

Es que las conozco.

Las conozco a las dos.

Y paso.

Están al tanto de todo lo que está pasando en mi vida últimamente y con eso deberían darse con un canto en los dientes.

Mateo me mira.

—Lo sé —se atreve a decir.

—Lo he hecho por mí —miento a medias.

—También lo sé.

Asiento con la cabeza, me pongo el delantal y empiezo con mi trabajo.

Atiendo mesas, me río, me concentro.

No miro el móvil cada dos minutos.

No espero validación externa.

Solo estoy yo conmigo, trabajando en lo que me gusta.

Y en ese estar empiezo a entender algo importante: el problema no era que no hubiera nadie ahí fuera, sino que me estaba alejando de mí cada vez que buscaba sin escucharme.

Borrar la aplicación no ha sido rendirme, ha sido volver a mí, y ahora, con este espacio recién ganado, con esta calma todavía frágil, empiezo a intuir que lo difícil no va a ser encontrar a alguien, sino no huir de lo que ya estaba aquí y se alimenta cada día sin querer.

26
Olivia
Mantener la distancia

Mantener la distancia suena sencillo.

Dos palabras limpias, casi elegantes, que no explican el esfuerzo real que supone cambiar algo cuando ya te resulta cómodo.

O peor: cuando te resulta seguro.

Acaba de llegar marzo y, desde que borré la aplicación, nada ha cambiado.

Y, sin embargo, todo es distinto.

Mateo sigue poniendo el café sin preguntarme, sigue diciendo buenos días con el mismo tono, sigue ocupando el mismo espacio detrás de la barra y sigue siendo igual de respetuoso y educado que siempre.

Lo que ha cambiado es que…

Ay, no puedo ni decirlo.

Venga, ya.

Ya lo digo.

Lo que ha cambiado es…

¡Ay, no!

Venga, vale, ya, ya lo digo.

¡Tengo sueños calentorros con él desde que me besó!

Bueno, desde que lo besé.

Desde que nos besamos.

Ay, ¿qué más da?

¡Lo que sea!

Y no puedo… ¡No puedo!

Sueño que me empuja contra la cámara frigorífica de la trastienda, que me aprieta el culo hasta hacerme daño y luego me muerde la boca como Edward Cullen el cuello a Bella Swan…

¡Por Dios, qué milenial soy!

Estoy enferma.

O falta de sexo.

Las dos cosas, seguramente.

El problema no es lo que hace, porque el pobre no hace nada diferente.

Encima me está respetando más que ningún tío con el que me haya podido cruzar.

Es…

Dios, Mateo es de lo que ya no hay.

Lo juro.

Soy yo, que no puedo hacer como si no hubiera pasado nada.

Así que empiezo a hacer algo que no había hecho hasta ahora: me controlo.

No me quedo cuando cierra, no alargo conversaciones, no busco su mirada.

No porque no quiera, sino porque quiero demasiado.

Así que no.

No, porque al final, va a llegar un día en el que se me va a ir la cabeza y en vez de abrir la botella de leche de Barista, voy a exprimirle a él la suya.

Dios, muy bestia, ¿no?

Vale, ya paro.

—¿Te vas ya? —me pregunta el segundo día, cuando me pongo la chaqueta antes de tiempo.

—Sí —respondo—. Tengo cosas que hacer.

No las tengo, pero necesito que crea que sí.

Asiente con la cabeza, aunque no parece muy convencido, pero no insiste más en el tema.

Menos mal.

Luisa me observa desde la cafetera.

—¿Qué haces? —susurra.

—Nada.

—Estás haciendo algo —responde—. Y no es muy divertido.

—No todo tiene que serlo —digo.

—Pero tú sí —replica.

Elena no dice nada, solo mira, como siempre.

Y Belén ha librado hoy, por lo que no ha podido darse demasiada cuenta de mi estrategia.

Paso los días midiendo palabras, tiempos, silencios.

Me descubro ensayando respuestas que antes salían solas.

Me sorprendo evitando el taburete de siempre, el sitio exacto donde podía apoyarme sin pensar.

Mateo lo nota, pero se adapta.

Me habla menos, me deja más espacio, respeta mi retirada como solo alguien que se preocupa de verdad sabe hacer, y eso, lejos de molestarme, aunque lo que más quisiera es besarlo de nuevo, me confirma justo lo que intento negarme a mí misma.

Una tarde, mientras limpio la barra, me doy cuenta de que estoy enfadada.

No con él.

Conmigo.

Con esta necesidad absurda de protegerme cuando, por primera vez en mucho tiempo, no me siento en peligro.

—¿Todo bien? —me pregunta Belén.

—Sí —respondo sin darle demasiadas explicaciones.

—Últimamente estás distinta —dice.

—Lo sé.

—¿Para bien?

Pienso en Mateo al fondo, colocando unas cajas sin mirarme.

—Todavía no lo sé —digo.

Esa noche, cuando estoy a punto de irme, Mateo se acerca.

—Oye —dice—. Si he hecho algo…

—No —respondo rápido—. No has hecho nada.

—Vale —dice—. Entonces no pregunto.

Sonríe un poco, ese gesto mínimo que siempre me desarma.

—Gracias.

Me mira.

Sé que no me entiende del todo, pero acepta.

Salgo a la calle con el corazón acelerado y camino deprisa, como si alguien pudiera alcanzarme si bajo el ritmo.

No estoy creando distancia porque no sienta nada, la estoy porque ahora sí lo siento, porque quedarme sería reconocerlo.

Que Dios me perdone, pero es que reconocerlo implica riesgo.

En casa, me quito los zapatos y me dejo caer en el sofá.

El silencio me envuelve y descubro que está lleno de pensamientos.

Pienso en todo lo que no he dicho, en lo que he dejado de hacer, en lo fácil que sería volver mañana y quedarme un rato más…

Y en lo difícil que sería fingir que no pasa nada si lo hago.

Mantener la distancia no es alejarse, creo, es resistirse.

Y yo, ahora mismo, estoy resistiendo algo que no quiero perder… pero tampoco me atrevo a abrazar.

27
Olivia
Cuando él también se aparta

No me doy cuenta el primer día.

Ni el segundo.

Es algo tan sutil que podría pasar por normalidad si no fuera porque ya me sé de memoria cada uno de sus gestos.

Mateo ya no pone el café sin preguntar.

—¿Lo de siempre? —dice ahora.

Asiento con la cabeza, pero el gesto ya no es el mismo porque se ha convertido, lejos de ser frialdad, es respeto de rango.

Ya ni siquiera hay camaradería.

Y eso, cuando no lo quieres, duele más que cualquier desplante.

Empiezo a notar pequeños cambios: no se queda cerca cuando hablo, no alarga silencios, no busca ese cruce de miradas que antes aparecía solo.

Se mueve con la misma calma de siempre, pero un paso más atrás, como si hubiera entendido algo que yo no he sabido decir en voz alta.

Y lo peor es que no puedo reprochárselo.

¿Con qué cara le digo algo?

Por favor, me despediría por desequilibrio mental.

—¿Te pasa algo con Mateo? —me pregunta Luisa a media mañana, mientras limpia la cafetera.

—No —respondo—. ¿Por qué?

—Porque ahora parece tu jefe —dice—. Antes parecía… otra cosa.

Me encojo de hombros.

—Igual es lo mejor.

—¿Para quién, si se puede saber? —replica.

No contesto, porque prefiero dejar esta conversación antes de que me afecte más de lo que ya lo hace.

El día avanza con una normalidad impostada: clientes, pedidos, risas sueltas.

Yo cumplo.

Mateo cumple.

Todo funciona.

Y esa es la trampa: cuando algo funciona, nadie pregunta si duele.

A última hora entra un grupo ruidoso.

Mateo se ocupa y yo me quedo al fondo, ordenando.

Lo veo moverse con soltura, con esa seguridad tranquila que siempre me ha gustado.

Y es entonces cuando una chica del grupo le sonríe más de la cuenta.

Él le sonríe de vuelta de forma educada, correcta.

Pero conozco sus sonrisas y esa chica, como mínimo, le parece guapa.

Algo se me clava en el pecho, y no puedo contener el impulso incluso de llevarme una mano al corazón.

¿QUÉ. ESTOY. HACIENDO?

No lo entiendo.

No son celos.

¡Por Dios, no ha sido nada del otro mundo!

Entonces, ¿qué narices me pasa?

Me acerco a la barra por inercia, y Mateo me ve, pero no se acerca, dejándome espacio.

Ese mismo espacio que yo pedí sin decirlo.

—¿Te quedas al cierre? —me pregunta Belén.

—No —respondo—. Hoy no.

Mateo me ha escuchado hablar, pero no reacciona ni para bien ni para mal.

Cuando me pongo la chaqueta, noto esa presión en el pecho que aparece cuando estás a punto de decir algo importante… y no lo haces.

—Hasta mañana —dice Mateo.

—Hasta mañana.

No hay nada más y eso es lo que me pesa.

Salgo a la calle con la sensación de haber perdido algo que nunca fue oficialmente mío.

Que alguien me zarandee o algo.

Camino un rato sin rumbo, dejando que el frío me despeje.

Me siento en un banco.

Respiro.

Esto es lo que querías, Olivia, no seas mareona, me digo.

Distancia.

Control.

Seguridad.

Pero la seguridad, cuando llega así, se siente muy parecida a la soledad.

Bufo, llevándome una mano a la frente.

Solo quiero entenderme…

Cuando él estaba cerca, tenía miedo de sentir, pero ahora que se ha apartado, tengo miedo de haber llegado tarde.

Otra vez el tiempo, y esa sensación me golpea de forma violenta.

28
Olivia
El amor no tiene perfil

Al día siguiente entro a la cafetería con el estómago encogido.

Mateo, por supuesto, está ya aquí y me saluda con normalidad.

Me pregunta cómo estoy, le digo que bien, que qué tal él.

Me responde lo mismo.

Mentimos los dos.

—Oye —dice en un momento cualquiera—. He cambiado un par de turnos esta semana. Para cuadrar mejor.

—Ah —respondo—. Vale.

No pregunta si me parece bien o me parece mal, pero tampoco necesito que lo haga.

Luego se va al almacén y es Elena quien aprovecha la huida del jefe para acercarse a mí.

—Ahora sí —dice.

—¿Ahora sí qué?

Lo que me faltaba, tener que resolver adivinanzas con el galimatías mental que tengo ahora mismo.

—Ahora sabes lo que duele —responde—. Cuando la distancia deja de ser una decisión y se convierte en consecuencia.

Trago saliva.

¿Se ha convertido en Belén o qué pasa aquí?

—No quería esto —admito, sintiéndome fatal.

¿Es culpa mía? ¿Tan mal estoy actuando?

—No —dice—. Querías protegerte.

—¿Y él?

Elena me mira con ternura, pero no por ello encuentro menos verdad en sus ojos.

Se encoge de hombros y no me dice nada.

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Elena sonríe apenas.

—Ahora ya no puedes fingir que no pasa nada.

Miro hacia el almacén.

Sé que Mateo está ahí, a unos metros nada más, pero más lejos que nunca.

La distancia es una barrera que yo he interpuesto entre los dos, pero ahora se ha convertido en mensaje.

Y si no hago nada, si sigo callando, esto no se va a quedar en un susto controlado.

Se va a convertir en pérdida.

Intento hacer mi trabajo lo mejor que puedo, pero no paro de darle vueltas a la cabeza.

La he cagado, ¿no?

¿Es eso?

¿Quien sea que me esté leyendo también lo piensa?

Al final del turno vuelvo a coincidir con Elena recogiendo y limpiando la mesa del fondo del local.

Es una mesa que casi nadie quiere porque queda lejos de la barra y demasiado cerca de la ventana.

A mí siempre me ha gustado.

Tiene algo de refugio discreto, de sitio al que no se viene a llamar la atención.

—Te estás rompiendo un poco —dice Elena, y me quedo mirando su cabello oscuro, que hoy lo tiene recogido en una coleta.

—No —respondo rápido, porque no quiero darle la razón.

Elena ladea la cabeza.

—Sé que sí, ¿por qué no quieres decírmelo?

Pues a lo mejor porque no quiero sentirme juzgada de nuevo, pienso, pero no lo digo, porque no me defiendo, no me justifico ni nada de nada.

—Mateo se ha apartado —digo—. Y me duele, ya está. ¿Es eso lo que querías oír?

Elena asiente, como si lo supiera desde antes de que yo lo diga.

—Claro.

—No le he pedido que lo hiciera.

—No con palabras—dice—. Pero se lo pediste igual.

—¿Cómo?

—Pues con el cuerpo, con los silencios, las salidas rápidas… Hacías ver que no estaba pasando nada, cuando en realidad sí.

Me quedo callada.

Tiene toda la razón, maldita sea.

—No quería liarla —murmuro.

—Nadie quiere —responde—. Pero querer no siempre basta.

Miro a través del cristal.

Afuera pasa gente que no conozco, vidas que no me incumben.

Todo parece tan fácil…

—He hecho todo lo que se supone que había que hacer —digo—. Salir. Intentarlo. Abrirme. No conformarme. Protegerme. Y aun así…

—Y aún así estás aquí —termina Elena—. Haciéndote preguntas incómodas.

Sonríe un poco.

—Eso también es avanzar.

—Pero ¿y si me he equivocado? —pregunto—. ¿Y si he dejado pasar algo por miedo?

Elena apoya los codos en la mesa y luego se inclina un poco hacia mí.

—Olivia —dice—. El miedo no siempre te aleja de lo correcto. A veces solo te avisa de que algo importa.

Trago saliva.

—Yo buscaba algo claro —añado—. Algo que pudiera reconocer. Un perfil, unas señales, una forma concreta de sentir.

—Claro —asiente—. Nos han enseñado a buscar así.

—¿Y si no funciona?

Elena sonríe de forma casi dulce.

—¿Y si el amor no tiene perfil?

La frase se queda suspendida entre nosotras.

—¿Cómo que no tiene perfil? —pregunto, confundida.

—Como en la aplicación —explica. —Fotos, frases, promesas, filtros. Todo eso que te hace creer que puedes elegirlo antes de sentirlo. ¿Y si el amor no se reconoce así? —continúa—. ¿Y si no entra por los ojos ni por la cabeza, sino por otro sitio?

—¿Cuál?

—Por donde te quedas —responde—. No por donde explicas.

Pienso en Mateo sin querer, en el café puesto sin preguntar, en el límite firme, en la distancia respetada.

—Yo no quería mezclarlo todo —digo—. Trabajo. Sentimientos. Riesgo.

—Nadie quiere —dice Elena—. Pero la vida no suele pedir permiso para mezclarse.

Bajo la mirada.

—Me da miedo perderlo —confieso.

—Eso ya lo estás viviendo un poco —responde—. Por eso duele.

—¿Y si me acerco y lo estropeo?

Elena sonríe con una ternura que me desarma.

—¿Y si no te acercas y lo pierdes igual? No todo lo que importa llega haciendo ruido —añade—. A veces llega quedándose. Y eso no se parece a nada que te hayan vendido. ¿Acaso no es eso lo que ha hecho Mateo todo el rato?

Respiro hondo.

Muy hondo.

—No sé cómo se hace —digo.

—Se deja de huir, simplemente.

Asiento con la cabeza.

—¿Sabes lo más bonito? —dice Elena, levantándose—. Que no tienes que decidir nada hoy.

—¿No?

—No —sonríe—. Solo dejar de mentirte.

Coge su bayeta y me deja sola, preguntándome algo mucho más simple y mucho más honesto que todo el barullo que tengo dentro de la cabeza:

¿Dónde me siento en casa?

Y la respuesta no tiene perfil, pero sí tiene nombre.

29
Olivia
Es que no acierto

Vale. Hoy sí. Hoy voy a hablar con Mateo. No ahora mismo, ni nada más verlo. Tampoco entrando al bar con el abrigo puesto y la cabeza aún a medio encender. Pero de hoy no pasa.

Me repito todo eso en bucle mientras me lavo los dientes, mientras me pongo el jersey y mientras intento convencerme de que no tengo el estómago encogido por motivos estrictamente digestivos.

Cada vez que recuerdo las palabras de Elena, no puedo soportarlas.

Hoy voy a decirle todo lo que siento: que no he sabido hacerlo mejor, que no quería apartarlo en realidad, aunque lo hiciera…

Y lo más importante, que me dio miedo algo que no estaba buscando… y que, precisamente por eso, me importó más de la cuenta.

No voy a dramatizar, ni a montar una escena. Y mucho menos a llorar apoyada en la cafetera industrial.

Solo voy a ser honesta y nada más.

Que ya es hora, ¿no?

Hay días en los que pedir perdón es un regalo

y días en los que es una carga más.

Y yo no quiero ser una carga, así que solo imploro que hoy sea un día de los de la primera opción.

Quiero decirle que creo que me estoy enamorando de él, pero no sin contexto, sin aire y sin espacio. No en medio de pedidos, de prisas, de clientes impacientes y leche derramada.

Eso no se dice a cualquier hora, no se suelta como quien pide un cortado.

Así que primero voy a leer el ambiente como si fuera una carta escrita en café, que tanto me gusta.

Lo importante —me digo— es no volver a huir, junto cuando entro en *Media Tostada* con esa decisión cuidadosamente doblada en el bolsillo, la intención clara y la calma impostada de quien se repite que todo va a salir bien.

Spoiler: todavía no sé que el día va a torcerse, que a Mateo se le va a hacer cuesta arriba desde primera hora y que nada va a encajar como debería.

Y, por supuesto, todavía no sé que elegir el momento perfecto también es una forma muy elegante de perderlo.

Pero nada más cerrar la puerta tras de mí, lo noto.

Porque el aire no huele a café recién hecho, ni siento el calorcito protector que se cuece siempre aquí dentro.

Por el contrario, me llega un aroma a algo metálico y raro que no sé identificar, pero que automáticamente me pone en alerta.

Mateo está inclinado sobre la cafetera con el ceño fruncido y una mano apoyada en la cadera, como si le doliera algo más que la máquina.

Tiene esa rigidez en los hombros que le conozco demasiado bien.

—No arranca —dice sin saludar.

—Buenos días para ti también —respondo, intentando ser simpática para aligerar un poco el ambiente.

Pero él no sonríe y eso ya es una señal clara de que todo lo que llevo ensayando mentalmente desde anoche va a tener que quedarse guardado un poco más.

Uff, madre mía.

—He probado todo —añade—. Se queda bloqueada.

Genial.

La cafetera, que es algo así como la columna vertebral del negocio y la razón por la que la gente, que entra medio dormida, sale siendo persona, no funciona.

Repito: NO FUNCIONA.

Es la joya de nuestra corona.

¿Qué le habrá pasado?

—¿Y el técnico? —pregunto.

—En otra ciudad —responde—. No llega hasta la tarde.

Miro el reloj.

Ocho y veinte de la mañana.

Perfecto, pienso.

El día que decido pedir perdón y admitir que creo que me estoy enamorando… se rompe la cafetera.

No puedo evitar poner los ojos en blanco ante mi mala suerte.

Destino, ¿qué quieres de mí?

¿Me saco el corazón y te lo entrego en ofrenda?

—Genial —murmuro, porque tampoco sé muy bien qué decir ni qué hacer.

Y Mateo está que trina.

Es entonces cuando empieza el movimiento y mis ganas de tirarme de los pelos aumentan por segundos.

A las ocho y media entra Don Manolo y se queja de que el café tarda.

A las ocho treinta y cinco entra una mujer con prisa que pregunta si siempre somos así de lentos.

Mmmm mire, señora, no me toque el chocho, que problemas tenemos todos, pienso, pero no se lo digo, claro, porque se supone que la calma personificada de hoy, soy yo.

JAJAJA.

Ok, mañana.

A las ocho cuarenta Luisa llama diciendo que llega tarde porque el metro se ha parado.

La mataré, pienso.

Hoy no, a ver si a ella se le ocurre una solución, pero la mataré.

A las ocho cuarenta y cinco Belén avisa de que su hijo tiene fiebre y no puede venir.

Mateo cierra los ojos un segundo.

Solo uno.

Pero lo veo.

Madre mía, va a estallar.

—Vale —dice—. Vale.

Ese "vale" no tranquiliza a nadie, ese "vale" te digo yo a ti que es el principio del desastre.

—¿Qué hago? —pregunto.

—Atiende mesas —responde—. Yo me encargo aquí.

Pero no se está encargando, te lo aseguro, está aguantando como puede.

¿Que atienda mesas? ¿Y de dónde me saco el café?

La cafetera vuelve a pitar y el sonido agudo me atraviesa la cabeza.

Mateo golpea el lateral con la palma de la mano y se detiene enseguida.

—Perdón —murmura.

No me mira y no puedo evitar pensar que yo también debería pedir perdón por otras cosas.

Vale, pues a lo mejor soy egoísta, pero es que yo también corro peligro de estallar.

¿Me han entrado las prisas?

Pues sí, ¿qué pasa?

El espacio se llena demasiado rápido con gente de pie, gente que resopla y gente que no entiende que las cosas se rompan porque tiene prisa.

Yo también, Doña Esperanza, yo también y aquí estamos.

—Esto es inadmisible —dice un hombre trajeado—. Siempre vengo aquí.

—Hoy no es un día normal —respondo—. Si quiere, puede…

—Quiero un café —me corta—. No una explicación.

Mateo levanta la cabeza.

—Oiga —dice, con un tono que no le había oído nunca—. Si no le gusta, hay otros bares.

El hombre abre la boca, sorprendido.

Yo también.

—Mateo… —susurro.

Él me mira y veo lo tenso que está, lo superado que está por esta situación.

—Siguiente —dice.

Llamo a Elena aunque es su día libre, pero me dice que le es imposible venir, que no sé qué de la caldera de su casa.

Pues qué oportuno todo.

Y sigue.

Y el día se convierte en una carrera sin sentido con cafés de filtro improvisados, tazas que faltan, pedidos mal apuntados, gente que protesta, gente que se va y gente que se queda solamente para quejarse.

Anda, es que hay que tener mala uva para eso, también te digo.

Yo sirvo, cobro, recojo e intento sonreír.

Luisa llega por fin, sudada y con la mochila mal colgada.

La miro, ella también me mira a mí y me dice con los ojos algo así como un "luego hablamos", pero yo le contesto mentalmente: *luego te mato.*

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Todo —respondo.

Mateo apenas habla, simplemente se limita a dar órdenes cortas, pero eficientes.

Y no mira a nadie más de lo necesario.

Cuando pasa cerca de mí, noto la tensión en su cuerpo como si fuera electricidad.

Y también noto algo peor: la distancia.

—¿Estás bien? —le pregunto en un hueco mínimo.

—Sí —responde demasiado rápido—. Sigue trabajando.

Bufo de forma sutil, porque esa última frase me coloca en un sitio que no me gusta, un sitio donde soy solo personal.

Y yo hoy no quería ser solo eso.

Un cliente derrama un café, otro se queja de que está frío, la cafetera vuelve a pitar y Mateo pierde la paciencia.

—¡Joder! —dice en voz baja, pero se oye.

El bar se queda en silencio un segundo incómodo.

—Perdón —añade—. Perdón.

Pero ya es tarde, porque el día se ha convertido en uno horrible.

A mediodía, cuando por fin baja el ritmo, Mateo se apoya en la barra con las manos tensas y la mandíbula apretada.

Yo me acerco despacio.

—Oye —digo—. Has hecho lo que has podido.

—No ha sido suficiente —responde.

—No todos los días pueden serlo.

Me mira entonces.

—No estoy acostumbrado a fallar —dice.

Esa frase pesa más que todo lo anterior.

—No has fallado —respondo—. Se ha roto una máquina.

—No es solo la máquina —dice—. Es todo.

Y ahí lo veo.

No al jefe ni al que está al mando siempre de todo este lugar, sino al humano que está cansado, quizá, de sostener cosas que no son suyas.

Y siento unas ganas enormes de decirle que me perdone por ser tan indecisa, que me importa…

Más no lo hago.

—¿Quieres que cierre antes? —pregunto.

—No —responde—. No.

No quiere ayuda o no sabe pedirla, no estoy segura.

El técnico llega más tarde de la hora pactada y, aunque arregla la cafetera, cobra a Mateo demasiado.

Cuando se va, la cafetería vuelve a funcionar, pero el día ya no puede solucionarse.

Cerramos el bar en silencio cuando cae la tarde, pero no es el silencio de otras veces.

Es uno que roza, que araña.

—¿Te quedas tú? —me pregunta Luisa todavía con el delantal puesto—. Debería quedarme yo, que he llegado más tarde.

Niego con la cabeza.

—No importa, yo me quedo. La parte de la caja de las primeras horas la he llevado yo.

—Vale, cuéntame luego qué tal.

Asiento con la cabeza y Luisa se va tras despedirse Mateo de ella de forma muy escueta.

Mateo baja la persiana con más fuerza de la necesaria y yo apago las luces sin mirarlo, porque sé que si lo hago ahora, se me va a notar todo.

—Oye —digo al final.

No se gira enseguida.

—Dime.

Ese dime ya viene cargado.

—No quiero que nos vayamos así, no ha sido culpa de nadie que…

Suspira de forma fuerte, como si una cuerda interior que le va de la cabeza a los pies, aferrada a su columna para mantenerlo en pie, estuviera a punto de romperse.

—Olivia, hoy no ha sido un buen día —dice dándome la espalda.

Juro que nunca lo había visto así, ni con clientes maleducados ni nada.

Siempre es correcto en absolutamente todo.

—Lo sé —respondo—. Precisamente por eso.

Se gira entonces y ya no hay distancia que valga entre nosotros.

—No puedo con más cosas hoy —dice—. No puedo. Y menos con tus idas y venidas.

—¿Cómo? —pregunto, porque la última frase me ha matado—. ¿Y mientras tanto yo me quedo aquí, esperando a que sí puedas?

—¿Acaso no es lo que he hecho yo? —me recrimina—. No sabes lo que…

—Claro que lo sé —le corto—. Lo veo. Lo aguanto contigo. Pero no puedes pedirme que además finja que no pasa nada entre nosotros.

Aprieta la mandíbula.

—No estábamos hablando de nosotros. ¿O sí? ¿Ahora te ha dado por no querer fingir?

—Siempre estamos hablando de nosotros —respondo—. Aunque no lo digamos.

Da un paso hacia mí.

—No me presiones —dice—. No hoy.

—No te estoy presionando —respondo, pero mi voz ya no es tranquila—. Te estoy diciendo lo que me pasa porque no quiero seguir escondiéndome.

—Pues yo sí —responde—. Ahora yo sí quiero esconderme.

Esa frase me duele.

—¿De mí?

—De todo —dice—. De lo que me remueve y de lo que no controlo.

—No puedes controlar lo que sientes —le digo—. Y mucho menos lo que siento yo.

—Ahí está el problema —responde—. A lo mejor me he cansado de querer hacerlo. Y de muchas cosas…

—¿De qué cosas?

Silencio.

—No lo sé, Olivia, no quiero seguir con esta conversación.

—¿Crees que para mí esto es cómodo? —pregunto—. Me he alejado de ti precisamente para evitar que ocurra esto.

Se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—Eres mi empleada.

—Y tú me besaste —respondo sin pensar.

La frase cae como una bofetada.

—No me lo recuerdes así —dice.

—Entonces no actúes como si no hubiera pasado.

Se acerca otro paso.

Demasiado.

—No sabes lo difícil que es para mí —dice— mantener esto separado. ¡Además eres tú quien ha cambiado conmigo completamente!

Cierro los ojos con fuerza.

—¿Separado de qué? —pregunto—. ¿De lo que eres cuando no estás trabajando? ¡Sí y me equivoqué!

Me mira como si hubiera dado justo donde duele.

—No me hagas esto —dice.

—No te lo estoy haciendo yo —respondo—. Está pasando.

El aire está cargado.

Demasiado.

—Quería pedirte perdón —digo de golpe—. Por apartarme. Por fingir. Por tener miedo.

Me mira, sorprendido.

—¿Y ahora qué haces? —pregunta.

—Ahora te digo la verdad —respondo—. Que me importas. Mucho. Más de lo que tenía pensado permitir.

Da un paso atrás.

Luego otro hacia delante.

Parece un león enjaulado.

—No deberías decirme eso —dice—. No puedes hacer y deshacer a tu antojo, Olivia. Soy una persona, ¿sabes? No puedes… —sonríe de forma amarga y luego se pasa la lengua por los labios.

Dios, que no haga eso.

—Pues imagina lo que cuesta decirlo —contesto.

Se queda callado.

—Mateo… —añado en un tono más bajo—. Creo que me estoy enamorando de ti.

Eso rompe algo, quizá su coraza, porque el control desaparece, como la cafetería y cualquier jerarquía inútil en la que nos estuviéramos apoyando.

Mateo se acerca de golpe y me besa.

Y no lo hace de forma suave ni cuidada, imprime urgencia en cada movimiento.

Es totalmente impulsivo, como si llevara todo el día conteniéndose.

Mi vértice comienza a arder y sus manos no tardan en bajar a mi cintura y apretarla de forma suave.

Le estoy devolviendo el beso con rabia, necesidad y con todo lo que no he dicho.

Durante unos minutos, todo encaja, y aquellas fantasías tórridas se vuelven realidad.

Probamos la piel del otro como si el mundo se fuera a acabar mañana.

Estoy tan mojada que no hace falta que se esfuerce mucho con los preliminares.

Mis amigas tenían razón, necesitaba un polvo como el agua para no tener sed.

Termino con la cara chafada contra la diana de los dardos, en la zona del billar, mientras Mateo me penetra desde atrás, haciéndome gritar de placer como nunca antes.

Las manos, apoyadas en la pared, me tiemblan.

Dios mío, si es que este hombre todo lo hace bien.

Todo.

Todo… menos la conversación que tenemos cuando los fuegos artificiales terminan.

—Joder… me cago en la puta —masculla Mateo cuando se abrocha de nuevo los pantalones.

Lo miro, intentando descifrar qué pasa ahora.

—Perdóname, Olivia, yo…

—¿Qué ocurre? —pregunto acercándome a él, con la intención de tocarle las manos, apoyar las mías en su pecho… no sé, transmitirle todo lo que siento.

Y entonces se separa bruscamente.

—No —dice—. No. Esto no.

Respira agitado.

—¿Qué te pasa? —pregunto.

—Me doy cuenta de todo —responde—. Y es justo lo que no puedo sostener. No puedo seguir así.

¿Qué acaba de decir?

Pero ¿qué dice? ¿Qué coño dice?

¡Parece que me habla en chino!

—Entonces dime cómo —le pido—. Porque yo ya no sé volver atrás.

Me mira con una tristeza que no había visto nunca.

—Yo sí —dice—. Sé cómo cerrar esto.

—No cierres algo que acaba de empezar —le digo.

—Para mí empezó antes —responde—. Y por eso me da miedo.

Da un paso atrás definitivo.

Esto no me está pasando.

No.

Dios, dime que esto no me está pasando.

—Buenas noches, Olivia.

No me toca.

No me mira.

—Buenas noches —respondo, tragándome todo lo demás.

Salgo de allí sabiendo que no ha sido la discusión lo que lo ha asustado.

Ha sido lo de después.

Ha sido sentir que, si se queda, ya no hay salida limpia.

Y eso, cuando alguien ha vivido demasiado tiempo sosteniendo todo, es insoportable.

30
Olivia
Lo que pasa cuando pasa

Lloro cuando llego a casa.

Lloro como se llora cuando ya no queda dignidad que salvar y el pañuelo ya es más humedad que papel.

Lloro sentada en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá, el rímel haciendo senderismo facial y el móvil en la mano como si fuera un objeto inútil que no va a darme ninguna respuesta decente.

¿Y si me llama arrepentido?

No sé ni qué estoy haciendo.

Mi ropa huele a él.

O a mí con él.

O a la mezcla exacta de "esto ha pasado y no debería haber pasado así".

Me ha hecho el amor, porque para mí ha sido eso, nada de un follisqueo, aunque haya sido más bruto que otra cosa.

Y después me ha mandado a paseo.

Mateo, ¿eh?

Estamos hablando del mismo Mateo de los cafecitos y del comprensivo y del que escucha.

El de las manos bonitas que ayuda a sentarse a Doña Rosa cuando viene.

Y no lo ha hecho con malas palabras o con desprecio.

Tampoco con una frase fea que pueda hacer que lo odie cómodamente.

Lo ha hecho con miedo, que es peor, porque se queda dentro y araña.

Intento levantarme para ir al baño y fallo.

Así que sigo llorando desde el suelo, que es una posición muy honesta para este momento vital.

Y ya si me meo encima, pues nada.

—Venid… —digo cuando por fin consigo llamar—. Por favor.

No explico nada más porque no puedo.

Porque si empiezo a explicar, igual me ahogo con mis propios mocos y mi corazón se muere.

Luisa llega la primera, como siempre, con el abrigo mal puesto y la cara exacta de esto es grave pero también quiero detalles.

Belén entra detrás, con una bolsa del súper, porque nunca viene con las manos vacías, ni siquiera a una tragedia emocional.

Lo valoro, porque no ha ido a trabajar porque su hijo tenía fiebre, y sin embargo está aquí, así que imagino que estará mejor.

Eso espero, vamos.

Elena cierra la puerta despacio, se quita el abrigo con calma y deja las llaves en su sitio, como si supiera que aquí no se entra con prisas ni con soluciones rápidas.

—Vale —dice Luisa—. Empieza desde el principio.

—No puedo —respondo, con la voz rota—. Porque no hay principio que tenga sentido.

Me llevo las manos a la cara y lloro más fuerte, por si no estaba quedando claro.

—Me besó —consigo decir—. Me quiso. Me hizo sentir segura. Y luego… —trago saliva, sorbo moco— luego me dijo que no podía.

Belén frunce el ceño.

—¿Cómo que no podía?

—¿Cómo está tu hijo? —le digo llorando como una plañidera.

—Oh, eh… bien, bien, le ha bajado la fiebre —dice Belén dándome golpecitos en la cabeza como si fuera un perrete—. Tranquila.

—Como si quererme fuera un error administrativo —sigo hablando—. Como si hubiera pulsado un botón que no tocaba.

Luisa abre la boca.

La cierra.

Vuelve a abrirla

—¿Y después del sexo? —pregunta indignada. Más lo estoy yo, la verdad—. ¿DESPUÉS?

Asiento con la cabeza y lloro más.

—Eso es lo que no entiendo —digo—. ¿Cómo puedes abrazar a alguien así y luego huir? ¿Cómo pasas de… de… —gesticulo sin saber muy bien qué estoy señalando— a buenas noches?

Elena no habla.

Me mira.

Esa mirada suya que no juzga, pero tampoco maquilla.

—Porque huir no siempre es dejar de querer —dice al final—. A veces es justo al revés.

—Pues que no quiera entonces —estallo—. Porque esto duele muchísimo. Muchísimo de verdad.

Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y me suena la nariz con un pañuelo que ya ha vivido demasiado.

—No soy una aventura —añado—. No soy un error de una noche. Yo… yo le acababa de decir que me estaba enamorando de él.

Belén contiene un grito, llevándose la mano a la boca, luego al pecho.

—Dios mío… ni en *Los Bridgerton.*

Luisa se sienta a mi lado y me rodea con el brazo.

—Lo sé.

—¿Y por qué no ha sido suficiente? —pregunto, rota.

Belén suspira.

—Porque hay gente que solo sabe quedarse cuando no siente demasiado.

Eso me atraviesa como un dardo sin anestesia.

—Entonces no me quería —digo.

—No —dice Elena con firmeza—. Eso es lo que ahora no puedes ver. Y está bien.

Me abrazo las rodillas.

—No puedo entenderlo —susurro—. Y eso es lo que más me duele. Que ni siquiera sé a qué agarrarme.

Luisa me besa la cabeza.

—Ahora no tienes que entender nada —dice—. Ahora solo tienes que sobrevivir a esto sin culparte.

—Pero yo hice todo bien —lloro—. Fui honesta. Vale, le estuve ignorando y puse distancia, pero ¡porque no tenía las cosas claras!

Elena asiente.

—Y eso es lo único que importa de ti en esta historia.

Respiro hondo.

O lo intento.

—Entonces… ¿qué hago?

Elena se levanta y coge su abrigo.

—Ahora —dice—, no persigas respuestas. Persigue aire.

Se acerca, me mira a los ojos.

—Y confía en algo: si Mateo no enfrenta lo que le pasa, esto no se queda así.

Abro la boca para decir algo más… y lo que sale es un sollozo ininteligible.

—Y encima…—lloro muchísimo y hablo al mismo tiempo— y… ana… —digo entre hipidos, señalando el sofá, el suelo, la vida en general.

Soy Amador Rivas, no me escondo.

Belén ladea la cabeza.

—¿Será por otra?

Luisa abre los ojos como platos.

—¿Y encima lesbiana?

Levanto la cabeza de golpe.

—¡NO! —grito—. ¡NO! ¡Que me dio por detrás y se me quedó la cara aplastada contra la diana!

Silencio.

Luego Luisa grita:

—¡¡AAAH!! ¿¡EN LA DIANA, EN SERIO!?

—¡SÍ! —lloro—. ¡EN LA PUTA DIANA!

Luisa se lleva la mano al pecho.

—Vale. Ya no la limpio más jamás. Esa diana es patrimonio histórico.

Belén se tapa la boca para no reírse.

Elena suspira, resignada.

Y yo, entre lágrimas, risa histérica y mocos, pienso que quizá no estoy tan rota… solo muy, muy dolida.

Y por primera vez desde que cerré la puerta detrás de él, no me siento como una loca que no sabe lo que quiere.

Solo herida.

Y cansada.

Y un poco agradecida de no estar sola en el suelo de mi salón, llorando por alguien que me ha decepcionado.

PARTE 6

Salto al vacío

31
Mateo
No sé qué hacer

No empieza con el sexo, por supuesto, empieza mucho antes.

Empieza con Olivia entrando cada mañana en el bar quejándose del frío y preguntándome si hoy también se le va a quemar la tostada.

Empieza con su risa, que no pide permiso.

Con su manera de estar cansada sin volverse amarga.

Con ese sarcasmo suyo que no es defensa, es inteligencia.

Al principio no es nada.

O eso me digo.

Es solo que me gusta hacerle el café sin preguntarle.

Que me gusta escucharla hablar mientras limpio la cafetera.

Que me fijo en si ha dormido poco o si viene con hambre.

Nada raro.

Nada peligroso.

Luego se apunta a la aplicación.

Y ahí… ahí empiezo a sentir algo que no quiero nombrar.

Cada vez que me habla de una cita, sonrío, bromeo y hago de oyente neutral, pero por dentro hay algo que se tensa.

No son celos, eso sería demasiado obvio, al menos al principio.

Es más bien… algo así como una mezcla incómoda de querer que le vaya bien, claro, pero al mismo tiempo vuelva diciendo "no era esto lo que quería".

Sé que puede sonar retorcido, pero cuando la chica que te gusta sigue disponible, se siente un alivio inevitable por dentro.

Cuando entra después de una cita mala, con la decepción mal disimulada, me esfuerzo por no decir nada que cruce la línea.

No porque no lo piense, sino porque sé que, si empiezo, no sabría parar.

Que Olivia busque el amor lejos, y no mal, lo veo desde el principio.

Básicamente porque yo sí sé lo que siento por ella desde hace tiempo, aunque ella no lo sepa desde el primer momento.

La veo esforzarse, compararse, sentirse mal por no cumplir con las expectativas que la sociedad nos hemos autoimpuesto unos a otros.

Y cada día me importa un poco más.

Me importa cuando llega cansada, cuando se le cae una taza y se disculpa como si hubiera cometido un crimen, cuando sonríe a los clientes mayores con una ternura que no se aprende, sino que se lleva dentro.

Me importa demasiado.

Y yo soy muy bueno gestionando cosas que no me incumben mucho, hasta que sí lo hacen.

Por eso el problema empieza cuando deja de ser controlable.

El beso en el pub fue un fallo del sistema, una grieta en mi coraza, porque hace tiempo me prometí a mí mismo que no me iba a volver a enamorar.

Y aunque supuestamente fue orquestado por la dichosa pastillita del amor de Luisa, llevo pensando en sus labios más tiempo del que reconocería a nadie.

No obstante, hacer el amor con ella, sentir su cuerpo encajando con el mío, aunque haya sido un "aquí te pillo, aquí te mato" ha sido tan intenso… que me ha dado miedo.

Miedo a lo que pasa cuando alguien importa más que tu propio control.

Yo he aprendido a sostener estructuras, a anticipar problemas, aunque haya perdido los nervios por la maldita máquina de café.

Se me ha juntado todo, supongo.

Claro que vivir un momento como ese con ella me ha dado ganas de quedarme, de no perderla, de protegerla, pero cuando he percibido que ella por fin quiere una continuidad, he sentido pánico.

¿Y si no sale bien?

¿Y si no conectamos?

¿Y si no soy lo que ella espera o viceversa?

Es Olivia, a fin de cuentas, y para mí es importante.

No quiero repetir errores antiguos que todavía no sé nombrar sin que me duelan.

No quiero saber cuánto dolería si fallo y por eso he elegido lo único que sé hacer, lo único que hice cuando vi que ella también necesitaba hacerlo después de besarnos: poner distancia.

Decir no puedo, como si fuera una cuestión de agenda y así doliera menos.

Spoiler: duele igual o más.

La he herido, lo sé.

Lo he sabido en cuanto se ha ido.

Y es que no se huye de lo que importa, se huye de lo que podría cambiarte la vida cuando no estás seguro de saber vivirla.

Soy un imbécil y un cobarde, supongo.

He pensado tanto en que llegara este momento, en que ella se sintiera segura conmigo… y ahora que lo tengo me acojono.

No puedo haberla cagado más.

32
Olivia
Lo que nunca me dije

Empiezo el día llorando.

No pienso ir a trabajar, eso te lo aseguro, así que mando un mensaje a Elena, que sé que tiene turno esta mañana en *Media Tostada,* para que avise a Mateo.

Me importa un ñordo que me descuente el día del sueldo.

Mi llanto es tranquilo, porque llega cuando ya no queda nada que justificar, cuando el cuerpo dice hasta aquí y la cabeza, por una vez, no discute.

Me siento en la mesa pequeña del salón con un cuaderno viejo, uno de esos que guardo "por si acaso" y que nunca uso porque siempre pienso que lo importante se escribe mejor en limpio.

Hoy no.

Hoy necesito manchar.

Cojo un boli y escribo arriba, sin pensar demasiado:

Hola, Olivia.

Y algo se me afloja por dentro.

Hola, Olivia.

No sé muy bien cómo empezar esto, porque tú tienes seis años y yo treinta y tantos, y aun así seguimos compartiendo más cosas de las que reconocería en voz alta, solo que las he dejado un poco de lado los últimos años.

Te escribo porque te debo una explicación.

Y una disculpa también.

Siento haber pasado tanto tiempo intentando gustar, encajar y cumplir expectativas que no eran nuestras.

Siento haberte hecho creer que ser buena significaba ser pequeña, que esperar era una virtud y que elegirte a ti por encima

de otras personas era egoísta.
No lo era, ¿sabes?
Tú ya lo sabías, pero yo me olvidé.
Recuerdo que a los seis años te gustaba hacer collares con abalorios de colores.
Pasabas horas concentrada, con la lengua fuera, eligiendo cuentas como si cada una tuviera un papel súper importante en la joya que estabas creando.
Te gustaba crear cosas con las manos, inventar, mezclar colores que no pegaban.
Te gustaba decidir.
También recuerdo lo que no te gustaba: que te mandaran callar, que te dijeran "eso no toca",
que te pidieran paciencia cuando lo que querías era probar.
Dicen que a los seis años se forja la personalidad.
Que por eso, cuando somos adultos, volvemos a todo aquello que nos hacía sentir felices.
Supongo que por eso he pasado media vida buscando fuera lo que ya estaba en mí.
Buscando perfiles, señales y garantías.
Como si el amor fuera una aplicación con filtros, ¿verdad?
Como si la estabilidad fuera quedarse quieta aunque algo dentro pidiera movimiento.
Siento haber elegido a los demás antes que a ti tantas veces.
Siento haber confundido miedo con prudencia.
Siento haber pensado que lo más estable que tenía era suficiente, cuando en realidad solo era cómodo.
Tú nunca te conformabas, Olivia.
Yo sí.
Y lo siento.

Dejo el boli y respiro.

Cojo mucho, mucho aire y lo expulso de forma lenta, muy despacito.

Me doy cuenta de que llevo años hablándome mal, tratándome como si fuera una adulta irresponsable en vez de una niña que solo

quería hacer cosas bonitas.

Porque todos seguimos guardando dentro a ese niño que fuimos.

Miro alrededor del salón, mi salón de alquiler, mi sofá heredado.

Una vida que me he montado yo solita.

Mi vida.

La que a mí me gusta, la que he elegido.

Sonrío, porque entonces me acuerdo de ese tesoro que guardo en mi cajón de las bragas.

Es que para algunas cosas soy muy moderna, pero para otras, mejor guardar ciertas cosas donde nadie lo sepa.

Además, cuando una entra en bucle, lo mejor es ordenar ese cajón.

De verdad os lo digo.

Si no me creéis, probadlo un día.

Con cada braguita que doblas, un pensamiento desaparece.

Voy a mi habitación, abro ese cajón maravilloso y entonces los veo: mis ahorros.

Unos cuantos billetes doblados, nada espectacular.

Pero son míos.

¿Y si…?

Saco la lengua en una mueca extraña, pero yo siempre hago eso cuando estoy concentrada.

La idea no llega como una locura, llega como una afirmación.

Media Tostada ha sido mi sitio seguro, mi refugio, mi estabilidad.

Lo único que podía decir que me hacía sentir que había ganado en algo en la vida.

También el lugar donde he tenido miedo de sentir demasiado.

También donde he buscado hombres en una aplicación teniendo a Mateo delante todos los días y me he aferrado a lo conocido por no enfrentarme a lo que a lo que podía crecer.

No he tenido miedo de enamorarme, he tenido miedo de moverme.

Vuelvo al cuaderno y sigo escribiendo.

No quiero que crezcas pensando que hay que quedarse donde no se cabe.

No quiero que aprendas que amar es aguantar.
No quiero que confundas estabilidad con parálisis.
Así que voy a hacer algo que te habría encantado.
Voy a empezar desde cero.
No sé cómo va a salir, no sé si lo haré bien.
Pero voy a elegir.
Por ti.
Por mí.
Por nosotras.

Cierro el cuaderno.
Y entonces empiezo otra carta mucho más corta.

Mateo,

Gracias por todo lo que he aprendido en Media Tostada.
Por el cuidado, por el respeto y por el tiempo compartido.
Pero ha llegado el momento de seguir creciendo fuera.
Esta es mi carta de dimisión.

Olivia.

Doblo el papel y lo guardo en mi bolso.
El corazón me late con fuerza, pero no de miedo, de decisión.
Luego mando un mensaje de whatsapp a mis amigas, sé que ellas me van a entender a la perfección.

GRUPO: Media Tostada 🧉✨

Olivia:
Chicas.
Me he despertado rara.

Luisa:
😐
Esto empieza fatal o espectacular. No hay término medio.

Belén:
¿Estás bien?

Son las ocho de la mañana. ⏰

Elena:
Te leemos.

Olivia:
No he dormido mucho, pero no estoy en bucle ni llorando. Tampoco estoy pensando en Mateo ahora mismo. De ese tema ya dirá el tiempo…

Luisa:
🚨🚨🚨
¿QUIÉN ERES Y QUÉ HAS HECHO CON OLIVIA?

Olivia:
Me he escrito una carta.
A mí.
A la Olivia pequeña.

Belén:
Vale.
Esto ya es serio. 🧐

Luisa:
¿He de preocuparme o de aplaudir? 👏🥶

Elena:
¿Y?

Olivia:
Y por primera vez no me he dicho cosas feas, no me he llamado intensa ni lenta por no tener… no sé, esa vida ejemplar que todo el mundo quiere ver en Instagram.

Luisa:
🥺💔

Olivia:
Voy a dimitir.

Belén:
¿CÓMO? 😳

Luisa:
¿DE QUÉ? 😱

Elena:
Vale. Respira.
Explícanos.

Olivia:
De *Media Tostada.*
He decidido moverme, elegirme.
Por una vez no quedarme porque es lo más estable.

Luisa:
😭😭😭
Estoy llorando en el metro y no me importa NADA.

Belén:
Vale. Pregunta práctica: ¿Tienes un plan?
Dime que tienes un plan. 📋

Olivia:
Sí. Bueno. Más o menos.
Pero por primera vez no es "a ver qué pasa".
Es un voy a hacerlo.

Luisa:
REPITO:
¿QUIÉN ERES?
¿HAS DORMIDO O TE HA POSEÍDO UN ESPÍRITU? 👻

Elena:
¿Y cómo te sientes?

Olivia:
Aterrada, pero ligera, como cuando decides algo y el cuerpo deja de discutir.

Belén:
Vale. Entonces te digo una cosa muy Belén:
si no te mueves ahora, no te mueves nunca.
Y esto lo sabes.

Luisa:
YO APOYO TODO LO QUE IMPLIQUE
MOVIMIENTO 🤸‍♀️
CAOS 🔥
Y CRECER 🌱

Elena:
Estás eligiendo.

Olivia:
Eso es.
Eso exactamente. 🫶

Luisa:
Orgullosísima de ti.
Aunque luego nos toque ayudarte a montar algo con abalorios y cero ingresos durante meses. 💍📉

Olivia:
JAJAJAJA
Os odio y os quiero a partes iguales.

Belén:
Avísanos cuando se lo digas.
Y no vuelvas a pensar que no sabes lo que haces.

Elena:
Lo sabes.
Solo que esta vez te escuchas.

Olivia:
Gracias.
De verdad.

Salgo de casa después de desayunar y vestirme como una persona decente, que las cartitas las he escrito con un nido de pájaros sobre la cabeza como moño.

Camino hacia la cafetería con la carta en el bolso y una sensación nueva en el cuerpo, como si el suelo no fuera a desaparecer si doy un paso más.

Y entonces lo veo.

El pequeño local de la esquina, donde había una mercería de toda la vida, está cerrado, vacío.

En el cristal, un cartel que reza: SE ALQUILA.

¿Desde cuándo esto se alquila?, pienso.

Cómo se nota cuando vas por la vida sin fijarte en nada, y de repente te cambia el foco y empieza a aparecer en tu camino todo lo relacionado con lo que estás pensando.

Me detengo.

Miro el escaparate vacío, las estanterías desnudas, el espacio esperando.

Y me río.

Porque si el destino supiera aplaudir, lo estaría haciendo ahora mismo.

Me encuentro en la entrada de *Media Tostada* con Elena para darle la carta de Mateo sabiendo algo por primera vez en mucho tiempo: no estoy perdiendo nada, estoy empezando.

Y eso…

eso es amor también.

33
Mateo
Las cosas que se dicen sin levantar la voz

Estoy ajustando la molienda cuando Elena entra.

No mira alrededor como siempre, no se quita el abrigo despacio y no pregunta nada.

Eso ya me pone en alerta.

Se acerca a la barra, deja el móvil boca abajo y me mira con esa calma suya que siempre anuncia algo importante.

—Olivia no viene hoy.

Me quedo quieto.

¿Qué?

—¿Cómo que no viene? —pregunto.

Un nudo bastante feo se me ha apostado en la garganta.

—Me ha escrito —dice—. Me ha pedido que te avise.

No pregunta si puede sentarse, se apoya en la barra frente a mí y me mira.

—¿Está enferma? —pregunto, preocupado.

Dios, llevo toda la noche durmiendo a saltos, pensando en ella, en mí, en nosotros.

Pensando en si he tomado la decisión correcta que, evidentemente, no.

Pero esto sí es la pregunta correcta, porque la respuesta no tiene nada que ver conmigo, es una respuesta segura, no implica nada más.

—No.

Y ya está.

Una palabra.

Un mundo.

—¿Le pasa algo? —insisto.

—Sí.

Silencio.

La cafetera suelta vapor y es lo único que alcanzo a escuchar.

—¿Y no viene porque…? —empiezo.

—Porque no va a volver —dice Elena.

Ella es así, nunca tiene pelos en la lengua y dice las cosas tal cual son.

La conozco desde hace muchos años.

Me apoyo en la barra sin darme cuenta.

—¿Cómo que no va a volver? —pregunto, sintiendo cómo la cabeza empieza a darme vueltas.

Si yo ya no concibo la cafetería sin ella, quiero añadir, más no lo hago, ya he perdido mi derecho a hacerlo.

—Ha decidido dejar este trabajo —responde—. Te lo comunicará ella, no te preocupes, pero me ha pedido que te lo dijera para que lo supieras. Le dan igual los quince días y esas tonterías…

Ahí lo noto, ese punto exacto donde algo se rompe sin hacer ruido.

—¿Cuándo…? —intento decir, pero estoy bloqueado.

—Hoy.

—¿Y… me lo dices así?

—Así es como pasan las cosas importantes —dice—. Sin preparación.

Respiro hondo.

—No lo entiendo —digo—. Ayer…

—Ayer la mandaste a la mierda después de acostarte con ella, Mateo —me corta—. No es tan difícil de entender.

No sube la voz y no hay demasiado reproche en sus palabras.

Eso me hace sentir peor.

—No fue así —respondo rápido—. Yo no…

—Mateo —dice—. No me expliques nada todavía. Primero dime algo. ¿La quieres?

La pregunta me desarma.

—Eso no es…

—Respóndeme —dice—. No como jefe. Ni siquiera como amigo o conocido. Dímelo como persona.

Trago saliva, el puto nudo no baja.

—Sí —reconozco.

Elena asiente con la cabeza despacio.

—Vale. Ahora seguimos.

Se quita el abrigo y lo cuelga como siempre.

Se sienta en el taburete de la esquina y me hace un movimiento con la mano para decirme que vaya junto a ella.

—¿Sabes lo que pasa cuando alguien decide irse así? —pregunta.

—Que está enfadada —respondo.

—No —dice—. Que ha dejado de pedir permiso.

Eso me golpea más fuerte de lo esperado.

—No se va para castigarte —continúa—. Se va porque ha decidido elegirse.

—Yo no quería hacerle daño —digo.

—Lo sé.

—Entonces…

—Entonces hiciste otra cosa —responde—. Te protegiste.

Me llevo las manos a la cara, de pronto es como si tuviera ochenta años o una mochila llena de piedras sobre mi espalda.

—No podía sostenerlo —digo—. Era demasiado.

—Claro —asiente—. Lo importante siempre lo es.

—Tengo responsabilidades —añado—. La cafetería, el equipo. Ella trabaja aquí.

—Y aun así te acostaste con ella y antes de eso la besaste en el pub el día de San Valentín —dice—. No mezcles ahora conceptos.

Me quedo callado, muerto de la vergüenza.

—Os lo ha contado… —digo en un suspiro, pasándome la mano por la barba.

—¡Hombre, no! Pues claro que nos lo ha contado, y lo hizo destrozada, además.

Bufo, sintiéndome la persona más miserable del mundo.

—¿Sabes qué ha visto Olivia? —continúa—. Que cuando ella se ha atrevido a dar un paso más y quedarse, tú te has ido.

—No me he ido… —me defiendo—. Solo… me he apartado.

—Exacto.

Se inclina un poco hacia mí.

—¿Sabes lo que duele eso? —pregunta—. Sentir que eres demasiado cuando lo único que has hecho es estar.

Miro la cafetera.

La barra.

Todo en su sitio.

No, todo no, falta Olivia.

—Siempre he pensado que controlar era cuidar —digo.

—No —responde—. Controlar es no confiar.

Eso me deja sin defensa.

—Ella no te ha pedido promesas —añade—. Te quería pedir presencia después de tantos chascos con la bendita aplicación. Se ha enamorado de ti, joder.

—No sé si sé hacerlo bien, si voy a estar a la altura de lo que ella espera de mí —admito.

—Eso no te hace malo —dice—. Pero sí responsable de lo que eliges hacer con ello.

Elena saca un sobre del bolsillo de su pantalón y lo desliza hacia mí.

—Te ha escrito esto.

Tenso la mandíbula.

No lo leo, no todavía.

—No te dice nada malo —aclara—. No te culpa.

—Eso es peor —murmuro.

Elena sonríe apenas.

—Sí.

Se levanta.

—No he venido a decirte qué tienes que hacer —dice—. Olivia no necesita salvadores.

—¿Entonces?

Me mira con calma.

—A decirte que si no haces nada, esto no se queda aquí —responde—. Se va a convertir en una historia que te contarás durante años repitiendo el bucle en tu cabeza todas esas excusas que te dices a ti mismo solo para huir de la verdad.

Parpadeo un par de veces, luego me toco la nuca.

No sé ni cómo me siento.

—Y a recordarte algo más —añade—. Olivia no se va porque no te quiera. Se va porque necesita empezar de cero, son cosas suyas personales.

Asiento con la cabeza en silencio, no me atrevo a decir ni mu.

Elena se pone el delantal y comienza a hacer sus labores y yo cojo la carta de dimisión de Olivia que ha dejado sobre la barra.

Cojo la carta de dimisión que ha dejado sobre la barra y leo cada palabra que hay escrita de su puño y letra.

Lo hago unas tres veces seguidas, y en cada segundo siento todavía la cafetería más vacía sin ella.

34
Olivia
Una nueva vida

Después de llorar, todo parece más sencillo.

Eso es lo peligroso.

El cuerpo se queda blando, la cabeza algo más clara y el mundo baja el volumen durante un rato. Es una tregua engañosa, como si el dolor hubiera cumplido su función y ahora tocara seguir como si nada.

Pero estamos a finales de marzo y han pasado dos cosas importantes: los días empiezan a alargarse y una no llora igual.

No es que no duela, es que el dolor cambia de textura y ya no es ese nudo en el pecho que no te deja respirar; se convierte en otra cosa, como una especie de nostalgia suave, como cuando te pones una chaqueta que fue importante y ahora solo abriga.

Me levanto temprano, y no por la prisa de llegar diez minutos antes a *Media Tostada*, aunque en ese momento me hacía feliz, sino porque me apetece.

Es como si la luz entrase de forma distinta por la ventana, más clara, más honesta.

Desayuno sin mirar el móvil cada cinco minutos, que es una señal de progreso emocional bastante significativa en mi caso.

Tostadas.

Café.

No tan bueno como el de Mateo, pero me sirve.

Silencio bueno.

Desde que dejé *Media Tostada,* el tiempo se me organiza de otra manera.

No mejor ni peor, pero sí distinta.

Sigo teniendo miedo, claro, porque eso no desaparece de un día para otro.

Lo sé porque ya soy mayorcita.

Pero ahora es un miedo que convive conmigo, no uno que me empuja a quedarme quieta.

Salgo de casa y camino hasta la esquina.

El local de la antigua mercería sigue ahí, vacío y esperando.

Hoy he quedado con el gestor.

La palabra gestor me hace sentir adulta de verdad, aunque luego tenga que mirar tres veces si llevo las llaves.

Entro y el espacio me recibe con ese olor a sitio cerrado que todavía no sabe quién va a ser.

Me imagino cosas y sonrío: una mesa grande, cajas con muchos abalorios de acero inoxidable, de plata, incluso bañados en oro…

Colores, formas, diseños.

Manos trabajando.

Música bajita.

Me veo dentro sin hacerme pequeña, me veo dentro a mi yo de ahora, mi yo adulta.

Cumpliendo el sueño de la Olivia pequeña que dejé atrás porque otras cosas se colaron en mi camino.

Eso me asusta y me emociona a partes iguales.

—Todo es empezar —me digo en voz baja, porque últimamente me hablo mejor.

Salgo del local con papeles bajo el brazo y una mezcla rara de vértigo e ilusión que me recuerda sospechosamente a cuando era pequeña y empezaba algo nuevo sin saber muy bien cómo iba a acabar.

Camino unos metros y entonces el móvil vibra.

Un mensaje.

De Mateo.

Me detengo.

Y mi corazón pega un salto mortal dentro del pecho.

No porque no quiera leerlo.

Sino porque quiero hacerlo bien.

Respiro.

Desbloqueo el móvil y leo con mucha atención:

Hola, Olivia.

Te escribo para decirte que ya he dejado arreglados los papeles de la dimisión para que puedas cobrar el paro sin problema.

También quería preguntarte cómo estás y decirte que… bueno… Media Tostada no es lo mismo sin ti y yo tampoco soy el mismo desde que la cafetería se ha quedado tan vacía.

Siento el daño que he podido hacerte, lo digo de corazón.

Ojalá algún día podamos hablar tranquilos, como dos viejos amigos… si eso es lo que tú quieres.

Me encantaría hacerte un café con la nata por encima en forma de corazón, como tanto te gusta.

Cuídate mucho.

Leo el mensaje dos veces.

Luego una tercera.

No hay presión, ni reproches ni promesas.

El texto es muuuuy Mateo, hay impregnado mucho cuidado en cada palabra, porque sé cómo es, porque lo conozco.

Y eso, curiosamente, me emociona más que cualquier discurso.

Sonrío un poco, esbozo esa sonrisa rara que aparece cuando algo encaja sin hacer ruido.

Mateo no me pide nada.

Y, por primera vez, eso hace que quiera mirarlo de nuevo.

Guardo el móvil en el bolso y sigo caminando.

Me siento ligera, no porque esté todo resuelto, porque ni de coña está resuelto con ese mensaje.

Sino porque ya no me estoy traicionando.

Mientras camino pienso en lo mucho que ha cambiado todo en tan poco tiempo.

En cómo he pasado de buscar perfiles a construir algo propio, sin necesitar tener a un hombre a mi lado.

En cómo el amor ha dejado de ser una urgencia y se ha convertido en una posibilidad tranquila.

No sé qué va a pasar con Mateo.

No lo sé de verdad.

Pero si volvemos a encontrarnos, no será porque yo me haya quedado esperando, sino porque los dos hemos aprendido a movernos.

Llego a casa, dejo los papeles sobre la mesa y saco el cuaderno.

No para escribir otra carta, pero sí para escribir cómo me siento.

Eso me ha ayudado mucho los últimos días.

A finales de marzo, cuando la luz vuelve y una empieza a reconocerse en el espejo, entiendo algo sencillo y enorme a la vez: no he perdido nada.

He ganado espacio.

Y desde ahí, todo lo que venga será elección.

35
Mateo

Lo que queda cuando alguien se va

Las semanas pasan sin hacer ruido.

Eso es lo primero que aprendo cuando Olivia deja de venir a *Media Tostada:* que el tiempo no se detiene para acompañarte en nada.

La cafetería abre.

La cafetería funciona.

La cafetería sigue siendo la cafetería.

Yo no.

Las mañanas empiezan antes, no porque tenga más trabajo, sino porque dormir se vuelve una actividad poco fiable.

Me despierto con la sensación de que falta algo, como cuando te dejas las llaves dentro de casa y tardas unos segundos en entender por qué todo está mal.

Abro la persiana, coloco las tazas, ajusto la cafetera…

Todo en su sitio.

Demasiado, diría yo.

Sin Olivia, *Media Tostada* está como a medias…

Menos ruido, menos risas a deshora, menos caos…

También menos vida.

Me descubro haciendo cafés de más, por costumbre, preparando uno como a ella le gusta y dejándolo a medias, hasta que me doy cuenta y lo tiro.

Eso me molesta más de lo que debería.

Los clientes preguntan por ella, claro, porque ¿cómo alguien que viene de forma habitual puede olvidarla?

Nah.

Imposible.

—¿Y una de las chicas que había? La del cabello castañito.

Respondo lo justo.

—Ya no trabaja aquí.

No doy explicaciones porque no las tengo que dar.

O quizá porque no sabría por dónde empezar.

Belén y Luisa no se han atrevido a comentarme nada, aunque estoy cien por cien seguro de que saben absolutamente cada detalle de lo que ha sucedido.

Y Elena, con quien tengo más confianza porque la conozco de muchos años, simplemente se limita a observar.

No dice nada, pero a veces me mira como si esperara que yo haga algo.

Todo cambia, pero yo no y ahí está el problema.

Durante años he creído que estabilidad era sinónimo de seguridad, que controlar cada detalle era una forma de cuidado, que si algo funcionaba, no había que tocarlo.

Pero Olivia no encaja en ese esquema; ella es pregunta, movimiento, posibilidad…

Por eso me gusta.

Por eso me cagué de miedo.

Es la primera persona que me gusta después de mucho tiempo sintiendo el corazón vacío.

Después de prometerme que nunca más dejaría que me hicieran daño tras mi última relación.

Camino hasta la esquina de la calle más de una vez, porque por ahí la veía a veces cuando estaba llegando a la puerta.

No es que espere verla ahora, sino porque necesito entender qué es lo que estoy evitando.

Me suelo ir de la cafetería antes de lo habitual últimamente.

Lo hago para salir a caminar, porque eso me ayuda a pensar y en una de esas tarde, aparece una sensación extraña en mi pecho: alivio mezclado con vértigo.

Es entonces cuando empiezo a entender algo importante, quizá la clave de todo: no me asustó querer a Olivia, lo que me asustó fue perder el lugar desde el que me he protegido siempre.

Pero ese lugar ya no me sirve.

No cuando todo está en orden y, aun así, me siento vacío.

Una noche, ya en casa, el móvil vibra y leo su nombre en la pantalla.

Durante un segundo pienso que no puede ser.

Durante otro, doy gracias de que sí lo sea.

Abro el mensaje y mi corazón se salta un latido.

Hola, Mateo.
Gracias por arreglar lo del paro. De verdad.
Estoy bien. Un poco asustada por el cambio, pero bien.
Me alegra saber que tú también estás pensando.
Si algún día te apetece que hablemos, yo también lo querría.
Cuídate.

No hay promesas en esas palabras, pero tampoco hay reproches ni urgencia.

Hay algo mucho más difícil de gestionar: posibilidad.

Dejo el móvil sobre la barra al día siguiente, todavía con el mensaje abierto, como si necesitara verlo para creer que es real.

Estoy limpiando la cafetera cuando escucho la puerta.

Levanto la cabeza sin pensar, porque lo primero que me pasa por la cabeza, obviamente, es que será cualquier cliente ansioso de cafeína y nata dentro de una taza.

Pero entonces aparece ella.

Y mi corazón se para.

Llega al otro lado de la barra, como si fuera una clienta más.

Está… joder, qué guapa está.

Con el pelo recogido, una chaqueta clara y esa forma suya de estar en un sitio sin pedir permiso.

El tiempo se encoge, mi respiración se hace pequeña.

—Hola —dice—. ¿Me haces un café de esos tan ricos que se sirven aquí?

Me quedo quieto un segundo, pero pronto atino a reaccionar y sonrío.

—Claro —respondo—. ¿Como siempre?

Asiente con la cabeza, sentándose en el taburete y quitándose el bolso, que lleva colgado en el lado derecho.

—Como siempre.

Mientras preparo el café, noto algo distinto: una especie de calma que no me disgusta para nada.

Olivia apoya las manos en la barra.

—He venido a contarte una cosa.

—Vaya, dime —me intereso sonriendo, al tiempo que dejo el café frente a ella.

—Voy a montar una tienda.

—¿Una tienda? —pregunto alzando las cejas, no porque no la crea capaz, sino porque estoy sorprendido.

—Ajá, de bisutería artesanal —dice con una sonrisa tan grande y tan bonita, que hace que el pecho se me llene de algo bonito.

—¡Anda! —exclamo.

—Y ya tengo local.

Levanto la vista, porque me había centrado en limpiar con una bayeta amarilla la barra.

—¿Sí?

—Sí. Es un local en el que había una mercería que ha cerrado. Debes saber cuál es… está aquí al lado. Me acordé de cuánto me gustaba de pequeña crear… no sé, pulseras y ese tipo de cosas. Bueno, eso quizá te lo cuente en otro momento.

Sonríe, nerviosa.

Y yo entiendo, por fin, que no ha venido a volver, ha venido a compartir.

—Me parece una idea preciosa —digo—. Todo lo que te haga feliz siempre es buena idea.

Y lo digo de verdad.

Nos miramos un segundo más.

—Muchas gracias, me apetecía mucho contártelo. Como he hecho siempre, como hacía antes.

—¿Eso es un "te he echado de menos"? —me atrevo a preguntar —. Porque yo a ti sí.

—Yo a ti también, a pesar de todo.

Epílogo

Como hacen las personas que ya no tienen prisa por convencerse de nada primero Mateo le hizo aquel café a Olivia.

Luego otro.

Después una copa de vino compartida al día siguiente, sentados en el suelo de un piso aún medio vacío, hablando de cosas que no parecían importantes y lo eran todas.

Ese piso vacío era el de Mateo, que había conseguido comprar el apartamento de arriba de *Media Tostada.*

La primera persona que lo vio fue Olivia.

Hablaron de filosofía, porque a Mateo siempre le había gustado preguntarse por qué hacemos lo que hacemos, aunque tardara años en aplicárselo.

Hablaron de cómo Olivia había aprendido a vivir sin pedir permiso, de lo raro que se siente al principio elegirte sin explicaciones.

Hablaron de miedos.

De decisiones mal tomadas.

De silencios que dolieron.

Y también de los que protegieron.

Olivia entendió entonces el motivo real por el que Mateo se había apartado aquella noche: no fue falta de amor, sino terror a perder el único lugar donde siempre había sabido quién era.

Mateo entendió, por fin, que Olivia no huía del compromiso, sino de quedarse pequeña, de congelarse en una versión de sí misma que ya no le servía.

No hubo reproches, pero sí comprensión, aunque tardara un poquito.

Un día, casi sin anuncio previo, Olivia le contó a Mateo que había iniciado los trámites para adoptar a dos gatitas de un refugio de Navarra llamadas Pam y Plona.

Pequeñas, desconfiadas y preciosas.

—No sé si es el mejor momento —dijo ella.

—Nunca lo es —respondió él—. Por eso funciona. ¿Te vienes a vivir conmigo?

Mateo ya no dudó más en lanzarse.

Cuando inauguraron la tiendecita, Olivia tenía barriga.

No muy grande.

Pero suficiente como para que le brillaran los ojos cuando se miraba al espejo.

La tienda se llamaba Avaloria: un juego entre abalorios y memoria, entre crear y recordar quién fuiste antes de aprender a compararte.

Olivia cortó la cinta roja de la puerta con unas tijeras plateadas, rodeada de gente que la quería, Mateo observándola desde un lado, sin invadir, sin adelantarse, orgulloso como quien entiende que acompañar también es un acto de amor.

Aquella tarde, entre risas, copas de vino y manos manchadas de vida, Olivia entendió algo que ya no necesitaba explicarse: cuando dejas de exigirle a la vida que llegue tu momento, es la vida quien te lo regala.

Y siempre es mejor de lo que imaginaste.

No es que su vida se hubiera vuelto perfecta, es que dejar de medirse con reglas ajenas siempre sienta bien.

El éxito, al final, resultó ser algo profundamente personal.

Para Elena, era vivir con tres gatos, libros por todas partes y la tranquilidad de no tener que justificar su felicidad.

Para Belén, fue casarse, tener un hijo y aprender —no sin esfuerzo— que conformarse no siempre es rendirse, a veces es elegir la paz.

Para Luisa, fue no encontrar todavía el amor, pero sí una casa propia, viajes, independencia y la certeza de que su vida no estaba a medio hacer.

Para Olivia, el éxito fue abrir una puerta tras cerrar una ventana, crear algo con las manos y amar sin encogerse.

Tener al lado a alguien que respetara sus tiempos, sus decisiones, sus cagadas y sus miedos.

Porque el amor, cuando es de verdad, no empuja, no acelera y no exige.

Simplemente se queda.

Y así, entre abalorios, gatos adoptados, conversaciones honestas y una barriga que crecía sin pedir permiso, Olivia dejó de compararse.

Ya no se trataba de llegar pronto o tarde a cualquier meta en la vida, se trataba de haber conseguido tener un lugar en el mundo, que podía ser una casa o los brazos de alguien, al que volver y llamarlo casa.

Dejó de pedirle a Cupido hojas de reclamaciones, porque el amor de su vida, al final resultó no tener perfil en ninguna aplicación, sino que hacía los mejores cafés de toda Madrid.

GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ, SI TE HA GUSTADO ESTA HISTORIA PUEDES SEGUIRME EN MI RED SOCIAL PARA MÁS CONTENIDO LITERARIO Y ESTAR AL TANTO DE MIS PRÓXIMOS TRABAJOS.

IG: @natalia_escribe